

FRANCIS SCOTT FITZGERALD

# EL ÚLTIMO MAGNATE

Traducción y epílogo de DOLORS ORTEGA



Lectulandia

Monroe Stahr es el productor más influyente y poderoso de Hollywood. Su mujer, Minna Davis, una actriz de un talento y belleza excepcionales, de la cual él estaba profundamente enamorado, ha muerto. Stahr vive ahora solo para el cine. Una noche, a causa de un terremoto, los estudios se inundan y él ve de lejos el salvamento de dos mujeres que estaban visitando los platos. Una de las dos se parece extraordinariamente a Minna. Identificada la misteriosa joven, Kathleen, Stahr iniciará una intensa y desesperanzada relación amorosa con ella. La habilidad de sus movimientos de seducción no serán menores que el empeño que pone en lograr la perfección en las escenas de sus películas. Fitzgerald quedó fascinado por el mundo del cine y ambicionó escribir la gran novela de Hollywood. Murió el 21 de diciembre de 1941 de una crisis cardíaca, dejándola inacabada.

**Lectulandia**

Francis Scott Fitzgerald

# **El último magnate**

ePub r1.0

Titivillus 28.08.2019

Título original: *The Last Tycoon*  
Francis Scott Fitzgerald, 1941  
Traducción: Dolors Ortega, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Esta edición conserva el título que Edmund Wilson adjudicó a la novela cuando se publicó por primera vez (New York: Charles Scribner's Sons, 1941), aun sin tener ninguna evidencia clara de que ésta fuera la elección definitiva de Fitzgerald. Edición anotada, basada en la versión de Wilson (1941) y contrastada con la versión de Brucoli (1993).

## PRÓLOGO

Scott Fitzgerald murió repentinamente de un paro cardíaco el 21 de diciembre de 1940, un día después de haber escrito el primer episodio del capítulo 6 de esta novela. El texto que presentamos a continuación es un borrador elaborado por el autor tras numerosas revisiones, pero en ningún caso se trata de una versión acabada. En los márgenes de cada uno de los episodios, Fitzgerald había escrito comentarios —algunos de los cuales forman parte de las anotaciones— que expresaban su insatisfacción respecto a éstos o indicaban ideas para revisarlos. Su intención era escribir una novela tan concentrada y tan cuidadosamente hilvanada como *El gran Gatsby* y, sin duda, habría agudizado el efecto de gran parte de las escenas que nos legó, mediante recortes y subidas de color. Inicialmente, había planeado una novela de alrededor de 60000 palabras, pero para el día de su muerte ya había escrito cerca de 70000 palabras, habiendo desarrollado apenas la mitad de la historia, como se pudo observar en su esquema. Había calculado, cuando empezó, reservar un margen de 10000 palabras para recortes; pero todo parece apuntar a que la novela habría excedido las 60000 palabras que se había propuesto. El tema era mucho más complejo que el de *El gran Gatsby*, se requiere más espacio para presentar el retrato de los estudios de Hollywood que para recrear el ambiente de la vida de embriaguez de Long Island. Los personajes necesitaban un margen de maniobra más amplio para su desarrollo.

Este borrador de *El último magnate* representa ese momento en el trabajo del artista en el que éste ya ha recogido y organizado su material y ha conseguido zambullirse en el tema, pero sin dotarlo de un enfoque definitivo. Es admirable que, bajo tales circunstancias, la historia tenga tanta fuerza y el personaje de Stahr surja con tal intensidad y realismo. Este productor de Hollywood, en su miseria y esplendor, es sin duda una de las figuras centrales de la obra de Fitzgerald mejor resueltas y al que mejor había logrado comprender. Sus anotaciones muestran cómo había convivido con el

personaje durante un periodo de tres o más años, ultimando las idiosincrasias de Stahr y trazando la red de relaciones con los diferentes departamentos de sus negocios. Armory Blaine y Antony Patch fueron proyecciones románticas del autor; Gatsby y Dick Diver fueron concebidos de un modo más o menos objetivo, pero no fueron explorados en profundidad. Monroe Stahr está creado totalmente desde dentro, al mismo tiempo que es criticado por una inteligencia que ha llegado a sentirse segura de sí misma y sabe cómo otorgarle el lugar que le corresponde en un plano más amplio de las cosas.

*El último magnate* es, por tanto, incluso en su estado de imperfección, la obra más madura de Fitzgerald. Se distingue de sus novelas anteriores por el hecho de tratar por primera vez con seriedad una profesión u oficio. Sus otros libros trataban de debutantes y universitarios, de la vida vertiginosa de desenfundados derrochadores de los años veinte. Las principales actividades de la gente en estas historias, su *leitmotiv*, son las grandes fiestas en las que eclosionan como fuegos de artificio y de las que salen probablemente destrozados. Sin embargo, las fiestas en *El último magnate* son fortuitas y carecen de importancia. Monroe Stahr, a diferencia de cualquiera de los héroes de Scott Fitzgerald, se dedica en cuerpo y alma a una industria de la cual ha sido uno de sus creadores y cuyo destino se verá alterado por su tragedia. La industria cinematográfica americana se analiza desde muy cerca, se estudia con esmero y se dramatiza con sagacidad conjugándose con otros elementos narrativos de un modo inaudito en ninguna de las otras novelas sobre este tema. *El último magnate* es, con mucho, la mejor novela que se ha escrito sobre Hollywood y la única que nos transporta a su interior.

Ha sido posible complementar esta versión inacabada con un esquema del resto de la novela tal y como Fitzgerald pretendía desarrollarla, y con fragmentos de las anotaciones del autor que describen a menudo vívidamente, a los personajes y escenas.

Merece la pena leer *El gran Gatsby* en relación con *El último magnate* porque el primero muestra todo aquello que Fitzgerald pretende conseguir en este último. Si la concepción del tema en *Suave es la noche* había cambiado en el proceso de escritura por lo que las partes de tan fascinante novela no siempre eran consistentes, había recuperado aquí Fitzgerald la unidad de tal propósito, el convencimiento de la artesanía, que aparecía en la historia anterior. Al repasar el sinfín de borradores y notas que el autor había realizado para esta novela, uno constata y se reafirma en su impresión de que se conocerá a Fitzgerald por destacar como una de las figuras de primera clase en la literatura americana de su tiempo. Las últimas páginas de *El gran*

*Gatsby* se encuentran ciertamente, tanto desde un punto de vista dramático como desde un punto de vista de la prosa, entre lo mejor de la narrativa de nuestra generación. T. S. Eliot dijo acerca del libro que Fitzgerald había dado el primer paso importante en la novela americana desde Henry James. Indudablemente, *El último magnate*, a pesar de su carácter inconcluso, se halla entre los libros que imponen un canon.

EDMUND WILSON (1941).

# EL ÚLTIMO MAGNATE

# 1

Aunque nunca he aparecido en la gran pantalla, me crié en el mundo del cine. Rodolfo Valentino vino a la fiesta de mi quinto cumpleaños, o al menos eso me contaron. Si escribo esto es sólo para constatar que antes incluso de tener uso de razón, ya me hallaba en la posición de entender la maquinaria del negocio.

Una vez estuve a punto de escribir mis memorias. *La hija del productor*, pero a los dieciocho no se embarca una en un proyecto de tal envergadura. Más vale que así fuera, porque hubiera sido tan superflua como una de esas viejas columnas periodísticas de Lolly Parson. Mi padre andaba metido en la industria del cine, como quien trabaja en la del algodón o la del acero, y yo me lo tomaba con tranquilidad. En el peor de los casos, acepté Hollywood con la resignación de un fantasma al que le hubieran asignado una casa encantada. Sabía bien lo que se suponía que tenía que pensar al respecto, pero me empeñaba obstinadamente en no horrorizarme.

Esto es fácil de decir, pero cuesta hacérselo entender a la gente. Cuando estudiaba en Bennington, algunos de mis profesores de literatura, que fingían mostrar cierta indiferencia respecto a Hollywood o sus productos, en realidad lo odiaban<sup>[1]</sup>. Lo odiaban con todas sus fuerzas como si de una amenaza contra su existencia se tratara. Incluso tiempo atrás, cuando iba a un colegio de monjas, una dulce monjita me pidió que le consiguiera el guión de una película para que pudiera «dar su clase sobre escritura cinematográfica» tal y como lo había hecho con el ensayo y el relato corto. Se lo conseguí, y supongo que le dio vueltas y vueltas al texto, pero nunca lo llegó a mencionar en clase, y me lo devolvió con aire de ofendida sorpresa y sin el más mínimo comentario. Eso es lo que, más o menos, espero que suceda con esta historia.

Se puede asumir Hollywood tal cual, como yo lo hice, o rechazarlo con el desdén característico que reservamos para todo aquello que no comprendemos. Otra opción es entenderlo, pero tan sólo de un modo somero y parcial. No son más de media docena los hombres que han sido capaces de aprehender y descifrar la compleja ecuación del cine. Y quizás el mayor paso que pueda dar una mujer para abordar esa cuestión sea tratar de entender a uno de esos hombres.

Lo que sí tenía yo era un buen conocimiento del mundo desde la perspectiva de un avión. Nuestro padre siempre nos obligó a hacer viajes de ida y vuelta en avión cuando estábamos en el colegio y en la universidad. En tercero, tras la muerte de mi hermana, empecé a viajar sola de un lado a otro, y el viaje siempre me inducía a pensar en ella; el viaje me dotaba de cierta solemnidad e introspección. A veces había personas del mundo del cine a bordo del avión que yo conocía, y en alguna ocasión algún que otro universitario atractivo, aunque eso no ocurría con frecuencia durante la Depresión. Rara vez lograba dormirme durante el viaje —acordándome de Eleonor y con el convencimiento de que una marcada brecha se extendía de costa a costa—, por lo menos hasta que habíamos abandonado esos pequeños y solitarios aeródromos de Tennessee.

El viaje era tan turbulento que, desde el principio, se podía dividir a los pasajeros en dos: los que se dormían de inmediato y los que no querían dormir de ningún modo. Tenía a dos de estos últimos sentados frente a mí y, por lo que pude rescatar de su conversación, estaba segura de que eran de Hollywood, uno de ellos porque lo parecía: un judío de mediana edad que tan pronto conversaba con nerviosa exaltación como se acurrucaba en su asiento preparado para volar en un silencio angustioso; el otro era un hombre corriente, pálido, rechoncho y de unos treinta años al que estaba segura de haber visto antes. Habría venido a casa. Pero igual había sido cuando yo era pequeña, así que no me ofendió que no me hubiera reconocido.

La azafata —alta, guapa y con una melena negra deslumbrante; el tipo de mujer que atrae a los hombres— me preguntó si me podía montar la litera<sup>[2]</sup>.

—... y además, querida ¿Quieres una aspirina? —Se abalanzó sobre el brazo de mi asiento, sentada con gran inestabilidad, sacudida por el huracán de junio—. ¿O un Nembutal?

—No.

—He estado tan ocupada con todos los demás que no he tenido tiempo de venir a preguntártelo. —Se sentó junto a mí y me abrochó el cinturón de seguridad de tal modo que nos sujetaba a ambas—. ¿Quieres un chicle?

Eso me recordó que debía deshacerme del que me tenía aburrida hacía horas. Lo envolví en un trozo de papel de revista y lo dejé en el cenicero.

—Sé cómo reconocer a la gente educada —dijo la azafata con aprobación—, porque siempre envuelven el chicle en papel antes de tirarlo.

Permanecimos sentadas un buen rato a media luz en aquella cabina que no dejaba de balancearse. Era algo así como estar en un restaurante de lujo a esa hora del crepúsculo entre la comida y la cena. Todos permanecíamos allí sin

ningún propósito real. Yo diría que incluso la azafata tenía que repetirse a sí misma constantemente por qué se encontraba allí.

Las dos hablamos acerca de una joven actriz que yo conocía y con la que ella había volado en un viaje al Oeste hacía dos años. Fue en la época más crítica de la Depresión, y la joven actriz no hacía más que mirar fijamente por la ventana con tal intensidad que la azafata temió que pensara en saltar al vacío. Sin embargo, resultó que lo que temía no era tanto la pobreza como la revolución.

—Ya sé lo que mamá y yo vamos a hacer —le confesó a la azafata—. Nos iremos a Yellowstone y viviremos humildemente hasta que todo haya pasado. Entonces, regresaremos. A los artistas no les matan, ¿verdad?

La idea me encantó. Evocaba una bella estampa de la actriz y su madre alimentadas por amables osos Tory<sup>[3]</sup> que las agasajaban con miel y por tiernos cervatillos que les procuraban leche de cierva y que permanecían junto a ellas para servirles de almohadas durante la noche. Por mi parte, yo le conté a la azafata la historia del abogado y el director que confesaron sus planes a mi padre una noche, en aquellos días gloriosos. Si el ejército de los descontentos conquistaba Washington, el abogado disponía de una embarcación oculta en el río Sacramento, con la que remaría río arriba durante varios meses para regresar después, «porque tras la revolución, siempre se necesitan abogados para encauzar los aspectos legales».

El director tendía más bien al derrotismo. Tenía un viejo traje, camisa y zapatos en la recámara —nunca dijo si eran suyos o si los había cogido del departamento de utilería— y se disponía a desaparecer entre la multitud. Recuerdo que mi padre le dijo: «¡Pero te mirarán las manos! Se darán cuenta de que no has trabajado con ellas durante años. Y te pedirán tu carnet sindical». Y recuerdo cómo el rostro del director se vino abajo, su aspecto lúgubre mientras comía el postre y cuán extraños e insignificantes me parecían los dos.

—¿Su padre es actor, señorita Brady? —preguntó la azafata—. Estoy segura de haber oído su nombre.

Al oír el nombre de Brady, los dos hombres al otro lado del pasillo levantaron la cabeza a la vez, y la miraron de reojo, con esa mirada por encima del hombro tan típica de Hollywood. Entonces el hombre joven, pálido y robusto se desabrochó el cinturón de seguridad y se quedó de pie en el pasillo frente a nosotras.

—¿Es usted Cecilia Brady? —preguntó en tono acusador, como si yo le hubiera estado molestando—. Me pareció reconocerla. Soy Wylie White.

Podría haberse ahorrado esto último —ya que en ese preciso instante una nueva voz exclamó «¡cuidado, Wylie!», y un hombre le pasó rozando por el pasillo y siguió recto hacia la cabina del piloto. Wylie White se volvió, y con cierto retraso, imploró en tono desafiante:

—Yo sólo acato las órdenes del piloto.

Enseguida capté el tono de complacencia que se estila entre los peces gordos de Hollywood y sus satélites.

La azafata le llamó la atención:

—No hable tan alto, por favor, algunos pasajeros duermen.

Entonces vi que el hombre al otro lado del pasillo, el judío de mediana edad, estaba también de pie, mirando fijamente, con descarada lascivia económica, al hombre que acababa de pasar. O más bien la espalda de aquel hombre, que les hizo un gesto con la mano como de despedida mientras le perdía de vista.

Le pregunté a la azafata:

—¿Es ése el *copiloto*?

La azafata estaba desabrochándonos el cinturón, a punto de dejarme con Wylie White.

—No. Ése es el señor Smith. Ocupa el compartimento privado, «la suite nupcial», aunque él la ocupa en solitario. El copiloto siempre lleva uniforme —se levantó—. Voy a averiguar si aterrizaremos en Nashville.

Wylie White se quedó atónito.

—¿Por qué?

—Se acerca una tormenta por el valle del Mississippi.

—¿Significa eso que tendremos que quedarnos aquí toda la *noche*?

—¡Sólo si esto sigue así!

Un repentino giro en picado indicaba que así sería. Arrojó a Wylie White al asiento opuesto al mío, desvió la trayectoria de la azafata precipitadamente hacia la cabina del piloto, y clavó al judío al asiento, dejándole sentado. Tras las estudiadas y ecuanimes exclamaciones de desagrado propias de la mente del viajero, volvimos a acomodarnos en nuestros asientos. Hubo presentación.

—Señorita Brady, señor Schwartz —dijo Wylie White—. Él también es un gran amigo de su padre.

El señor Schwartz asintió con tanta vehemencia que pude casi oírle decir: «Es cierto. ¡A Dios pongo por testigo que es verdad!».

En otro momento de su vida podría haberlo dicho en voz alta, pero era obvio que era un hombre al que le había ocurrido algo. Conocerle era como encontrarse con un amigo que acaba de salir de una pelea o de un accidente y

está como aturdido. Miras fijamente a tu amigo y le dices: «¿Qué te ha pasado?». Y él articula algo ininteligible con los dientes partidos y los labios hinchados. Ni siquiera puede contarte lo que le ha sucedido.

El señor Schwartz no tenía ningún rasgo físico singular; su exagerada nariz persa y la sombra oblicua de sus ojos eran tan congénitas como lo era la rojez irlandesa de las aletas nasales de mi padre.

—¡Nashville! —exclamó Wylie White—. Eso significa que tendremos que ir a un hotel. No llegaremos a la costa hasta mañana por la noche, y eso si tenemos suerte... ¡Dios mío! Yo nací en Nashville.

—Imagino que le gustará volverlo a ver.

—Jamás. No he vuelto en quince años. Y espero no tener que hacerlo *nunca*.

Pero sí que lo haría —ya que el avión descendía, y descendía, y descendía inequívocamente, como Alicia en la madriguera del conejo. Arqueando mi mano contra la ventana, a la izquierda alcancé a ver, a lo lejos, la ciudad borrosa. La señal verde: «abróchense el cinturón de seguridad. Prohibido fumar»— había permanecido encendida desde que entramos en la tormenta.

—¿Has oído lo que ha dicho? —comentó Schwartz desde el otro lado del pasillo, rompiendo uno de sus hondos silencios.

—¿Que si he oído qué? —preguntó Wylie.

—Que si has oído cómo se hace llamar —dijo Schwartz—. ¡Señor *Smith!*

—¿Y por qué no? —preguntó Wylie.

—Por nada... —replicó Schwartz rápidamente—. Sencillamente pensé que tenía gracia. Smith.

Jamás he oído una risa menos jubilosa.

—¡Smith!

Supongo que no ha existido nada parecido a los aeropuertos desde los tiempos de las diligencias y las casas de postas. No hay nada tan solitario, ni tan lúgubre y silencioso. Esos viejos edificios de ladrillo rojo se construían en las ciudades que la ruta marcaba y la gente no bajaba en aquellas estaciones aisladas a menos que vivieran allí. Pero los aeropuertos te transportan a la historia como los oasis, como las paradas en las grandes rutas comerciales. La imagen de viajeros deambulando, de uno en uno, o de dos en dos, por los aeropuertos a media noche suele atraer la atención de un pequeño grupo de gente hasta la madrugada. Los jóvenes observan los aviones y los mayores contemplan a los pasajeros con expectante incredulidad. En los grandes aviones transcontinentales nosotros éramos la gente adinerada de la costa, que sólo descendíamos de nuestra nube ocasionalmente al centro de América.

Entre nosotros cabía la posibilidad de una gran aventura, disfrazada como una estrella de cine. Pero en la mayor parte de los casos no existía tal posibilidad. Yo deseaba fervientemente que pareciéramos más interesantes de lo que realmente éramos, tal y como suele suceder en las noches de estreno, cuando los admiradores te miran con desdeñoso reproche porque no eres una estrella.

Ya en tierra, Wylie y yo nos hicimos amigos enseguida porque me tendió el brazo para ayudarme a salir del avión. A partir de entonces, aquel hombre intentó conquistarme, y no me importaba. Desde el momento en que pusimos el pie en el aeropuerto quedó claro que si íbamos a estar atrapados en aquel lugar, estaríamos atrapados allí los dos juntos. (No fue como aquella otra vez que perdí a mi chico, aquella vez que mi chico tocaba el piano con aquella muchacha, Reina, en una pequeña granja de Nueva Inglaterra cerca de Bennington, aquella vez que comprendí, finalmente, que sobraba. En la radio sonaba Guy Lombardo tocando «Top Hat» y «Cheek to Cheek», y ella le enseñaba la melodía. Las teclas del piano caían como las hojas de un árbol y las manos de ella se derramaban sobre las de él al mostrarle un acorde sostenido. Yo estaba entonces en mi primer curso de universidad). Cuando entramos en el aeropuerto, el señor Schwartz también venía con nosotros, aunque parecía estar sumido en una especie de estado de ensoñación. Mientras nosotros tratábamos de obtener información concreta en el mostrador, él seguía mirando fijamente la puerta que conducía a la pista de aterrizaje, como si temiera que el avión fuera a despegar sin él. Entonces me excusé por un momento y algo ocurrió en ese lapso de tiempo que yo no vi, pero cuando regresé, él y White permanecían uno frente al otro muy cerca; White hablando y Schwartz como si le hubiera pasado un camión enorme por encima. Ya no miraba fijamente la puerta ni la pista de aterrizaje. Alcancé a escuchar el final del comentario de Wylie White...

—Te dije que mantuvieras la boca cerrada. Te está bien empleado...

—Yo sólo dije...

Interrumpió lo que iba a decir al acercarme yo y preguntarles si tenían noticias. Eran ya las dos y media de la madrugada.

—Alguna —respondió Wylie White—. No creen que podamos despegar hasta dentro de tres horas por lo menos, así que los más blandengues se van al hotel. Sin embargo, a mí me gustaría llevaros al Hermitage, el Hogar de Andrew Jackson.

—¿Cómo vamos a verlo en la oscuridad? —preguntó Schwartz.

—¡Dios mío! Amanecerá dentro de dos horas.

—Id vosotros —dijo Schwartz.

—De acuerdo. Tú coge el autobús que va al hotel. Aún no ha salido... *Él* está dentro —la voz de Wylie denotaba cierto sarcasmo—. Quizás sea positivo.

—No, iré con vosotros —exclamó Schwartz precipitadamente.

Cogimos un taxi en la inesperada oscuridad del descampado, fuera del aeropuerto. Schwartz parecía animarse. Me dio unas palmaditas en las rodillas alentadoramente.

—Será mejor que os acompañe —dijo—. Haré de carabina. Hace mucho tiempo, cuando manejaba grandes cantidades de dinero, tenía una hija, una hija hermosa.

Hablaba como si la hubiese vendido a los acreedores como un activo tangible.

—Ya tendrás otra —le aseguró Wylie—. Lo recuperarás todo. Otro giro a la ruleta y llegarás donde ha llegado el padre de Cecilia, ¿verdad Cecilia?

—¿Dónde está ese Hermitage? —preguntó Schwartz inmediatamente—. ¿Lejos al final de la nada? ¡Perderemos el avión!

—Déjalo ya —contestó Wylie—. Deberíamos habernos traído a la azafata para ti. ¿No te gustaba tanto la azafata? A mí me parece bastante mona.

Estuvimos deambulando en el taxi un buen rato por un descampado iluminado, una calle, un árbol, una chabola, un árbol, y entonces de repente tras una curva cerrada, el bosque. Incluso en la oscuridad pude sentir el verdor de los árboles del bosque —todo aquello era diferente al polvoriento matiz verde aceituna de California—. En algún lugar remoto pasamos por delante de un negro que guiaba a sus tres vacas y ellas mugían cuando las apartaba a un lado de la carretera. Eran vacas de verdad, con cálidos, frescos y sedosos costados, y gradualmente aquel muchacho negro cobraba realidad en la oscuridad, con sus ojos grandes y marrones mirándonos fijamente junto al coche, mientras Wylie le daba un cuarto de dólar. Dijo «*Gracias, gracias*», y permaneció allí de pie, y las vacas mugieron de nuevo en medio de la noche mientras nuestro coche partía.

Pensé en la primera oveja que recuerdo —cientos de ellas, y como nuestro coche se vio cercado por ellas de repente en la parte trasera del viejo estudio Laemmle. Estaban a disgusto en las películas, pero el hombre que venía con nosotros en el coche prosiguió:

—¡Estupendo!

—¿Es eso lo que querías, Dick?

—¿Acaso no es estupendo? —Y el hombre que se llamaba Dick seguía de pie en el coche como si fuera Cortés o Balboa, mirando por encima de aquella

ondulación gris y lanuda. Ojalá supiera en qué película salían, hace tiempo que se me olvidó.

Llevábamos una hora en el coche. Cruzamos un arroyo por un viejo puente de hierro destartado cubierto con tablones. Ahora cada vez que pasábamos una granja oíamos cantar a los gallos y veíamos sombras verdiazules deslizarse.

—Te dije que pronto amanecería —dijo Wylie—. Nací cerca de aquí, hijo de una familia humilde del Sur venida a menos. La mansión familiar se usa actualmente como cobertizo. Teníamos cuatro criados... mi padre, mi madre y mis dos hermanas. Yo me negué a entrar en el gremio, así que me fui a Memphis para iniciar mi carrera, que ya ha llegado a su fin. —Me rodeó con su brazo—. Cecilia, ¿te quieres casar conmigo, para que pueda así compartir la fortuna de los Brady?

Fue tan encantador que apoyé mi cabeza sobre su hombro.

—¿A qué te dedicas, Cecilia? ¿Estás estudiando?

—Estoy en Bennington. Estoy en tercero de carrera.

—Te ruego que me disculpes. Debería habérmelo imaginado, pero nunca tuve el privilegio de recibir formación universitaria. Así que tercero... ¿Por qué he leído en *Esquire* que a los estudiantes de tercero no les queda nada que aprender, Cecilia?

—¿Por qué se cree la gente que las universitarias...?

—No te disculpes, el saber es poder.

—Por tu modo de hablar se nota que nos dirigimos a Hollywood —dije yo—. Allí llevan años y años de retraso.

Hizo como si se ofendiera.

—¿Quieres decir que las chicas del Este no tienen vida privada?

—Precisamente ésa es la cuestión. *Tienen* vidas privadas. Me incomodas, suéltame.

—No puedo. Despertaría a Schwartz, y creo que éste es el primer sueño que ha logrado echarse en las últimas semanas. Escucha, Cecilia: una vez tuve una aventura con la mujer de un productor. Fue una historia muy breve. Cuando terminó me dijo sin tapujos: «No se lo cuentes a nadie jamás o conseguiré que te echen de Hollywood. ¡Mi marido es un hombre mucho más importante que tú!».

Ya me volvía a gustar. En ese momento el taxi bajó por una vereda perfumada por madreselva y narcisos, y se detuvo ante la gran mole grisácea; la casa de Andrew Jackson. El conductor se volvió para decirnos algo sobre la

casa, pero Wylie le hizo callar, señalando a Schwartz, bajamos del coche de puntillas.

—Ahora no pueden entrar en la mansión —apuntó el taxista educadamente.

Wylie y yo fuimos a sentarnos y a apoyarnos en las grandes columnas de la escalinata.

—¿Qué tal el señor Schwartz? —pregunté—. ¿Quién es?

—Al cuerno con Schwartz. En su momento fue el jefe de algún grupo empresarial ¿First National? ¿Paramount? ¿United Artists? Ahora está acabado y hundido. Pero volverá. No se puede fracasar en el cine, a menos que sea uno un drogadicto o un alcohólico.

—No te gusta Hollywood —sugerí.

—Sí me gusta. Por supuesto que me gusta. Escucha, éste no es un tema para discutirlo ante el amanecer en las escaleras de la casa de Andrew Jackson.

—A mí *me gusta* Hollywood —insistí yo.

—Está bien. Es una ciudad de minería en la tierra del loto. ¿Quién ha dicho eso? Yo lo he hecho. Es un buen lugar para los tipos duros, pero yo llegué allí desde Savannah, Georgia. Asistí a una fiesta en un jardín el día en que llegué. Mi anfitrión me dio la mano y se marchó. Lo tenía todo: aquella piscina, el musgo verde a dos dólares la pulgada, bellas felinas tomando algo y disfrutando. Y no se me acercó nadie. Ni un alma. Hablé con media docena de personas, pero no me respondió nadie. La cosa siguió así durante una o dos horas, entonces me levanté de donde estaba sentado y me largué a paso ligero como si estuviera loco. Era como si no tuviera una identidad legítima hasta que regresé al hotel y el recepcionista me entregó una carta a mi nombre.

Naturalmente, nunca había vivido nada igual, pero revisando las fiestas a las que había asistido, me di cuenta de que esas cosas suceden. En Hollywood no solemos relacionarnos con desconocidos, a menos que lleven un letrero que indique que han dejado el hacha en otro lugar, y que en cualquier caso no va a caer sobre nuestros pescuezos, es decir, a menos que sean una celebridad. Incluso en ese supuesto caso, más vale andarse con cuidado.

—Deberías haber sacado pecho ante esa situación —dije con aire de suficiencia—. Cuando la gente es maleducada no se trata de un agravio personal, sino que es un golpe bajo para quienes ha conocido anteriormente.

—¡Que una chica tan linda diga cosas tan sabias...!

Al este el cielo clareaba y Wylie pudo observarme con detalle: delgada, con buen tipo y mucho estilo, y una mente viva cual bebé retozando en el

vientre materno. Me pregunto qué aspecto tendría yo bajo la luz de aquel amanecer de hace cinco años; un poco desgredada y pálida, supongo. A esa edad en la que una tenía la ilusión de juventud de que la mayor parte de las aventuras son buenas. Me bastaba con un baño y cambiarme de ropa para seguir durante horas y horas.

Wylie me miraba fijamente con una mirada adulatora, pero de pronto dejamos de estar solos. El señor Schwartz irrumpió en aquella escena tan bella, excusándose.

—Me he tropezado con una gran manilla metálica —dijo, tocándose el rabillo del ojo.

Wylie se levantó de un salto.

—Justo a tiempo, señor Schwartz —dijo—. El *tour* acaba de empezar. He aquí la casa del viejo Hickory, el décimo presidente de América. El triunfador de Nueva Orleans, enemigo del Banco Nacional, e inventor del Spoils System<sup>[4]</sup>. Schwartz me miró como si mirara al jurado.

—Ahí tiene a un escritor —dijo—. Lo sabe todo y a la vez no sabe nada.

—¿Y a qué viene eso? —Exclamó Wylie, indignado.

Fue la primera noticia que tuve de que él era escritor. Aunque me gustan los escritores —porque si le preguntas cualquier cosa a un escritor, suele darte una respuesta—, aun así, le vi empequeñecerse ante mis ojos. Los escritores no son exactamente gente. En todo caso, si son buenos, son una barbaridad de gente a la vez que intenta desesperadamente ser una sola persona. Es como los actores que intentan patéticamente no mirarse en los espejos y se inclinan hacia atrás intentado apenas ver sus caras en las lámparas reflectantes.

—¿No cree usted que los escritores son así, Cecilia? —reclamó Schwartz—. No tengo palabras para definirlos. Sólo sé que es verdad.

Wylie le miró con una indignación paulatinamente creciente.

—No es la primera vez que oigo eso —dijo—. ¡Mira, Manny, soy un hombre mucho más práctico que tú! He estado sentado en una oficina escuchando a algún iluminado pavoneándose durante horas, soltando bobadas que le llevarían a un manicomio, excepto en California y al final diciéndome qué práctico era él, y qué iluso era yo, y que tuviera la cortesía de marcharme y hacer caso de lo que me había dicho.

Al señor Schwartz se le quedó el rostro desencajado. Un ojo miraba hacia arriba a través de los olmos. Alzó la mano, y como quien no quiere la cosa, empezó a morderse la cutícula de su dedo corazón. Había un pájaro sobrevolando la chimenea de la casa, y él lo seguía con la mirada. Se posó en

la boca de la chimenea como un cuervo y los ojos del señor Schwartz permanecieron fijos en él mientras decía:

—No podemos entrar, y va siendo hora de que volváis a coger el avión.

No había acabado de amanecer. El Hermitage parecía una bonita caja blanca, aunque un poco solitaria y deshabitada desde hacía cien años. Regresamos al coche. No fue hasta que subimos en él, y el señor Schwartz nos hubo cerrado inesperadamente la puerta del taxi desde fuera, que nos dimos cuenta de que no tenía la más mínima intención de venir con nosotros.

—No voy a ir a la costa; lo he decidido cuando me he despertado. Así que me quedaré aquí, y después el taxista podría venir a por mí.

—¿Regresas al Este? —dijo Wylie sorprendido—. Porque de ser así...

—La decisión está tomada —afirmó Schwartz, sonriendo levemente—. Os sorprendería saber que en otro tiempo yo era un tipo de decisiones firmes. —Buscó en su bolsillo mientras el taxista calentaba el motor—. ¿Le podrías entregar esta nota al señor Smith?

—¿Quiere que vuelva dentro de un par de horas? —le preguntó el taxista a Schwartz.

—Sí... claro. Con mucho gusto me entretendré dando una vuelta por aquí.

De regreso al aeropuerto, no me podía quitar de la cabeza a ese hombre, le imaginaba de madrugada en aquel paraje. Había venido desde algún lejano gueto para presentarse ante aquel vulgar santuario. Manny Schwartz y Andrew Jackson... era difícil citarles en una misma frase. No quedaba claro que supiera quién era Andrew Jackson mientras merodeaba por su casa, aunque probablemente pensaría que si la gente había conservado su casa, Andrew Jackson debía de haber sido alguien importante y compasivo, capaz de comprender. En los dos extremos de la vida, principio y fin, todo hombre necesita sustento: un pecho, un lugar sagrado. Un lugar donde cobijarse cuando ya nadie quiera saber nada de él, y donde poder volarse la cabeza.

Evidentemente, no nos enteramos hasta veinte horas más tarde. Al llegar al aeropuerto informamos al comisario de a bordo de que el señor Schwartz no seguía con el viaje, y luego nos olvidamos de él. La tormenta se había alejado hacia el este de Tennessee, estallando en las montañas e íbamos a despegar en menos de una hora. Los viajeros regresaron del hotel con cara de sueño, y yo eché unas cabezadas en uno de esos aparatos de tortura que son las banquetas. Poco a poco, de los escombros de nuestro intento fallido resurgió en mí la idea de un viaje peligroso; una nueva azafata, alta, guapa, con una melena negra deslumbrante, exactamente igual que la otra, salvo que ésta llevaba un traje a rayas en lugar del traje rojo y azul de corte francés,

pasó por delante de nosotros rápidamente. Wylie se sentó a mi lado mientras esperábamos.

—¿Le has entregado la nota al señor Smith? —le pregunté medio dormida.

—Sí.

—¿Quién es el señor Smith? Sospecho que le ha arruinado el viaje al señor Schwartz.

—Ha sido culpa de Schwartz.

—No puedo con las apisonadoras —dije—. En casa, mi padre intenta avasallarnos como una apisonadora, y yo le digo que reserve esa actitud para el estudio de cine.

Me preguntaba si estaba siendo justa; a esas horas de la mañana, las palabras son el menor de los aliados.

—Habría una gran colisión —afirmó Wylie— si la apisonadora Brady se encontrara con la apisonadora Smith.

—¿El señor Smith es un competidor de mi padre?

—No exactamente. Yo diría que no. Pero si lo fuera, ya sé yo dónde pondría mi dinero.

—¿Con mi padre?

—Me temo que no.

Era demasiado temprano para alardear de patriotismo familiar. El piloto estaba en el mostrador con el comisario de a bordo y movía la cabeza mientras observaba a un posible pasajero que había puesto dos monedas en el gramófono eléctrico y que yacía, ebrio, sobre un banco, luchando contra el sueño. La primera canción que había escogido, «Lost», resonó por toda la sala, seguida, tras un ligero intervalo, por su segunda elección, «Gone», que era tan dogmática y rotunda como la anterior. El piloto movió la cabeza enfáticamente y se acercó al pasajero.

—Me temo que no podremos llevarle esta vez, caballero.

—¿Qué?

El borracho se incorporó, con un aspecto terrible, aunque atractivo en cierto modo, y sentí pena por él, a pesar de su francamente mala elección musical.

—Regrese al hotel y duerma. Esta noche habrá otro vuelo.

—Yo sólo quiero *vo... volar...*

—Esta vez no, caballero.

Decepcionado, el borracho se cayó del banco; y por encima de la melodía del gramófono, un altavoz nos llamaba a nosotros, la gente respetable,

instándonos a salir a la pista. En el pasillo del avión me tropecé con Monroe Stahr y me precipité sobre él, medio intencionadamente. Era el tipo de hombre por el que cualquier chica perdería la cabeza, se lo propusiera éste o no. En mi caso, había un profundo desinterés por su parte, pero le gusté y se sentó enfrente de mí hasta que el avión despegó.

—Pidamos que nos devuelvan el dinero —sugirió.

Sus ojos negros me cautivaron y me pregunté qué aspecto tendrían al enamorarse. Eran amables, distantes, y aunque razonaran contigo con dulzura, denotaban cierto aire de superioridad. No era culpa suya si eran tan penetrantes. Entraba y salía de su papel de «chico del montón», pero me atrevería a decir que no era uno de éstos. Él sabía cómo callarse, cómo mantenerse al margen, cómo escuchar. Desde su posición (y aunque no era un hombre alto, siempre daba la impresión de estar por encima), observaba las numerosas cosas mundanas cual joven pastor orgulloso a quien jamás le ha importado ni la noche ni el día. Nació insomne, carente de talento para el descanso o el deseo del mismo.

Permanecíamos sentados en un silencio nada incómodo; le conocía desde que se había convertido en el socio de mi padre hacía doce años, cuando yo tenía siete años y Stahr veintidós. Wylie estaba al otro lado del pasillo y yo no sabía si presentarlos o no, pero Stahr jugaba con su anillo tan abstraído que me hizo sentir joven e invisible, y no me atreví. No me atrevía ni a alejar ni a centrar la mirada en él, a no ser que tuviera algo muy importante que decir. Sabía que Stahr producía el mismo efecto sobre otra gente.

—Te voy a *regalar* este anillo, Cecilia.

—Disculpa. No me he dado cuenta de que fuera...

—Tengo media docena como éste.

Me lo dio; un anillo de oro macizo con una pronunciada letra S en relieve. Yo ya me había percatado del extraño contraste del grosor del anillo con sus dedos, tan delicados y finos como el resto de su cuerpo, así como su cara afilada con las cejas arqueadas y su negra cabellera rizada. En ocasiones adoptaba una apariencia espiritual, pero era combativo, alguien de su pasado le conocía cuando pertenecía a una banda callejera del Bronx, y me describía cómo caminaba siempre a la cabeza de su banda, y cómo, de vez en cuando, aquel chico de aspecto más bien frágil, se medio giraba y daba órdenes desde la comisura de sus labios.

Stahr me puso el anillo en la mano y me la cerró, se levantó, y se dirigió a Wylie.

—Ven a la *suite* nupcial —dijo—. Hasta luego, Cecilia.

Antes de que llegaran a una distancia inaudible, logré oír la pregunta de Wylie:

—¿Has leído la nota de Schwartz?

A la que Stahr respondía:

—Aún no.

No debo tener muchas luces, ya que hasta entonces no había caído en que Stahr era ese tal señor Smith.

Más tarde, Wylie me enseñó lo que decía la nota. Escrita bajo la luz de los faros del taxi, era casi ilegible.

Querido Monroe,

Eres el mejor de todos y siempre he admirado tu mente. Así que cuando te vuelves contra mí sé que no hay nada que hacer. No soy un buen fichaje y no voy a proseguir con mi viaje, permíteme advertirte, una vez más, de que te andes con cuidado. Sé lo que digo.

Tu amigo

Manny

Stahr la leyó por segunda vez, y se llevó la mano a la barbilla sin afeitarse.

—Es un manojo de nervios —añadió—. No hay nada que hacer. Siento haber sido tan tajante con él, pero no me gusta que se me acerque un tipo y que me diga que es por *mi* bien.

—Tal vez lo fuera —dijo Wylie.

—No es una buena estrategia.

—Yo me hubiese dejado engañar por sus palabras —dijo Wylie—. Soy tan vanidoso como una mujer. Si alguien finge estar interesado en mí, le pido más. Me gusta que me aconsejen.

Stahr movió la cabeza con desagrado. Wylie siguió tomándole el pelo, era uno de aquellos afortunados a los que se les concedía semejante privilegio.

—Tú te rindes ante cierto tipo de adulaciones —dijo él—. Tienes ese aire a lo «pequeño Napoleón».

—Me enferma —dijo Stahr—, pero no es peor que cuando un tipo se te acerca para intentarte ayudar.

—Si no te gustan los consejos, ¿para qué me has contratado a *mí*?

—Se trata de una transacción comercial —dijo Stahr—. Yo soy un comerciante. Quiero comprar lo que tienes en la cabeza.

—Tú no eres un simple comerciante —replicó Wylie—. Conocí a muchos cuando era publicista y estoy de acuerdo con Charles Francis Adams.

—¿Qué dijo?

—Los conocía a todos —Gould, Vanderbilt, Carnegie, Astor— y decía que no le apetecía encontrarse con ninguno de ellos en el otro mundo. Pues bien, no han progresado desde entonces, y por eso insisto en que no eres un simple comerciante.

—Adams era probablemente un amargado —dijo Stahr—. Quería estar al mando, pero carecía del juicio o del carácter necesario.

—Tenía cabeza —dijo Wylie con cierta acritud.

—Se necesita algo más que cabeza. Vosotros los escritores y artistas os echáis atrás fácilmente y lo confundís todo, y alguien tiene que venir y ponerlos en vuestro lugar —se encogió de hombros—. Al parecer, os tomáis las cosas de un modo tan personal... odiáis y adoráis a la gente, porque creéis que la gente es importante, sobre todo vosotros mismos. Parece que pidáis a gritos que os den una patada en el trasero. Me gusta la gente y me gusta agradar a la gente, pero llevo el corazón donde Dios me lo puso: en el interior.

Dejó de hablar abruptamente.

—¿Qué le dije a Schwartz en el aeropuerto? ¿Recuerdas exactamente que le dije?

—Dijiste, «¡Sea lo que sea que buscas, la respuesta es No!». —Stahr se quedó en silencio.

—Estaba hundido —dijo Wylie—, pero le hice reírse de su propia situación. Llevamos a la hija de Brady a dar una vuelta.

Stahr llamó a la azafata.

—¿Le importaría al piloto que me sentara en la cabina, un rato?

—Eso va en contra del reglamento, señor Smith.

—Dígale que venga un momento tan pronto como le sea posible.

Stahr permaneció sentado y erguido en la cabina del piloto toda la tarde. Mientras tanto, nos deslizábamos sobre el desierto infinito y la meseta de mil colores como las arenas blancas que teñíamos cuando yo era niña. Más adelante, a media tarde, los picos de las montañas —las montañas de Sierra Nevada— se deslizaban bajo nuestras hélices; nos acercábamos a casa.

Cuando no dormitaba, pensaba en que quería casarme con Stahr y conseguir que se enamorara de mí. ¡Oh, menuda presunción, la mía! ¿Qué diantres podía ofrecerle yo a cambio? Pero, para entonces no lo veía de ese modo. Tenía yo el orgullo de una chica joven, que construye su fortaleza en base a pensamientos sublimes tales como «¿Qué tiene *ella* que no tenga yo?». En mi cabeza, yo era tan guapa como las grandes bellezas que inevitablemente debían haberse rendido a sus pies. Mi pequeño arrebató por

lo intelectual me convertía indudablemente en un espléndido adorno para cualquier salón.

Ahora ya sé que era absurdo. Aunque la educación de Stahr se reducía a un curso nocturno de mecanografía, hacía mucho tiempo que había recorrido caminos inescrutables, baldíos de percepción, hacia terrenos donde muy pocos hombres hubieran sido capaces de seguirle. Sin embargo, con osadía y vanidad comparaba, con cierta picardía, mis ojos grisáceos con los suyos marrones, mis fuertes latidos de juventud entrenados por el golf y el tenis con los suyos, que debían ser más pausados y débiles tras años y años de excesivo trabajo. Urdí planes, maquiné estratagemas e ideé confabulaciones como cualquier otra mujer. No obstante, nunca llegaron a ninguna parte, como ya veremos. Todavía quiero pensar que si hubiera sido un pobre muchacho de mi edad, lo habría conseguido, pero desde luego la verdad es que yo no podía ofrecerle nada que él no tuviera ya; algunas de mis ideas románticas provenían del cine, de películas como *La Calle 42*, que tuvieron un gran peso en mi vida. Es más que probable que algunas de las películas que concibió el propio Stahr me hubieran convertido en lo que yo era entonces.

Así que no había demasiada esperanza. Al menos en el plano emocional, la gente no puede vivir sacándose las castañas del fuego mutuamente.

Pero para entonces era diferente; mi padre me podía ayudar, la azafata me podía ayudar. Ella podía ir a la cabina y decirle a Stahr: «Si el amor existe, eso es lo que he visto en los ojos de esa muchacha».

El piloto también podía ayudarme; «¿Está ciego, hombre? ¿Por qué no vuelve junto a ella?».

Wylie White podía ayudarme, en lugar de quedarse ahí parado en el pasillo mirándome con dudas, preguntándose si yo estaba despierta o dormida.

—Siéntate —dije—. ¿Alguna novedad? ¿Dónde estamos?

—En el aire.

—¿Eso es todo? Siéntate —intenté mostrar mucho interés—. ¿Qué estás escribiendo?

—Que Dios me ayude, estoy escribiendo sobre un *boy scout*: *El boy scout*.

—¿Es cosa de Stahr?

—No lo sé, me pidió que me pusiera a trabajar en ello. Puede que tenga a diez escritores trabajando en lo mismo, unos más avanzados y otros por detrás de mí; sistema que él mismo inventó con gran clarividencia. ¿Así que estás enamorada de él?

—Por supuesto que no —dije con indignación—. Lo conozco de toda la vida.

—Desesperada, ¿verdad? Bueno, te ayudaré si usas tus influencias para promocionarme. Quiero un despacho propio.

Cerré los ojos y caí dormida. Cuando me desperté, la azafata me estaba cubriendo con una manta.

—Ya casi hemos llegado —dijo.

Pude ver por la ventanilla, a la luz del crepúsculo, que llegábamos a una tierra más frondosa.

—Acabo de oír algo divertido en la cabina —comentó de motu propio—, ese tal señor Smith... o señor Stahr... No recuerdo haber visto nunca su nombre...

—Jamás aparece en ninguna película —dije.

—Pues bien, ha estado haciendo toda clase de preguntas a los pilotos sobre la aviación... Quiero decir, que parece interesado, ¿sabe?

—Ya entiendo.

—Lo que quiero decir es que uno de ellos me comentó que juraría que podría enseñarle a Stahr a volar en un periquete. Tiene una mente privilegiada; a eso se refería.

Me estaba impacientando.

—Y bueno, ¿qué era tan divertido?

—Pues que finalmente uno de los pilotos le preguntó al señor Smith si le gustaba su trabajo y el señor Smith exclamó «¡Claro que me gusta mi trabajo! Está bien ser el único cuerdo entre tanto chiflado».

La azafata se moría de la risa, mientras que yo estuve a punto de escupirle en la cara.

—Mira que llamarles panda de locos. Quiero decir, panda de *chiflados*.

Sin más, paró de reírse inesperadamente y su rostro cobró gravedad mientras se ponía en pie.

—Bueno, tengo que acabar mi carta de navegación.

—Adiós.

Evidentemente Stahr había invitado a los pilotos a compartir el trono y les había permitido tomar el mando junto a él por un rato. Años más tarde, viajé con uno de esos pilotos y me contó algo que Stahr había dicho.

Miraba las montañas que sobrevolábamos.

—Supongamos que usted fuera ferroviario —dijo—. Y que tiene que trazar una vía férrea por algún lugar. Obtiene los informes de los ingenieros, y se encuentra con que hay tres o cuatro, o incluso, media docena de espacios y

ninguno es mejor que el otro. Tiene que decidir... ¿En base a qué? No puede comprobar la mejor opción, a menos que la lleve a cabo. Y lo hace.

El piloto pensó que se había perdido algo.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que uno escoge un camino sin motivo aparente... porque esa montaña es tosa o porque el azul cianotipo es el mejor azul. ¿Entiende lo que le quiero decir?

El piloto lo consideró un consejo muy valioso. Sin embargo, dudaba de que alguna vez se hallara en posición de ponerlo en práctica.

—Lo que yo quería saber —me dijo con cierto pesar— es cómo llegó a ser el señor Stahr.

Me temo que Stahr no hubiera podido responder a esa pregunta; porque el embrión no viene equipado con memoria. En cambio yo sí que podría responderla en parte. Ya de joven, él había volado muy alto contra vientos poderosos, observando a su alrededor. Y mientras estaba en las alturas había observado todos los reinos, con esa clase de ojos que pueden mirar fijamente al sol. Batiendo las alas tendenciosa e incluso frenéticamente, una vez tras otra, se había mantenido ahí arriba más tiempo que ninguno de nosotros, y posteriormente, recordando todo lo que había visto desde las alturas, había ido bajando progresivamente a la tierra.

Se habían apagado los motores, y teníamos los cinco sentidos puestos en el aterrizaje. Vi una hilera de luces, la de la Estación Naval de Long Beach a la izquierda, y el destello intermitente de Santa Mónica a la derecha. Había salido la luna en California, que brillaba grande y anaranjada sobre el Pacífico. Fuera cual fuera la emoción ante tal espectáculo —ya que al fin y al cabo era mi hogar—, sé que no tenía ni punto de comparación con lo que debía sentir Stahr. Éstas eran las cosas que yo había visto por primera vez, como la oveja en el viejo estudio Laemmle. Pero éste era el lugar donde Stahr había vuelto a la tierra tras aquel extraordinario y revelador viaje; el lugar donde pudo ver la dirección que todos tomábamos, el aspecto que teníamos al tomada, y lo que en realidad nos importaba. Se podría decir que éste era el lugar hacia donde el viento lo trajo accidentalmente, aunque yo creo que no fue así. Me gustaría pensar que haciendo una «apuesta arriesgada» encontró una nueva forma de medir nuestras esperanzas cambiantes, nuestras deliciosas travesuras y nuestros incómodos pesares, y que vino a este lugar porque eligió estar con nosotros hasta el fin; del mismo modo que el avión descendía hacia el aeropuerto de Glendale en medio de una cálida y tenue oscuridad.

Eran las nueve en punto de una noche de julio y aún quedaban algunos extras en el *drugstore* de enfrente del estudio, les podía ver ahí inclinados sobre las máquinas de juegos, mientras aparcaba el coche. El «viejo». Johnny Swanson estaba de pie en la esquina con su ropa de pseudovaquero, mirando a lo lejos a la luna con cierto aire de melancolía. En otro tiempo había sido tan importante en el mundo del cine como Tom Mix o Bill Hart y ahora daba pena hablar con él, así que me apresuré, crucé la calle y la puerta principal.

No existe ni un momento en el que un estudio esté absolutamente tranquilo. Siempre hay algún equipo de técnicos de turno de noche en los laboratorios y salas de doblaje y personal de mantenimiento que entra y sale constantemente de la cafetería. Sin embargo, los sonidos son totalmente diferentes: el roce sordo de los neumáticos, el silencioso y ralentizado compás de un motor en marcha, el grito desnudo captado en la noche de una soprano cantando ante un micrófono. Al girar la esquina me encontré con un hombre con botas de goma lavando un coche bajo una luz blanca maravillosa, una fuente entre las moribundas sombras industriales. Reduje el paso al ver al señor Marcus escoltado hasta su automóvil frente al edificio de las oficinas, porque tardaba tanto en decir cualquier cosa, incluso en dar las buenas noches, que mientras esperaba me di cuenta de que la soprano estaba cantando, «Ven, ven, ven, sólo te quiero a ti», una y otra vez; lo recuerdo porque siguió cantando el mismo verso durante el terremoto, que tendría lugar cinco minutos más tarde.

Las oficinas de mi padre se encontraban en un viejo edificio de grandes balcones y barandillas de hierro que daban la impresión de estar perpetuamente en la cuerda floja. Mi padre se encontraba en el segundo piso, con Stahr a un lado y el señor Marcus al otro. Esa noche había luz en toda la hilera de ventanas. Sentí como se me encogía el estómago levemente al aproximarme a Stahr, aunque ya sabía controlarme: le había visto tan sólo una vez en todo el mes que llevaba en casa.

El despacho de mi padre tenía muchísimas cosas raras, pero seré breve. En la entrada había tres secretarias con caras de póquer que llevaban sentadas allí como brujas desde que tengo uso de razón: Birdy Peters, Maude Nosequé

y Rosemary Schmiel; no estoy segura de que éste fuera su nombre, pero en cualquier caso ella era la decana del trío, por decirlo así, y bajo su mesa se encontraba el botón que permitía el acceso a la sala del trono de mi padre. Las tres secretarías eran fervientes capitalistas, y Birdy había ideado un reglamento: si se veía a las mecanógrafas comiendo juntas más de una vez por semana, debían ser amonestadas. En aquella época los estudios temían el poder de las masas.

Proseguí y entré. Hoy en día todos los altos directivos tienen grandes salas de recepción en sus despachos, pero la de mi padre fue la primera. También fue el primero en tener cristales que sólo permitían ver en una dirección en las grandes puertas acristaladas, y he oído decir que tenía una trampilla en el suelo para lanzar a los visitantes no deseados a una mazmorra subterránea, pero creo que esto último es más bien una invención. Tenía un gran cuadro de Will Rogers, colgado con grandilocuencia e intención, creo que para demostrar el vínculo esencial que unía a mi padre con el San Francisco de Hollywood. Tenía una fotografía con el autógrafo de Minna Davis, la difunta esposa de Stahr, y fotografías de otras celebridades del estudio, así como grandes dibujos al pastel de mi madre y míos. Aquella noche las puertas acristaladas estaban abiertas y una luna imponente, rosada, dorada y rodeada por un halo se hallaba presa e indefensa en una de ellas. Al fondo se encontraba mi padre, Jacques La Borwitz y Rosemary Schmiel, sentados alrededor de un escritorio circular de grandes dimensiones.

¿Qué aspecto tenía mi padre? Era difícil de describir, excepto en aquella ocasión en Nueva York cuando me lo encontré donde menos me lo esperaba; entonces pude contemplar a un hombre voluminoso de mediana edad, que parecía algo avergonzado de sí mismo, y yo deseaba que se moviera. Entonces me di cuenta de que era mi padre. Más adelante me impactó la impresión que me llevé de él, ya que en realidad mi padre puede ser una persona muy magnética, tiene una mandíbula vigorosa y una sonrisa puramente irlandesa.

En cuanto a Jacques La Borwitz, os lo ahorro. Permitidme simplemente decir que era asistente de producción, que viene a ser algo así como un comisario, y dejémoslo ahí. Siempre he querido saber de dónde sacaba Stahr semejantes cadáveres mentales o si le venían impuestos de arriba. Tenía especial curiosidad por saber cómo sacaba partido de ellos, así como también querían saberlo todos aquellos recién llegados del Este que topaban con ellos. Jacques La Borwitz tenía sus puntos buenos, sin lugar a dudas, tanto como los

tienen los protozoos submicroscópicos, un perro merodeando en busca de una perra y un hueso. Jacques La... ¡Dios mío!

A juzgar por la expresión de sus caras, tuve la certeza de que habían estado hablando de Stahr. Stahr había ordenado o prohibido algo, quizás había desafiado a mi padre o echado a perder una de las películas de La Borwitz, o incluso, algo más catastrófico, y allí permanecían sentados en señal de protesta, por la noche, unidos por una indignación e impotencia compartida. Rosemary Schmiel, libreta en mano, como si estuviera lista para tomar nota de su abatimiento.

—Te llevaré a casa vivo o muerto —le dije a mi padre—. ¡Todos esos regalos de cumpleaños se van a pudrir en sus paquetes!

—¡Un cumpleaños! —exclamó Jacques, como disculpándose en un arrebató—. ¿Cuántos años? No tenía la menor idea...

—Cuarenta y tres —dijo mi padre claramente.

Los había cumplido hacía cuatro años y Jacques lo sabía; vi como lo anotaba en su carnet de notas para utilizarlo en alguna ocasión. Ese tipo de carnet de notas es muy pródigo por aquí. Uno puede saber lo que escriben sin necesidad de leer los labios y así Rosemary se vio obligada a simular que escribía algo en su bloc. En el momento en que lo estaba borrando comenzó el temblor del terremoto.

Nosotros no recibimos el peor impacto, como en Long Beach, donde los pisos superiores de las tiendas se derrumbaron sobre las calles y los hotelitos fueron arrebatados por el mar. Durante un minuto entero nuestras entrañas se unieron a las entrañas de la tierra como si se tratara de un único ente, fue como si una pesadilla intentara atar de nuevo nuestros cordones umbilicales y arrastrarnos de vuelta al vientre de la creación.

Se cayó el retrato de mi madre de la pared, desvelando el paradero de una pequeña caja fuerte... Rosemary y yo nos agarramos, exaltadas, e iniciamos una extraña y estridente coreografía acompañada de chillidos por toda la habitación. Jacques perdió el conocimiento o simplemente desapareció y mi padre se quedó pegado a su escritorio y gritó, «¿Estáis todos bien?». Fuera, al otro lado de la ventana, la cantante llegaba el punto más álgido de «Te amo sólo a ti», lo sostuvo un momento, y juraría que comenzó de nuevo. O quizás era la grabación que se repetía.

La calma regresó a la sala, que aún temblaba un poco. Todos nos dirigimos a la puerta, incluyendo a Jacques, que de repente había reaparecido, y que iba tambaleándose como mareado por la antesala hacia el balcón de hierro. Casi todas las luces estaban apagadas, y se oían llantos y llamadas de

auxilio aquí y allá. Momentáneamente nos mantuvimos a la espera de un segundo temblor, luego, como movidos por un mismo impulso, nos dirigimos hacia el despacho de Stahr.

El despacho era grande, pero no tanto como el de mi padre. Stahr estaba sentado a un lado del sofá restregándose los ojos. Dormía mientras se produjo el terremoto, y todavía no tenía claro si lo había soñado. Cuando ya lo habíamos convencido de lo contrario, no acabó de creérselo del todo hasta que empezaron a sonar los teléfonos. Le observé tan discretamente como pude. Tenía el semblante gris por el cansancio mientras atendía el teléfono y el dictáfono; pero a medida que llegaban los informes, sus ojos empezaron a relucir.

—Se han reventado un par de cañerías —le dijo a mi padre—, y el agua está llegando al plató de atrás.

—Gray está rodando en la aldea francesa —dijo mi padre.

—También se ha inundado la zona de la estación, la jungla y el rincón de la ciudad. ¡Qué diablos...! No parece que nadie se haya lastimado. Al pasar me dio la mano con solemnidad; «¿Dónde has estado todo este tiempo, Cecilia?».

—¿Vas para allá, Monroe? —insistió mi padre.

—Cuando tenga el parte completo; también tenemos una de las líneas eléctricas cortadas y he mandado buscar a Robinson.

Me hizo sentarme a su lado en el sofá y explicarle los detalles del terremoto de nuevo.

—Pareces cansado —le dije atenta y maternal.

—Sí —asintió—. No tengo a dónde ir por las noches, así que me dedico básicamente a trabajar.

—Te prepararé algún plan para alguna noche.

—Solía jugar al póquer con una cuadrilla de amigos —dijo pensativo— antes de casarme. Pero todos murieron alcoholizados.

La señora Doolan, su secretaria, entró con noticias frescas, no precisamente demasiado buenas.

—Robby se encargará de todo cuando llegue —le aseguró Stahr a mi padre. Se volvió hacia mí—. Hay un tipo... un tal Robinson. Formaba parte del servicio técnico... arreglaba el cableado telefónico en las ventiscas de nieve de Minnesota... No hay nada que pueda con él. Llegará enseguida... te gustará Robby.

Lo dijo como si hubiera estado ideando nuestro encuentro toda la vida, e hubiera organizado el terremoto con ese fin.

—Sí, te encantará Robby —repitió—. ¿Cuándo regresas a la universidad?

—Acabo de llegar.

—¿Tienes todo el verano de vacaciones?

—Lo siento —dije—. Me marcharé lo antes posible.

Estaba desconcertada. Había llegado a pensar que él podía albergar un cierto interés hacia mí, en cuyo caso, estábamos en el proceso exasperante de los preliminares... Yo era simplemente «una buena inversión». Y a decir verdad, en ese momento, la perspectiva no me parecía atrayente... era como casarme con un médico. Jamás salía del estudio antes de las once de la noche.

—¿Cuánto tiempo —le preguntó a mi padre— le queda para graduarse en la universidad? Eso es lo que quería decir.

Creo que estaba a punto de anunciar que no tenía ninguna intención de volver a la universidad, que ya tenía suficiente educación, cuando apareció el tan admirable Robinson. Era un joven pelirrojo y patizambo, dispuesto a todo.

—Te presento a Robby, Cecilia —dijo Stahr—. Adelante, Robby.

Así conocí a Robby. No puede decirse que fuera el destino, sin embargo lo fue. Ya que fue Robby quien más tarde me contó cómo Stahr se enamoró aquella noche.

## \* \* \* [6]

Bajo la luz de la luna, los terrenos para exteriores de atrás eran treinta acres del país de las hadas. No porque el lugar guardara el menor parecido con las junglas africanas o con los castillos franceses, con los veleros anclados y con Broadway por la noche, sino más bien porque parecía un lugar extraído de las páginas arrancadas de los libros ilustrados de mi infancia, fragmentos de historias que danzaban en una hoguera. Nunca he vivido en una casa con desván, pero un plató debe ser algo parecido y por la noche, evidentemente de un modo distorsionado y mágico, todo se hace realidad.

Cuando Stahr y Robby llegaron, los equipos de luces ya habían detectado los puntos de mayor peligro de la inundación.

—Bompearemos el agua hasta el pantano en la calle Treinta y seis —indicó Robby al cabo de un rato—. Es propiedad municipal... pero ¿acaso no es ésta la voluntad de Dios? ¡Vaya... Mirad allí!

Sobre una gigantesca cabeza de la diosa Shiva, la corriente de un recién formado riachuelo arrastraba a dos mujeres que flotaban río abajo. La imagen se había desprendido de un decorado de Birmania, y serpenteaba

fervorosamente siguiendo su propio curso, deteniéndose de vez en cuando para deslizarse y chocar con otros despojos arrastrados por la corriente en los remansos.

Las dos náufragas habían encontrado asilo a lo largo de la mata de rizos que caía sobre la frente descubierta y a primera vista parecían turistas a bordo de un autobús organizado para visitar la escena de la inundación.

—¡Mira eso, Monroe! —dijo Robby—. ¡Mira esas dos damas!

Arrastrando sus piernas por los recién formados barrizales se abrieron camino por la ladera del río. Ahora podían ver a las mujeres, un poco asustadas, pero contentas ante la perspectiva del rescate.

—Deberíamos dejar que la corriente las arrastrara hasta la cañería del desagüe —dijo Robby galantemente—, pero DeMille necesita esa cabeza la semana que viene.

Era incapaz de matar una mosca, pero ahora se tiró inmediatamente al agua, cubierto hasta la cadera, para intentar rescatarlas con un palo, sin más éxito que el de dar vueltas dibujando círculos incesantes en el aire. Llegó ayuda y pronto se corrió la voz de que una de ellas era muy guapa, y de que ambas debían ser personas importantes. Sin embargo, no eran más que dos paseantes que se habían perdido y Robby esperaba disgustado para echarles la caballería encima mientras se recuperaba el control del artefacto para conducirlo a la orilla.

—¡Dejen esa cabeza en su sitio! —les gritó—. ¿Acaso creen que es un recuerdo?

Una de las mujeres vino deslizándose suavemente por la mejilla de la imagen y Robby la atrapó y la dejó en tierra firme; la otra dudó por un momento y luego prosiguió igual que la primera. Robby se volvió hacia Stahr a la espera de una reacción.

—¿Qué hacemos con ellas?

Stahr no respondió. Sonriéndole levemente, a no más de cuatro pies de distancia, se hallaba el rostro de su difunta esposa, idéntico incluso en su expresión. A esa distancia, a la luz de la luna, aquellos ojos que él tan bien conocía le devolvieron la mirada. Un rizo bailoteaba sutilmente en aquella frente tan familiar. Su sonrisa se congelaba, se transformaba lentamente siguiendo el ritmo, y entonces sus labios se entreabrieron, exactamente igual. Un miedo terrible se apoderó de él y deseó echarse a llorar abiertamente. Como salida de una silenciosa y despacible habitación, del sordo rumor del coche fúnebre, de las flores que la cubrían y la ocultaban, de aquel lugar en la oscuridad... la tenía aquí dulce y deslumbrante. El río bajaba vigoroso y los

grandes focos se calaban de agua y parpadeaban... y entonces oyó otra voz que no era la de Minna.

—Lo sentimos —dijo la voz—. Seguimos un camión que cruzó la verja.

Se había formado un pequeño corrillo —electricistas, técnicos de luces, transportistas— y Robby empezó a agruparlos como si fuera un perro pastor.

—... Montad las bombas grandes en los depósitos, en el escenario cuatro... tended un cable alrededor de esta cabeza... sacadla a flote con dos tablones... sacad el agua de la jungla primero, por el amor de Dios... Esa tubería grande del «A», dejadla... son todas de plástico...

Stahr siguió mirando como las dos mujeres se dirigían hacia la salida acompañadas por un policía. Entonces tanteó si aún le flojeaban las piernas. Un tractor ruidoso llegó a trompicones al barrizal y los hombres empezaron a rodearle. Todos le miraban de arriba abajo, le sonreían y le decían; «Hola, Monroe... Hola, señor Stahr... una noche pasada por agua, señor Stahr... Monroe... Monroe... Stahr... Stahr... Stahr».

Él hablaba y saludaba a todo aquel que se le acercaba desde la oscuridad, como si se tratara del emperador y la Guardia Imperial. Tal mundo no existía, pero éste tenía sus héroes, y Stahr era uno de ellos. La mayoría de esos hombres llevaba mucho tiempo trabajando en los estudios, desde los comienzos y la gran caída, cuando llegó el cine sonoro, y los tres años de la Depresión. Él había procurado que nada de ello les afectara. Las viejas glorias flaqueaban ahora, todo el mundo tenía un talón de Aquiles; pero él seguía siendo su hombre, el último de los príncipes, y el saludo de aquellos hombres era una especie de sorda aclamación que le brindaban al pasar.

Desde la noche de mi regreso hasta el terremoto, pude observar muchas cosas.

Acerca de mi padre, por ejemplo. Yo quería a mi padre —como indicaría un gráfico, de un modo irregular, con muchos altibajos—, sin embargo empecé a entender que su fuerte voluntad no le convertía en un hombre de valor. La mayor parte de sus logros se debían a su astucia. Con suerte y astucia, había conseguido la cuarta parte de los intereses de un circo de gran éxito, junto a Stahr. En eso consistía su vida —todo lo demás no era más que seguir el instinto de supervivencia. Evidentemente, ante los peces gordos de Wall Street, mi padre dominaba el doble discurso de cuán mágico era el proceso de elaboración de una película, aunque no tuviera ni la más remota idea de cómo se llevaba a cabo el doblaje, ni siquiera el montaje de una película. Tampoco se había empapado demasiado de ese sentimiento norteamericano tan arraigado en el país, cuando de joven trabajaba como camarero en un bar de Ballyhegan<sup>[8]</sup>, ni tenía un gran don para contar historias. Por otra parte, no parecía ocultar ningún problema físico; llegaba al estudio antes de mediodía, y con esa suspicacia desarrollada como un músculo, era prácticamente imposible que se le escapara algo.

Stahr era el culpable de su buena estrella, si bien Stahr era otra cosa. Stahr era un hito en la industria del cine de la talla de Edison y Lumière y de Griffith y Chaplin. Elevó el cine a la altura del teatro superándole en alcance y en el poder que éste ejercía sobre el público, consiguiendo una especie de edad de oro antes de la censura.

Prueba de su liderazgo era el espionaje que se generaba en torno a su persona, no sólo por la información privilegiada que poseía, o por los procesos de producción patentados y confidenciales que manejaba, sino más bien por su buen olfato para detectar las nuevas tendencias, su intuición para vaticinar el giro de las cosas. Invertía la mayor parte de su vitalidad en esquivar esos intentos de interceptación de información. Esto hacía que su trabajo fuera en parte clandestino, a menudo tortuoso y lento, tan difícil de definir como los planes de un general, en el que los factores psicológicos se atenúan poniendo el acento en una mera suma de éxitos y fracasos. A pesar de todo, he decidido ofreceros un breve atisbo de Stahr en acción, lo cual me

sirve de pretexto para lo que sigue a continuación. Lo he extraído en parte de un trabajo que escribí en la universidad sobre *Un día en la vida de un productor* y también en parte de mi propia imaginación. Si bien gran parte de las escenas cotidianas son de mi cosecha, los sucesos más extraordinarios son fieles a la realidad.

\* \* \*

A primera hora de la mañana, al día siguiente de la inundación, un hombre salió al balcón del edificio de las oficinas. Según un testigo presencial, permaneció allí durante un rato, luego se subió a la barandilla de hierro y se tiro de cabeza a la acera. Lesiones: un brazo roto.

La señorita Doolan, la secretaria de Stahr, se lo contó cuando le llamó por teléfono a las nueve. Stahr había dormido en su despacho sin enterarse del incidente.

—¡Peter Zavras! —exclamó Stahr—. ¿El cámara?

—Le han llevado al médico. No saldrá en los periódicos.

—¡Demonios! —dijo—. Sabía que andaba de capa caída últimamente, pero no tengo ningún conocimiento de los motivos. Cuando trabajó con nosotros hace dos años, estaba perfectamente bien... ¿Por qué escogería precisamente este lugar? ¿Cómo logró entrar?

—Se las ingenió con su antiguo pase del estudio —dijo Catherine Doolan. Parecía un halcón disecado; era la esposa de un asistente de dirección—. Quizás el terremoto tuviera algo que ver.

—Era el mejor cámara de la ciudad —dijo Stahr.

Aun después de conocer las cifras de los centenares de muertos en Long Beach, seguía obsesionado con el intento frustrado de suicidio de la madrugada. Le pidió a Catherine Doolan que indagara sobre el asunto.

Los primeros mensajes del telégrafo irrumpieron en aquella cálida mañana. Stahr los escuchaba y los contestaba mientras se afeitaba y se tomaba el café. Robby había dejado un mensaje: «Si el señor Stahr me busca, díganle que se vaya al infierno, me voy a la cama». Un actor estaba enfermo, o al menos eso decía; el Gobernador de California iba a dar una fiesta; un directivo había pegado a su mujer y de cara a la prensa tenía que ser «degradado a la categoría de guionista» para evitar el escándalo. Estos tres incidentes eran competencia de mi padre, a menos que el actor tuviera un contrato personal con Stahr. Se veían los primeros indicios de nieve en algún

lugar de Canadá, donde ya había llegado todo el mundo para iniciar el rodaje. Stahr barajó la posibilidad de modificar el guión, repasando el argumento de la película. Nada. Stahr llamó a Catherine Doolan.

—Quiero hablar con el policía que anoche sacó a las dos mujeres del estudio posterior. Creo que su nombre es Malone.

—Sí, señor Stahr. Tengo a Joe Wyman al teléfono... con el asunto de los pantalones.

—Hola, Joe —dijo Stahr—. Escucha, en el preestreno, dos personas se quejaron de que Morgan tenía la bragueta abierta durante media película... por supuesto que exageran, pero aunque sólo fuera un instante... no, no podemos encontrar a esas dos personas, pero quiero que la pases una y otra vez hasta que des con esa parte. Reúne a tanta gente como puedas en la sala de proyecciones... Alguien dará con la secuencia.

*Tout passe. — L'art robuste  
Seul a l'éternité<sup>191</sup>*

—También tenemos al príncipe de Dinamarca —dijo Catherine Doolan—. Es muy guapo —se vio obligada a añadir sin demasiado sentido—... para ser un hombre alto.

—Gracias —dijo Stahr—. Gracias, Catherine, le agradezco que reconozca que soy el hombre más apuesto entre todos los hombres bajitos del estudio. Envíe al príncipe a dar una vuelta por los estudios y dígame que comeremos a la una.

—Y, ¿qué hay del señor George Boxley, que parece muy enojado, al más puro estilo británico?

—Lo recibiré diez minutos.

Ella ya salía del despacho cuando él preguntó:

—¿Ha llamado Robby?

—No.

—Llame a Sonido, y si han tenido noticias de él, llámele y pregúntele lo siguiente. Pregúntele si se enteró del nombre de aquella mujer de anoche. De cualquiera de las dos. Cualquier cosa que nos ayude a encontrarlas.

—¿Nada más?

—No, pero que no olvide decirle que es importante todo lo que pueda recordar. ¿Qué eran? Quiero decir, qué clase de gente... Pregúnteselo también... Quiero decir, si eran...

Ella esperó, transcribiendo las palabras de él en su bloc de notas sin apenas mirarle.

—... Bueno, ¿eran... de dudosa reputación? ¿Eran gente del mundo del teatro? Déjelo... sátese eso. Pregúntele simplemente si sabe como localizarlas.

Malone, el policía, no sabía nada. Dos damas; se había limitado a indicarles la salida amablemente, como debe imaginarse. Una de ellas estaba molesta. ¿Cuál? Una de las dos. Tenían un coche, un Chevrolet... llegó a pensar en pedirles la documentación. ¿Era la guapa la que estaba enojada? Era una de las dos.

No supo decir cuál... no había notado nada. Incluso aquí en los estudios, Minna había sido olvidada en tan sólo tres años; hacía tanto tiempo y a la vez tan poco<sup>[10]</sup>...

Stahr sonrió al señor George Boxley. Era una sonrisa amable y paternal que había construido en defensa propia siendo muy joven cuando se codeaba con gente de las altas esferas. En un principio, había sido una sonrisa de respeto hacia sus mayores, pero luego, a medida que su propia capacidad de decisión creció para desbancar rápidamente sus decisiones, ésta se convirtió en una sonrisa de disimulo, erigiéndose en lo que finalmente sería: una sonrisa benevolente, a veces un tanto apresurada y facilona, pero siempre presente... dirigida a todo aquel que no le hubiera molestado en la última hora; o a todo aquél a quien no pretendiera insultar abiertamente con agresividad.

El señor Boxley no le devolvió la sonrisa. Entró como si le hubieran arrastrado violentamente, aunque aparentemente nadie le había puesto un dedo encima. Permaneció de pie delante de una silla, y de nuevo parecía como si dos ayudantes invisibles le hubieran agarrado de los brazos y le hubieran forzado a sentarse en ella. Se sentó lentamente. Incluso al encender el cigarrillo que le había ofrecido Stahr, uno sentía como si la cerilla la sostuviera una fuerza externa que él se negaba a controlar.

Stahr le miró con cortesía.

—¿Hay algo que no va bien, señor Boxley?

El novelista le devolvió la mirada acompañada de un tempestuoso silencio.

—He leído su carta —dijo Stahr. El tono condescendiente de director de escuela había desaparecido. Le hablaba de igual a igual, con un ligero toque de ambigüedad.

—No consigo que se plasme en el papel lo que escribo —irrumpió Boxley—. Todos ustedes se han portado muy bien conmigo, pero se trata de una conspiración. Esos dos escritorzuelos con los que me ha hecho formar equipo

escuchan lo que les digo, pero luego lo estropean... parecen tener un vocabulario de unas cien palabras.

—¿Por qué no lo escribe usted mismo? —preguntó Stahr.

—Lo he hecho. Le he enviado una parte.

—Pero no eran más que conversaciones, dándole vueltas a lo mismo —dijo Stahr suavemente—. Conversaciones interesantes, pero nada más.

En aquel momento los dos ayudantes fantasmas tuvieron que poner todo su empeño para mantener a Boxley sentado en la silla. Se esforzó para levantarse de la silla; emitió un solo ladrido discreto, que guardaba cierta relación con la risa, pero en ningún caso con cualquier tipo de diversión, y dijo:

—Me parece que ustedes no leen bien las cosas. Dos hombres se están batiendo en duelo cuando tiene lugar la conversación. Al final uno de ellos cae en un pozo y tienen que sacarle en un cubo.

Volvió a ladrar y se calmó.

—¿Escribiría usted algo así en uno de sus libros, señor Boxley?

—¿Cómo? Naturalmente que no.

—Consideraría usted que es demasiado ordinario.

—Los criterios del cine son distintos —dijo Boxley, dando evasivas.

—¿Suele ir usted al cine?

—No... casi nunca.

—¿No será porque los personajes de las películas están siempre batiéndose en duelo y cayéndose en pozos?

—Sí... y porque sus rostros fuerzan expresiones de impostura y reproducen diálogos poco creíbles y poco naturales.

—Olvide el diálogo por un momento —dijo Stahr—. Tengamos por seguro que sus diálogos son más ocurrentes que los de la mayoría de estos escritorzuelos de por aquí; precisamente por eso lo trajimos a usted. Pero imaginemos algo que no es ni un mal diálogo ni saltos a un pozo. ¿Tiene su despacho una de esas estufas que se encienden con una cerilla?

—Creo que sí —dijo Boxley, rígidamente—, pero nunca la uso.

—Supongamos que está usted en su despacho. Ha estado batiéndose en duelo o escribiendo todo el día y está demasiado cansado para seguir luchando o escribiendo. Está usted sentado ahí mirando fijamente, abstraído y apagado, como nos ponemos todos a veces. Una bella mecanógrafa, a la que ha visto antes, entra en la sala y la observa... con poco interés. Ella no le ve, aunque está usted muy cerca. Se saca los guantes, abre su monedero y lo vuelca sobre la mesa...

Stahr se levantó, tirando su llavero sobre el escritorio.

—Tiene dos monedas de diez centavos y una de cinco... y una cajetilla de cerillas. Deja la de cinco sobre el escritorio, vuelve a meter las dos monedas de diez en el monedero y acerca sus guantes negros a la estufa, la abre y los mete dentro. Hay una cerilla en la cajetilla y la enciende de rodillas frente la estufa. Usted se da cuenta de que un viento persistente resopla contra la ventana... pero en ese preciso instante suena su teléfono. La chica lo coge, saluda... escucha... y dice deliberadamente «Jamás en mi vida he tenido un par de guantes negros». Cuelga, se arrodilla junto a la estufa de nuevo, y justo cuando enciende la cerilla, mira usted a su alrededor de repente y ve que hay otro hombre en el despacho, observando cada movimiento que hace la chica.

Stahr se detuvo. Cogió sus llaves y se las guardó en el bolsillo.

—Continúe —dijo Boxley, sonriendo—. ¿Qué ocurre después?

—No lo sé —dijo Stahr—. Estaba simplemente haciendo cine.

Boxley se sintió incomprendido.

—Es puro melodrama —replicó.

—No necesariamente —dijo Stahr—. En cualquier caso, nadie ha hecho ningún movimiento violento o entablado una conversación ordinaria, ni tampoco nadie ha forzado ninguna expresión facial para nada. Tan sólo ha habido una mala frase, y un escritor de su talla podría mejorarla. Pero usted estaba interesado.

—¿Para qué era la moneda de cinco? —insistió Boxley evasivamente.

—No lo sé —dijo Stahr. Y de pronto lanzó una carcajada—. ¡Ah, sí!... era para el cine.

Los dos ayudantes invisibles parecieron soltar a Boxley. Se relajó, recostándose en la silla y se echó a reír.

—¿Me puede decir usted para qué diablos me paga? —imploró—. No entiendo la maldita historia.

—Ya la entenderá —dijo Stahr, sonriendo—, de lo contrario, no habría preguntado usted para qué era la moneda de cinco.

\* \* \*

Un hombre de ojos oscuros y grandes como platos estaba esperando fuera cuando salieron del despacho.

—Señor Boxley, éste es el señor Mike Van Dyke —dijo Stahr—. ¿Qué ocurre Mike?

—Nada —dijo Mike—. Sólo he venido para comprobar que eres de carne y hueso.

—¿Por qué no vuelves al trabajo? —respondió Stahr—. Hace días que los copiones no me hacen soltar carcajadas.

—Temo sufrir una crisis nerviosa.

—Deberías mantenerte en forma —dijo Stahr—. Veamos que nos traes. —Se volvió hacia Boxley—: Mike es un gran cómico... Cuando yo todavía estaba en la cuna, él ya andaba por aquí trabajando. Mike, muéstrale al señor Boxley tu número del doble aleteo, golpe, apretón, patada y desaparece.

—¿Aquí? —preguntó Mike.

—Aquí mismo.

—Pero no hay demasiado espacio. Yo quería preguntarte...

—Tienes muchísimo espacio.

—Bueno —miró a su alrededor tanteando el terreno—. Ustedes dan el disparo de salida.

La asistente de la señorita Doolan, Katy, cogió una bolsa de papel y la llenó de aire.

—Era una *rutina* —le comentó Mike a Boxley— en tiempos de Keystone<sup>[11]</sup>. —Se volvió hacia Stahr—. ¿Sabe él lo que es una rutina?

—Quiere decir un número —explicó Stahr—, Georgie Jessel siempre habla de «la rutina de Lincoln en Gettysburg».

Katy colocó el cuello de la bolsa inflada en su boca. Mike se puso de espaldas a ella.

—¿Preparado? —preguntó Katy. Y dejó caer sus brazos a los lados. Inmediatamente después Mike se agarró el trasero con las dos manos, dio un salto en el aire, deslizó sus pies en el suelo, uno tras otro, sin moverse del mismo lugar y batiendo sus brazos dos veces como un pájaro...

—El doble aleteo —dijo Stahr.

... Y luego salió corriendo por la cristalera que el chico de los recados mantenía abierta, desapareciendo más allá del ventanal del balcón.

—Señor Stahr —dijo la señorita Doolan—, tiene al señor Hanson al teléfono que le llama desde Nueva York.

Diez minutos más tarde tecleó su dictáfono y la señorita Doolan entró. Había un actor famoso esperando verle en la oficina de al lado, informó la señorita Doolan.

—Dígale que he saltado por el balcón —le aconsejó Stahr.

—De acuerdo. Ha venido cuatro veces esta semana. Parece muy angustiado.

—¿Tiene idea de lo que quería? ¿No será nada de lo que se pueda ocupar el señor Brady?

—No dijo nada. Tiene usted una reunión después. La señora Meloney y el señor White están fuera. El señor Broaca está aquí al lado en el despacho del señor Reinmund.

—Haga entrar al señor Rodríguez —dijo Stahr—. Dígale que tengo sólo un minuto.

Cuando el apuesto actor entró en el despacho, Stahr permaneció de pie.

—¿Qué es eso de que no puedes esperar? —preguntó con amabilidad.

El actor aguardó prudentemente a que la señorita Doolan se hubiera marchado.

—Monroe, estoy acabado —dijo—. Tenía que verte.

—¡Acabado! —dijo Stahr—. ¿Has visto el *Variety*? Tu película se ha mantenido en el Roxy y nos dio treinta y siete mil en Chicago la semana pasada.

—Eso es lo peor de todo. Ésa es la tragedia. Consigo todo lo que me propongo, y ahora nada de eso tiene sentido.

—Bueno, sigue, explícate.

—Ya no hay nada entre Esther y yo. Jamás volveremos a estar juntos.

—Una riña.

—Oh, no... peor... no puedo ni mencionarlo siquiera. Tengo la cabeza a punto de estallar. Deambulo por ahí como un loco. Hago mi papel como si estuviera dormido.

—No me he dado cuenta —dijo Stahr—. Estuviste estupendo en las tomas de ayer.

—¿Tú crees? Eso demuestra que no nos damos cuenta de nada.

—¿Me estás intentando decir que tú y Esther os vais a separar?

—Supongo que acabará siendo así. Sí... inevitablemente... será así.

—¿Qué ha pasado? —exigió Stahr con impaciencia—. ¿Entró sin llamar?

—Oh, no se trata de otra mujer. Se trata... de mí. Estoy acabado.

De repente, Stahr lo comprendió.

—¿Cómo lo sabes?

—Me pasa desde hace seis semanas.

—Son imaginaciones tuyas —insinuó Stahr—. ¿Has ido al médico?

El actor asintió.

—Lo he probado todo. Incluso... un día, desesperado, fui a ver a... a Claris. Pero fue inútil. Estoy derrotado.

Stahr tuvo la deshonesto tentación de decirle que fuera a ver a Brady, que se ocuparía de todo. Brady llevaba todos los temas de relaciones públicas. O tal vez se tratara de relaciones privadas en este caso. Se giró un momento, controló la expresión de su cara y se volvió hacia él de nuevo.

—He ido a ver a Pat Brady —dijo la estrella de cine, como adivinándole el pensamiento—. Me dio muchos consejos superfinos y los probé todos, pero nada surgió efecto. Esther y yo nos sentamos uno frente al otro en la cena, me da vergüenza hasta mirarla. Ella lo lleva bien, pero yo me siento avergonzado. Me siento avergonzado todo el día. Creo que *Rainy Day* ha recaudado veinticinco mil en Des Moines y que ha batido todas las marcas en Saint Louis y ha alcanzado los veintisiete mil en Kansas City. Aunque recibo muchísimas cartas de mis admiradoras, he aquí que me aterra el hecho de volver a casa por la noche, tengo miedo de irme a la cama.

Stahr empezó a sentirse levemente atrapado. Cuando el actor acababa de entrar, había pensado invitarlo a un cóctel, pero ahora ni siquiera parecía apropiado. ¿Para qué querría ir a un cóctel con ese peso sobre él?

En un rincón de su mente se lo imaginó deambulando, como hechizado, de un invitado a otro con una copa en la mano y unos ingresos de veintisiete mil dólares.

—Así que acudí a ti, Monroe. No he te he visto nunca en una situación para la que no encontraras salida. Me dije a mí mismo: incluso si me fuera a recomendar el suicidio, lo consultaría con Monroe.

Sonó el timbre en el escritorio de Stahr, conectó el dictógrafo y se oyó la voz de la señorita Doolan.

—Cinco minutos, señor Stahr.

—Lo siento —dijo Stahr—. Necesito unos cuantos minutos más.

—Quinientas chicas desfilaron desde el instituto hasta mi casa —el actor comentó con cierta tristeza— y yo me quedé detrás de las cortinas observándolas. No me atrevía a salir.

—Siéntate —dijo Stahr—. Nos tomaremos nuestro tiempo para hablarlo tranquilamente.

En la sala de espera, dos de los asistentes a la reunión llevaban esperando ya diez minutos, Wylie White y Jane<sup>[12]</sup> Meloney. Esta última era una mujer rubia, bajita, seca y cincuentona sobre la que uno podía llegar a oír las cincuenta opiniones más diversas de Hollywood: «una tonta sentimental», «la mejor escritora en construcción de Hollywood», «una veterana», «esa vieja escritorzuela», «la mujer más astuta del estudio», «la plagiaria más inteligente del negocio»; y por supuesto, también se la describía ampliamente como una

ninfómana, una virgen, una facilona, una lesbiana, y una esposa fiel. Sin llegar a ser una vieja solterona, desprendía en cierto modo, como la mayoría de las mujeres hechas a sí mismas, cierto aire de solterona mayor. Tenía úlceras de estómago y un sueldo por encima de los cien mil dólares al año. Se podría escribir un complejo tratado sobre si «valía» ese dinero, o incluso más, o nada en absoluto. Su valor residía en el mero hecho de ser mujer y adaptable, rápida y de confianza, «dominaba el juego», y no presentaba un cuadro de egolatría flagrante. Había sido muy buena amiga de Minna, y Stahr había conseguido ahogar lo que durante un tiempo había llegado a representarle una revulsión física aguda.

Ella y Wylie esperaban en silencio, dirigiéndose con alguna que otra observación de vez en cuando a la señorita Doolan. Con intervalos de minutos Reinmund, el subdirector, llamaba desde su despacho, donde les esperaban él y Broaca, el director. Pasados diez minutos el botón de Stahr se encendió y la señorita Doolan llamó a Reinmund y a Broaca; al mismo tiempo Stahr y el actor salieron del despacho de Stahr, agarrándole éste el brazo a aquel hombre. Estaba tan destrozado que cuando Wylie White le preguntó cómo andaba, abrió la boca y empezó a explicarle los detalles.

—¡Oh! Lo he pasado fatal —dijo, pero Stahr le interrumpió bruscamente.

—No es para tanto. Ahora te vas y haces el papel como te he indicado.

—Gracias, Monroe.

Jane Meloney se quedó mirándole sin decir nada.

—¿Alguien le ha estado apartando las moscas? —le preguntó con una de esas frases que se usan cuando alguien te roba el protagonismo en una escena.

—Siento haberles hecho esperar —dijo Stahr—. Adelante.

\* \* \*

Ya era mediodía y los asistentes a la reunión tenían el derecho de ocupar una hora exacta del tiempo de Stahr. Tampoco menos, porque una reunión de ese tipo sólo se podía interrumpir en el caso extremo de que un director hubiera tenido que suspender el rodaje por algún motivo; rara vez, más de una hora, porque cada ocho días la compañía debía estrenar una producción tan compleja y tan costosa como *El milagro* de Reinhardt.

A veces, con menos frecuencia que hacía cinco años, Stahr se quedaba trabajando toda la noche en una película. Pero después de semejante atracón se sentía mal durante días. Si lograba lidiar con los problemas, uno tras a otro,

cada cambio le aportaba un cierto renacer de vitalidad. Y como esas personas que al dormir pueden despertarse cuando se les antoja, había programado su reloj psicológico para que funcionara una hora.

La reunión convocaba, además de los escritores, a Reinmund, uno de los superiores más protegidos, y a John Broaca, director de la película.

Broaca, aparentemente, era un ingeniero... grande, tranquilo, bastante resuelto, y popular. Era algo ignorante, y Stahr a menudo le sorprendía haciendo la misma escena una y otra vez. Una escena sobre una joven adinerada tenía lugar en todas sus películas con la misma trama de acción, el mismo asunto. Una jauría de perros enormes irrumpía en la habitación y rodeaba a la chica. A continuación la chica se dirigía a un establo y acariciaba el lomo de un caballo. Probablemente aquella imagen no respondía a una explicación freudiana; más bien tenía que ver con algún momento remoto en su juventud en el que al mirar a través de una valla vio a una chica rodeada de perros y caballos. Se le había quedado grabado en la mente como una marca de distinción.

Reinmund era un joven apuesto y oportunista, con una educación bastante digna. Aunque en sus inicios había sido un hombre de carácter, día tras día, se veía forzado, por la posición anómala que ocupaba, a actuar y pensar de forma retorcida. Se había convertido en un hombre malvado, como les suele suceder a los hombres. A los treinta años, no poseía ninguna de las virtudes que los americanos, judíos o no, han aprendido a considerar admirables. Sin embargo, estrenaba sus películas a tiempo y, manifestando una fijación casi homosexual por Stahr, parecía haber apagado la agudeza habitual de éste. A Stahr le gustaba, le consideraba en conjunto un buen hombre.

Por supuesto, en cualquier otro país, Wylie White hubiera sido reconocido como un intelectual de segunda. Era civilizado y voluble, simple y ávido a la vez, medio aturdido y medio taciturno. Sus celos por Stahr se evidenciaban momentáneamente cuando bajaba la guardia, y se mezclaban con cierta admiración e incluso afecto.

—La fecha de producción para esta película es de dos semanas a partir del sábado —dijo Stahr—. Creo que en principio está bien..., la hemos mejorado mucho.

Reinmund y los dos escritores intercambiaron una mirada de felicitación.

—Exceptuando una sola cosa —dijo Stahr, pensativo—. No entiendo porqué valdría la pena producirla y he decidido abandonarla.

Se hizo un momento de silencio y de estupefacción... y acto seguido murmullos de protesta, preguntas inquietas.

—No es culpa vuestra —dijo Stahr—. Pensaba que tenía algo de lo que en realidad carece... eso es todo. —Vaciló, mirando con pesar a Reinmund—: Lo lamento... era una buena obra. Pagamos cincuenta mil por ella.

—¿Qué tiene de malo, Monroe? —preguntó Broaca con franqueza.

—Bueno, no creo que valga la pena apostar por ella —dijo Stahr.

Reinmund y Wylie White pensaban, ambos, en las consecuencias que esto les acarrearía a nivel profesional. Reinmund tenía dos películas entre manos ese año..., pero Wylie necesitaba un tanto de credibilidad para iniciar su vuelta a los escenarios. Jane Meloney observaba a Stahr de cerca con sus ojos cadavéricos.

—Podrías darnos ni que fuera una pista, ¿no? —argumentó Reinmund—. Se trata de un golpe muy duro, Monroe.

—Simplemente no habría escogido a Margaret Sullivan para la película —dijo Stahr—, ni a Colman tampoco. No les hubiera aconsejado que la protagonizaran.

—En concreto, Monroe —suplicó Wylie White—, ¿qué es lo que no te gustó?, ¿las escenas?, ¿el diálogos?, ¿el humor?, ¿la trama?

Stahr cogió el guión de su escritorio y lo dejó caer como si pesara demasiado para manejarlo con las manos.

—No me gustan los personajes —dijo—. No me gustaría conocerlos... si supiera que me los iba a encontrar en algún lugar, no dudaría en irme a otra parte.

Reinmund sonreía, pero sus ojos emanaban preocupación.

—Bueno, ésa es una crítica condenatoria —añadió—. Yo pensé que los personajes eran más bien interesantes.

—Yo también —replicó Broaca—. Encontré a Em muy compasiva.

—¿En serio? —añadió Stahr de un modo incisivo—. Apenas me podía creer que estuviera viva. Y al llegar al final, me dije: «¿Y qué?».

—Tiene que haber algo que se pueda hacer —insistió Reinmund—. Como puedes entender, nos sentimos fatal con esta situación. Ésta era la estructura que habíamos acordado...

—Pero ésta no es la historia —dijo Stahr—. Os he dicho mil veces que lo primero que decido es el *tipo* de historia que quiero. Podemos hacer cambios en muchos otros aspectos, pero una vez tenemos eso atado, tenemos que trabajar en esa dirección en cada línea y movimiento. Éste no es el tipo de historia que quiero. La historia que compramos era resplandeciente y tenía vida... era una historia feliz. Ésta está repleta de duda e indecisión. El héroe y la heroína dejan de quererse por bagatelas... y más tarde retoman su relación

por tonterías también. Después de la primera secuencia, ya no te importa si no vuelven a verse jamás.

—Es culpa mía —dijo Wylie de repente—. Ya ves, Monroe, no creo que los taquígrafos depositen la misma fe ciega en sus jefes que la que depositaban en 1929. Han sido despedidos... Han visto a sus jefes muy nerviosos. Y sin embargo, el mundo ha seguido adelante, eso es todo.

Stahr le miró impacientemente, y asintió brevemente.

—Eso no es negociable —dijo—. La premisa de esta historia es que la chica admiraba ciegamente a su jefe, si quieres llamarle así. Y no había ninguna evidencia de que él hubiera estado nervioso alguna vez. Si la tienes a ella dudando de él sobre cualquier aspecto, obtienes un tipo de historia diferente. O más bien, te quedas sin historia. Estos personajes son extrovertidos, digámoslo claro, y quiero que se comporten como tales. Cuando quiera hacer una obra de Eugene O'Neill, ya compraré los derechos.

Jane Meloney, que no le había quitado los ojos de encima a Stahr, sabía que todo iba a ir bien ahora. Si realmente él hubiera querido abandonar la película, no hubiera entrado en materia como lo hizo. Llevaba ella en el negocio más tiempo que nadie, a excepción de Broaca, con el que había tenido una aventura que duró tres días, hacía veinte años.

Stahr se volvió hacia Reinmund.

—Te deberías haber imaginado por el reparto, Reiny, qué clase de película quería. Empecé a marcar los diálogos que Corliss y McKelway<sup>[13]</sup> no serían capaces de defender y me cansé de hacerlo. De ahora en adelante recuerda: si pido una limusina es porque no quiero ningún otro tipo de coche. Y no me serviría ni el coche de carreras más veloz. Así pues —miró a su alrededor—, ¿vamos a continuar? Ahora que os he confesado que ni siquiera me gusta el tipo de película en el que se ha convertido, ¿seguimos adelante? Tenemos dos semanas. En el plazo de ese tiempo voy a poner a Corliss y a McKelway manos a la obra en éste o en cualquier otro proyecto... ¿vale la pena?

—Claro, naturalmente —dijo Reinmund—. Creo que vale la pena. Lamento lo sucedido. Debí prevenir a Wylie. Pero me pareció que tenía buenas ideas.

—Monroe tiene razón —dijo Broaca con franqueza—. He tenido la sensación de que esto no marchaba bien desde el principio, pero no lograba discernir cuál era el problema.

Wylie y Rose le miraron con arrogancia e intercambiaron una mirada.

—¿Vosotros, escritores, creéis que podéis meteros en la historia de nuevo con pasión? —preguntó Stahr, sin perder la amabilidad—. ¿O mejor busco a alguien que empiece de cero?

—Te pido otra oportunidad —dijo Wylie.

—¿Tú que dices. Jane?

Asintió brevemente.

—¿Qué opinas de la chica? —preguntó Stahr.

—Bueno... como es natural me decanto a su favor.

—Será mejor que te lo quites de la cabeza —dijo Stahr, advirtiéndole—. Diez millones de americanos la condenarían si apareciera en la pantalla. Contamos con una hora y veinticinco minutos... Si presentas a una mujer que se dedica a serle infiel a un hombre durante una tercera parte de ese tiempo, has dado la impresión de que, en buena parte, ella es una furcia.

—¿Quieres decir que es una proporción desmesurada? —preguntó Jane, con vehemencia, y todos se echaron a reír.

—Lo es para mí —dijo Stahr meditabundo—, aunque no lo fuera para la oficina de Hays<sup>[14]</sup>. Si queréis marcarla con una letra escarlata en la espalda, hacedlo, pero ésa sería otra historia, no ésta. Se trata de una futura esposa y madre de sus hijos. Sin embargo... *sin embargo*...

Apuntó con el lápiz a Wylie White.

—... Esto tiene tanta pasión como la estatuilla del Oscar que tengo en mi escritorio.

—¡Qué diablos dices! —exclamó Wylie—. Está llena de pasión. Por qué sino iba ella a...

—Es un personaje suficientemente libre —dijo Stahr—, pero eso es todo. Hay una escena en la obra de teatro que es mucho mejor que todo lo que habéis creado, y no la habéis incluido. Cuando la chica trata de hacer que el tiempo pase manipulando la hora en su reloj.

—Consideraré que no encajaba —se excusó Wylie.

—Veamos —dijo Stahr—. Tengo unas cincuenta ideas. Voy a llamar a la señorita Doolan —apretó un botón—, y si hay algo que no entendéis, decídmelo ahora.

La señorita Doolan entró como deslizándose de un modo casi imperceptible. Al tiempo que Stahr deambulaba a paso ligero por su despacho, empezó a hablar. En primer lugar les quería explicar de qué clase de chica se trataba... Qué tipo de persona requería el proyecto. Ella era una chica perfecta con algún que otro defecto menor como en la obra teatral, pero en ningún caso era perfecta porque el público lo quisiera así, sino porque era

el tipo de chica que a él, Stahr, le gustaba ver en esta clase de películas. ¿Quedaba claro? No encarnaba el papel de un personaje en sí mismo. Ella representaba la salud, la vitalidad, la ambición, y el amor. Lo que dotaba a la obra de tal importancia era básicamente una situación en la que ella se veía involucrada. Guardaba un secreto que afectaba a muchísimas vidas. Existían dos modos de actuar, el correcto y el incorrecto, al principio no quedaba claro cuál era cuál, pero cuando lo supo, tomó la determinación de actuar y actuó. Éste era el tipo de historia: sencilla, clara y transparente. Sin dudas.

—Ella jamás ha oído la expresión problemas laborales —dijo con un suspiro—. Podría estar viviendo en mil novecientos veintinueve. ¿Queda claro qué clase de chica quiero?

—Queda clarísimo, Monroe.

—Respecto a su conducta —dijo Stahr—, en todo momento, cada vez que la vemos aparecer en la gran pantalla, muestra su anhelo por acostarse con Ken Willard. ¿Queda claro, Wylie?

—Diametralmente claro.

—Fuere como fuere, todo lo que hace está motivado por su deseo de acostarse con Ken Willard. Si la vemos caminar por la calle es porque va camino de acostarse con Ken Willard, si la vemos comer es para recobrar fuerzas para acostarse con Ken Willard. Sin embargo, en ningún momento debe dar la impresión de que se le pudiera llegar a pasar por la cabeza acostarse con Ken Willard a menos que esa unión fuese adecuadamente consagrada. Me da vergüenza tener que narrarte los hechos como si estuvieras en el parvulario, pero es que no sé muy bien porqué, pero estos hechos pasan inadvertidos en el argumento de la historia.

Abrió el guión y empezó a repasarlo página por página. La señorita Doolan mecanografiaría los apuntes, haría cinco copias y se las entregaría a cada uno, pero no obstante Jane Meloney tomó sus propios apuntes. Broaca se llevó la mano a los ojos medio entornados, recordaba aquellos años en que «un director era alguien», cuando los escritores eran simples creadores de ocurrencias banales, o jóvenes y ávidos periodistas, vergonzosos, consumidos por el *whisky*. Para entonces el director estaba siempre allí. No existían los productores, no tenían a ningún Stahr.

Recuperó el estado de consciencia al oír su nombre.

—Estaría bien, John, que colocaras al chico en un tejado con cierta inclinación y le tuvieras caminando por él, siguiéndole con la cámara. Quizás lograrías un buen efecto; no de peligro, ni de suspense, ni tan sólo la

sensación de que estás señalando algo en concreto... simplemente un muchacho en el tejado por la mañana.

Broaca se esforzó para reubicarse en la sala.

—De acuerdo —dijo—, tan sólo un toque de peligro.

—No exactamente —replicó Stahr—. No es que vaya a caerse del tejado. Pasa simplemente a la escena siguiente desde esa imagen.

—Por la ventana —sugirió Jane Meloney—. Podría entrar por la ventana de su hermana.

—Ésa es una buena transición —dijo Stahr—. Enlazando directamente con la escena del diario.

Broaca ya estaba totalmente ubicado.

—Lo filmaré en contrapicado —dijo— y que se vaya alejando de la cámara. Mantendré un plano fijo desde bastante distancia... y él que se vaya alejando de la cámara. No se le seguirá. Se le hará un primer plano y que se vuelva a alejar. Sin acaparar demasiado la atención de la cámara, excepto contra todo el tejado y el cielo.

Le gustaba la toma... era una toma de autor de las que ya no se encuentran con tanta frecuencia entre las páginas de un guión. Quizás usaría una grúa... al final resultaría más barato que construir un tejado en el suelo con un cielo simulado. Esto sí que lo tenía Stahr; el cielo era, literalmente, su único límite. Llevaba trabajando demasiado tiempo con judíos, como para creerse las historias que contaban de ellos sobre su ruindad con el dinero.

—En la tercera secuencia, haced que golpee al sacerdote —dijo Stahr.

—¡Qué! —exclamó Wylie— ¿y ponernos a todos los católicos en contra?

—He hablado con Joe Breen... Los sacerdotes ya han recibido golpes. No les afectan.

Prosiguió con voz serena... pero se detuvo abruptamente cuando la señorita Doolan miró el reloj.

—¿Os parece demasiado trabajo para tenerlo listo antes del lunes? —le preguntó a Wylie.

Wylie miró a Jane y Jane le devolvió la mirada; apenas se molestó en mover la cabeza. El vio como su fin de semana se desvanecía, pero era un hombre totalmente distinto al que había entrado al despacho. Cuando cobrabas quinientos dólares semanales, el trabajo de última hora no era algo en lo que podías escatimar, y menos aún cuando tu película estaba en la cuerda floja. Como escritor independiente, Wylie había fracasado por falta de interés, pero aquí estaba Stahr ocupándose de todo, velando por todos. Esa sensación no desaparecería cuando abandonara el despacho... tampoco

desaparecería de ningún rincón entre las paredes de aquel plato. Se sentía infalible. Una mezcla entre sentido común, sabia sensatez, ingenuidad teatral, y esa concepción medio inocente del bien común que Stahr había proclamado a los cuatro vientos le sirvió de inspiración para jugar su papel, para aportar su grano de arena, aunque el esfuerzo estuviera condenado de antemano y el resultado fuera tan aburrido como una pirámide.

A través de la ventana, Jane Meloney vio una hilera de gente que se dirigía a las oficinas. Comería en su despacho y haría unas cuantas cadenas de ganchillo mientras esperaba. El hombre venía a la una y cuarto con su perfume francés que traía de contrabando de la frontera con Méjico. No era ningún pecado... era como la prohibición<sup>[15]</sup>.

Broaca observó cómo Reinmund adulaba a Stahr. Tenía la impresión de que el ascenso de Reinmund estaba al caer. Ganaba setecientos cincuenta dólares semanales por ejercer cierta autoridad sobre directores, escritores y artistas que ganaban mucho más que él. Reinmund llevaba un par de zapatos ingleses de mala calidad que había comprado cerca de Beverly Wilshire, y Broaca guardaba la esperanza de que algún día le dolerían los pies; de hecho, pronto encargaría sus zapatos a medida a Peel's y se desharía de aquel pequeño sombrero verde tirolés con la pluma. Broaca estaba a años luz de él. Tenía un expediente de guerra impecable, pero nunca más volvió a ser el mismo desde que permitió que Ike Franklin le pegara un guantazo en la cata con todas sus fuerzas.

La sala estaba llena de humo, y entre el humo, tras su gran escritorio, Stahr se empezó a retirar, poco a poco y con mucha cortesía, con un oído en Reinmund y otro en la señorita Doolan, atendiendo a ambos. La reunión había llegado a su fin.

\* \* \***[16]**

*[Stahr estaba a punto de recibir al príncipe Agge de Dinamarca, que «quería saber más sobre la película desde el principio» y quien en el reparto de personajes del autor se describe como «fascista incipiente»].*

—Le llama el señor Marcus de Nueva York —dijo la señorita Doolan.

—¿Qué me dice? —reclamó Stahr—. ¿Cómo es posible? Le vi anoche.

—Bueno, le tiene al teléfono —es una llamada de Nueva York y es la voz de la señorita Jacob. Es su despacho.

Stahr se echó a reír.

—Hemos quedado para comer —dijo—. No hay avión suficientemente veloz como para traerle hasta aquí en ese tiempo.

La señorita Doolan volvió al teléfono. Stahr permaneció a su lado para saber el desenlace.

—Está bien —dijo finalmente la señorita Doolan—. Se trataba de un error. El señor Marcus llamó a las oficinas del Este esta mañana para explicarles lo del terremoto y la inundación del plató posterior, y al parecer les pidió que hablaran con usted para ver qué tal andaba todo. El señor Marcus tiene secretaria nueva y parece no haberle entendido. Creo que ella se ha confundido.

—Parece que sí —dijo Stahr con cierta acritud.

El príncipe Agge no comprendió a ninguno de los dos, pero buscándole fantasía, concluyó que aquella conversación era algo genuinamente americano. El señor Marcus, cuyas oficinas se divisaban al otro lado de la calle, había llamado a sus oficinas de Nueva York para que preguntaran a Stahr por lo sucedido en la inundación. El príncipe se imaginó una especie de relación intrincada sin darse cuenta de que la transacción había tenido lugar enteramente en la retorcida mente del señor Marcus, fruto de una trampa mental, en otro tiempo sagaz y brillante, pero que de vez en cuando evidenciando estar en declive en los últimos tiempos.

—Creo que la secretaria es nueva en el cargo —repitió Stahr—. ¿Algún mensaje más?

—Ha llamado el señor Robinson —dijo la señorita Doolan al tiempo que se dirigía hacia la cafetería—. Una de las mujeres le dijo cómo se llamaba, pero lo ha olvidado... cree que era Smith, o Btown, o tal vez Jones.

—¡Gran ayuda la suya!

—También recuerda que dijo que se acababa de mudar a Los Ángeles.

—Recuerdo que llevaba un cinturón plateado —dijo Stahr—, con estrellas incrustadas.

—Sigo intentando obtener más información acerca de Pete Zavras. He hablado con su mujer.

—¿Y qué le ha dicho?

—Que lo han pasado fatal... se han visto obligados a dejar su casa... ella ha estado enferma...

—¿Acaso el problema que tiene en la vista es incurable?

—Al parecer, ella no sabía nada acerca del estado de sus ojos. Ni siquiera sabía que se estaba quedando ciego.

—Es curioso.

De camino al comedor, le dio vueltas al tema, pero era tan confuso como lo sucedido por la mañana con el actor. Los problemas de salud no parecían estar a su alcance, ni siquiera se ocupaba de los suyos propios. En el callejón junto a la cafetería tuvo que dar un paso atrás cuando un carromato eléctrico descapotable repleto de chicas que llevaban radiantes vestidos de la época de la Regencia inglesa se aproximaba desde los decorados exteriores arrollando todo lo que se interponía en su camino.

Los vestidos revoloteaban al viento, y sus rostros jóvenes y maquillados le miraron con curiosidad, y él les sonrió al pasar por delante.

\* \* \*

Once hombres y su invitado, el príncipe Agge, estaban comiendo en el comedor privado de la cafetería del estudio. Eran los hombres del dinero, los poderosos, eran ellos los que mandaban, y, a menos que tuvieran invitados, comían en un silencio sepulcral que tan sólo lograban romper en ocasiones cuando se preguntaban por sus respectivas mujeres e hijos, o en otras ocasiones para deshacerse de algún que otro cargo de conciencia. Ocho de ellos eran judíos y cinco de los diez habían nacido en el extranjero, incluyendo a un griego y a un inglés. Se conocían desde hacía mucho tiempo. Dentro del grupo existía una especie de jerarquía, que presidía el viejo Marcus y que se extendía, en orden descendente, hasta el viejo Leanbaum, que había comprado el paquete de acciones más afortunado del negocio y al que nunca se le permitía gastarse más de un millón de dólares al año en sus producciones cinematográficas.

El viejo Marcus todavía se las arreglaba para proceder con una inquietante capacidad de adaptación. Algún instinto infalible le advertía de cualquier peligro y de las posibles confabulaciones contra él; jamás resultaba tan peligroso como cuando los demás consideraban que estaba acorralado. Su rostro gris había alcanzado tal inmovilidad que, incluso aquellos que estaban acostumbrados a observar ese pequeño reflejo que se instalaba en el rabillo de su ojo, ya no lograban verlo. La naturaleza había propiciado en ese punto una especie de patilla canosa que lo ocultaba; su armadura estaba completa.

Así como él era el mayor del grupo, Stahr era el más joven. No es que la diferencia de edad fuera muy significativa entonces, aunque sí lo fue cuando se sentó por primera vez con la mayoría de esos hombres, siendo un niño prodigio de veintidós años. Para entonces, más que ahora, había sido un

hombre de dinero entre hombres de dinero. En aquel tiempo había sido capaz de calcular costes mentalmente, a una velocidad y precisión que dejaba perplejos a todos, ya que ellos no eran magos, ni siquiera expertos en la materia, pese a la opinión que comúnmente se tiene de los judíos y las finanzas. La mayoría de ellos debían su éxito a cualidades diferentes e incompatibles. Pero en un grupo como éste, la tradición arrastra a los menos expertos, y así todos estaban satisfechos de disponer de Stahr para que hiciera unas cuentas sublimes y experimentaban una especie de fervor, como si las hubiesen hecho ellos mismos, al estilo de los hinchas en un partido de fútbol.

Stahr, como veremos a continuación, a lo largo de su trayectoria vital había dejado de recurrir a ese don, aunque lo seguía teniendo.

El príncipe Agge estaba sentado entre Stahr y Mort Fleishacker, el abogado de la compañía, y frente a Joe Popolos<sup>[17]</sup> el dueño de las salas. Sentía cierta hostilidad hacia los judíos en general, de la que había tratado de curarse. Como hombre turbulento, que en otro tiempo había servido en la Legión Extranjera, pensaba que los judíos sobrevaloraban su propio pellejo. Pero estaba dispuesto a aceptar que en América, bajo otras circunstancias, podían ser distintos y, sin duda, Stahr le parecía un hombre hecho y derecho en todos los sentidos. Por lo que concierne al resto, consideraba que la mayoría de los hombres de negocios eran seres aburridos e insustanciales. En última instancia, siempre apelaba a la sangre de Bernadotte que corría por sus venas.

Mi padre —le llamaré señor Brady, tal y como hizo el príncipe Agge cuando me habló de esa comida— estaba preocupado por una película, y en el momento en el que Leanbaum se marchó, él se levantó para ocupar la silla de enfrente.

—¿Cómo anda el proyecto de la película en Sudamérica, Monroe? —preguntó.

El príncipe Agge notó como un guiño de atención hacia ellos, tan definido como si una docena de pestañas hubiera producido, al unísono, el sonido del batir de unas alas. Y luego, de nuevo, se hizo el silencio.

—Tiramos adelante.

—¿Con el mismo presupuesto? —preguntó Brady.

Stahr asintió.

—Es desproporcionado —afirmó Brady—. No podemos esperar ningún milagro en tiempos difíciles... ni un *Ángeles del Infierno* ni un *Ben Hur*, aquélla sí que era una época en la que invertías y obtenías beneficios.

Probablemente se trataba de un ataque planeado, porque Popólos, el griego, retomó el asunto con ciertos subterfugios y una especie de deliberada ambigüedad<sup>[18]</sup>.

—No es factible, Monroe; si es que queremos adaptarnos a estos tiempos de cambio. Lo que podíamos hacer en tiempos de prosperidad, hoy resulta inconcebible.

—¿Usted que opina, Marcus? —preguntó Stahr.

Todas las miradas siguieron la suya desplazándose hasta el otro extremo de la mesa, pero el señor Marcus, como si estuviera prevenido, ya le había hecho una seña a su criado particular, que se hallaba de pie tras él, para que acudiera a ayudarlo a levantarse, y en aquel momento se encontraba él cual cesto colgado del brazo del criado. Les miró con tal indefensión que parecía increíble que por las tardes, de vez en cuando, saliera a bailar con su joven amiga canadiense.

—Monroe es nuestro genio de producción —afirmó—. Cuento con Monroe y me respaldo en él totalmente. Yo todavía no he visto la inundación con mis propios ojos.

Hubo un momento de silencio mientras abandonaba la sala.

—En este momento, no encontrarías dos millones de dólares en todo el país —replicó Brady.

—De ningún modo —subrayó Popolos—. No los encontrarías ni que agarraras a la gente por el cuello y les sacudieras de arriba abajo.

—Probablemente, no —asintió Stahr. Y se detuvo, como para asegurarse de que todos le escuchaban—. Creo que podemos contar con un millón y cuarto del pase especial<sup>[19]</sup>. Tal vez hasta con un millón y medio. Y un cuarto de millón en el extranjero.

De nuevo se hizo el silencio; esta vez con perplejidad y confusión. Stahr se volvió y le pidió, por encima del hombro, al camarero que tenía tras él que llamara por teléfono a su despacho.

—¿Pero y tu presupuesto? —dijo Fleishacker—. Tu presupuesto es de un millón setecientos cincuenta mil dólares, según creo. Y tus expectativas llegan a esta cantidad sin tener en cuenta los beneficios.

—Ésas no son mis expectativas —dijo Stahr—. No estamos seguros de contar con más de un millón y medio.

La sala se había quedado tan paralizada que el príncipe Agge pudo oír como el cúmulo de ceniza gris de un puro caía suspendido en el aire. Fleishacker empezó a hablar, con una expresión en su rostro de perplejidad, pero a Stahr ya le habían pasado el teléfono.

—Su despacho, señor Stahr.

—¡Ah, sí!... hola, señorita Doolan. Ya me imaginaba lo de Zavras. Es uno de esos rumores despreciables... Apuesto lo que quiera... Ah, así que lo ha hecho usted... Bien..., bien. Escuche lo que tiene que hacer ahora: envíele a mi oculista, el Dr. John Kennedy, esta misma tarde y que le haga un informe y fotocópielo ¿Lo ha entendido?

Colgó y se volvió hacia la mesa con brío.

—¿Alguno de vosotros ha oído la historia de que Pete Zavras se está quedando ciego?

Hubo un par de personas que asintieron. Sin embargo, a la mayoría de los presentes se les había cortado la respiración al contemplar la posibilidad de que Stahr se hubiera podido equivocar con los números.

—Pues es pura mentira. Él asegura que jamás en la vida ha ido al oculista... que nunca se ha podido explicar por qué los estudios se volvieron contra él —dijo Stahr—. Quizás no fuera del agrado de alguien, quizás alguien se fue de la lengua y ahora lleva sin trabajo más de un año.

Se produjo el típico murmullo de simpatía. Stahr firmó el cheque e hizo el gesto de levantarse.

—Disculpa, Monroe —dijo Fleishacker con vehemencia mientras Brady y Popolos miraban—. Soy más bien nuevo en esto y tal vez no logro discernir entre lo implícito y lo explícito —hablaba rápido, pero las venas de sus sienes se hincharon de orgullo al pronunciar las grandilocuentes palabras que se estilaban en la New York University. ¿Debo de entender que esperas recaudar un cuarto de millón menos de lo presupuestado?

—Se trata de una película de calidad —dijo Stahr con falsa inocencia.

Ahora lo entendían todos, no sin temer que hubiera alguna trampa en todo aquello. Stahr realmente creía que la película daría de sí económicamente. Nadie en su sano juicio...

—Llevamos dos años trabajando firme, pisando sobre seguro —dijo Stahr—. Ha llegado el momento de que hagamos una película que nos ocasione alguna pérdida de dinero. Tomáoslo como un gesto de buena voluntad... atraerá a nuevos clientes.

Algunos seguían pensando que lo que quería decir era que se trataba de una inversión arriesgada, favorable a la larga, pero él se encargó de no dejar lugar a dudas.

—Será deficitaria —señaló mientras se levantaba con el mentón echado ligeramente hacia delante y los ojos brillantes y sonrientes—. Sería un milagro mayor que *Los Ángeles del Infierno*, aunque perdiéramos dinero con

ella. En cierto modo nos debemos al público, tal y como ha dicho Pat Brady en las cenas de la Academia. Es bueno para el programa de producción introducir una película que pierda dinero.

Inclinó la cabeza ante el príncipe Agge para despedirse, al tiempo que éste hacía sus reverencias rápidamente, echando una última mirada, y trataba de captar el efecto general de lo que había dicho Stahr, sin lograr detectar apenas nada. Los ojos en aquellas miradas, no tanto cabizbajas como fijas en algún punto indefinido por encima de la mesa, pestañeaban a toda velocidad, pero no se oía ni un rumor en toda la sala.

\* \* \*

Al salir del comedor privado pasaron por un rincón de la cafetería. El príncipe Agge lo devoraba todo con la mirada... ansiosamente. Era una fiesta, un bullir de gitanos, ciudadanos, soldados con patillas y casacas con galones del Primer Imperio. A cierta distancia parecían hombres que habían vivido y habían caminado hacía cien años, y Agge se preguntó qué aspecto tendría él y sus contemporáneos de extras en alguna película de época en el futuro.

Sucedió, entonces, que el príncipe se topó con Abraham Lincoln y su estado de ánimo cambió de repente. Se había criado en la alborada del socialismo escandinavo, cuando la biografía de Lincoln de Nicolay era un libro muy leído. Le habían inculcado que Lincoln fue un gran hombre, a quien debía rendir admiración y, en lugar de ello, lo había odiado por tratarse de una imposición. Pero entonces, viéndole ahí sentado, con las piernas cruzadas, su rostro amable fijo en una cena de cuarenta centavos que incluía el postre, envuelto en un chal como para protegerse del errático aire de la refrigeración... Ahora que el príncipe Agge al fin estaba en América, se quedó contemplando la momia de Lenin en el Kremlin como si se tratara de un turista. Así que éste era Lincoln. Stahr le había dejado atrás y se volvió para esperarlo... pero Agge seguía mirando.

Así que esto, pensó, era lo que todos querían llegar a ser.

De pronto, Lincoln se llevó un trozo de pastel a la boca y se lo tragó, y el príncipe Agge, un poco asustado, se apresuró a reunirse con Stahr.

—Espero que su visita esté siendo de provecho —dijo Stahr, que tenía la sensación de haberle desatendido un poco—. Dentro de media hora haremos algunas tomas y luego podrá visitar tantos platós de rodaje como desee.

—Preferiría quedarme con usted —añadió el príncipe Agge.

—Consultaré ahora mi agenda —dijo Stahr—. Luego seguiremos juntos.

Tenía al cónsul japonés para supervisar el estreno de una historia de espías que podía herir la sensibilidad nacional de Japón. Tenía llamadas y telegramas que hacer. Y también tenía a Robby con alguna que otra información que había obtenido.

—Ya se acuerda de cómo se llamaba la mujer. Está seguro de que su apellido era Smith —dijo la señorita Doolan—. Él le había preguntado si quería venir al estudio, que le conseguiría unos zapatos secos y ella le dijo que no... así que no creo que nos ponga una demanda.

—Ésa es toda la información que ha podido recordar... «Smith». No es de gran ayuda —se detuvo un momento a pensar—: solicite a la compañía telefónica una lista de los Smith que han dado de alta la línea en el último mes. Y llámelos a todos.

—De acuerdo.

—¿Qué tal, Monroe? —dijo Red Ridingwood—. Me alegra que hayas venido.

Stahr pasó de largo por su lado, cruzando el gran escenario en dirección a un decorado que simulaba una sala luminosa, que se iba a usar al día siguiente. El director Ridingwood le siguió, dándose cuenta al cabo de un rato de que, corriera lo que corriera, Stahr conseguiría siempre estar un paso por delante. Reconoció en este hecho un gesto de desagrado, él mismo lo había utilizado en alguna ocasión. En otro tiempo había tenido su propio estudio y había probado toda clase de argucias. No había nada que Stahr hiciera que le pudiera sorprender. Su trabajo consistía en dispensar situaciones y ni siquiera Stahr, con su efectividad, podía superarle en su propio terreno. En cierta ocasión que Goldwyn trató de interferir en su trabajo, Ridingwood lo dejó en evidencia delante de cincuenta personas... con el resultado que él había anticipado: restablecer su autoridad.

Stahr llegó al plató luminoso y se detuvo.

—No sirve —dijo Ridingwood—. Carece de imaginación. Por más que lo intentes mejorar con las luces...

—¿Por qué me llamaste a mí para esto? —preguntó Stahr, que permanecía de pie junto a él—. ¿Por qué no lo solucionaste con los de Arte?

—Yo no te he pedido que vinieras, Monroe.

—Tú querías ser tu propio supervisor.

—Lo siento, Monroe —dijo Ridingwood con paciencia—, pero no te he pedido que vinieras hasta aquí.

Stahr se giró de repente y retrocedió en dirección a las cámaras. Los ojos y los rostros boquiabiertos de un grupo de visitantes apartaron su atención de la heroína de la película, por un momento, para fijarse en Stahr y dirigirla de nuevo hacia la heroína de un modo errático. Eran Caballeros de Colón. Si bien habían visto el cuerpo de Cristo en sus procesiones, esto era un sueño hecho realidad.

Stahr se detuvo junto a la silla de la actriz. Llevaba un vestido escotado que mostraba el eczema enrojecido que le cubría del pecho a la espalda. Antes de cada toma, le cubrían la zona irritada con un emoliente que le retiraban inmediatamente después. Su cabello tenía el color y la viscosidad de la sangre

cuando se seca; sin embargo, sus ojos eran capaces de reproducir la luz de las estrellas.

Antes de que Stahr pudiera decir nada, oyó una voz amable detrás de él:

—Está radiante, absolutamente radiante.

Era un ayudante de dirección, cuya intención era hacerle un cumplido con delicadeza. La actriz recibía halagos para evitar que aquella piel tan delicada tuviera que estar sometida a cualquier tipo de tensión. El halago era para Stahr por haberla contratado. En última instancia, aunque remotamente, el halago era para Ridingwood.

—¿Todo bien? —le preguntó Stahr con amabilidad.

—¡Oh, sí, de fábula! —asintió ella—... si no fuera por ese fastidio de publicistas.

Stahr le hizo un guiño de complicidad.

—Les mantendremos alejados —afirmó.

Últimamente, su nombre se había convertido en sinónimo de «zorra». Supuestamente, se había construido a imagen y semejanza de una de esas reinas que aparecían en los cómics de Tarzán, y que reinan misteriosamente sobre una nación de negros. Así que consideraba el resto del mundo como a sus súbditos negros. Era necesario que fuera la mala de la película, ya que la habían tomado prestada para una única película.

Ridingwood acompañó a Stahr hasta la puerta del escenario.

—Todo marcha bien —dijo el director—. Ella es tan buena como le es posible.

Estaban fuera del alcance del oído de nadie, y Stahr se detuvo de repente y miró a Red con los ojos encendidos.

—Esto que habéis estado filmando es basura —sentenció—. ¿Sabes a quién me recuerda en esas tomas?... a «la señorita Comestibles<sup>[21]</sup>».

—Estoy tratando de sacar lo mejor de ella...

—Ven conmigo —prosiguió Stahr de un modo abrupto.

—¿Contigo? ¿Debo decirles que se tomen un descanso?

—Déjalo —dijo Stahr, empujando la puerta acolchada de la calle.

Su coche y su chófer le esperaban fuera. El tiempo es oro.

—Sube —ordenó Stahr.

Ahora Red se dio cuenta de que se trataba de algo serio. Supo de inmediato de qué iba la cosa. La chica lo había manejado a su antojo con sus frías reprimendas. Él era un tipo al que no le gustaban los conflictos, así que se había dejado comer terreno con tal de evitar enfrentamientos.

Stahr le contestó como si le hubiera leído el pensamiento.

—No sabes manejarla —le dijo—. Te dejé claro lo que quería. La quería *malvada*... y resulta aburrida. Me temo que tendremos que suspender. Red.

—¿La película?

—No. Se la pasaré a Harley.

—Como tú veas, Monroe.

—Lo siento. Red. Ya probaremos otra cosa en cualquier momento.

—El coche se detuvo delante de la oficina de Stahr.

—¿Quieres que acabe esta toma?

—Ya lo están haciendo —dijo Stahr, con cierta opacidad—. Harley ya se encuentra allí.

—¿Qué demonios...?

—Entró al salir nosotros. Anoche le di el guión para que lo leyera.

—Escúchame un momento, Monroe...

—Tengo un día muy ajetreado, Red —dijo Stahr, tajantemente—. Perdiste el interés hace tres días.

Era un lamentable desastre, pensó Ridingwood. Aquello significaba que descendía ligeramente, muy ligeramente de posición... significaba que probablemente no podría tener una tercera esposa para entonces, según planeaba. No sentía ni tan siquiera la menor satisfacción por montar un escándalo... si estabas en desacuerdo con Stahr, no lo propalabas. Stahr era el cliente más influyente del mundillo y siempre, o casi siempre, tenía razón.

—¿Y mi chaqueta? —preguntó de repente—. Me la he dejado encima de una silla en el plató.

—Lo sé —añadió Stahr—. Aquí la tienes.

Stahr se había esforzado tanto por mostrarse benévolo con Ridingwood, que había olvidado que llevaba la chaqueta en la mano.

\* \* \*

La «Sala de Proyección del señor Stahr» era un cine en miniatura con cuatro filas de butacas mullidas. Frente a la primera fila se disponían unas mesas alargadas con lámparas de baja intensidad, botones y teléfonos. Junto a la pared había un piano, que había quedado abandonado allí desde la primera incursión del sonido en el cine. La sala se había redecorado y tapizado hacía tan sólo un año, pero ya se veía raída, maltrecha por las horas de trabajo que albergaba.

Allí se sentaba Stahr a las dos y media y, de nuevo, a las seis y media para ver los fragmentos de las películas que se habían rodado durante el día. A menudo se mascaba, en el ambiente, una tensión incontrolable, dispuesta especialmente para la ocasión; Stahr se enfrentaba a *faits accomplis*, los resultados netos de meses de transacción, planificación, escritura y reescritura, reparto, montaje, iluminación, ensayos, y rodaje... el fruto de brillantes corazonadas o de consejos desesperados, del letargo, de la conspiración y del sudor. Llegado ese momento, se hacía un despliegue de toda aquella maniobra tortuosa que quedaba en suspensión; a expensas del comunicado del frente de batalla.

Además de Stahr, estaban presentes los representantes de todos los departamentos técnicos, con los supervisores y jefes de producción de las películas que se proyectaban. Los directores no asistían a esos pases. La versión oficial era que se daba su trabajo por terminado, pero la verdadera razón era que allí no se andaban con rodeos cuando las bobinas plateadas suponían un derroche de dinero. Habían adoptado la actitud de mantenerse elegantemente al margen.

El personal ya se había reunido. Stahr entró y ocupó su lugar en seguida, mientras el murmullo de las conversaciones cesaba. Al cruzar las piernas, abrazándose a su delgada rodilla, y al reclinarsse en la butaca, se apagaron las luces de la sala. La llamarada de una cerilla en la última fila... y luego, se hizo el silencio.

En la pantalla un batallón de franco-canadienses avanzaba en sus canoas a contracorriente hacia los rápidos. La escena se había rodado en el estanque artificial del estudio, y al final de cada toma, después de que se pudiera oír al director diciendo «¡corten!», los actores en pantalla se relajaban, se sacudían el agua de los ojos y algunos reían a carcajadas... el flujo del agua en el estanque cesaba y la ilusión se desvanecía. Stahr no hizo ningún comentario, salvo para indicar cuál de las tomas le gustaba más y para señalar que la película «iba por buen camino».

La escena siguiente, todavía en los rápidos, presentaba un diálogo entre la chica canadiense (Claudette Colbert) y el *courrier du bois* (Ronald Colman), con ella mirándole desde una canoa. De repente, y transcurridos unos cuantos fotogramas, Stahr tomó la palabra:

—¿Se ha desmontado el estanque?

—Sí, señor.

—Monroe, es que lo necesitaban para...

Stahr le interrumpió apresuradamente.

—Que lo vuelvan a montar de inmediato. Veamos la segunda toma de nuevo.

Las luces se encendieron momentáneamente. Uno de los jefes de producción abandonó su asiento para plantarse de pie frente a Stahr.

—Una escena tan bellamente interpretada tirada por la borda —protestó Stahr—. El encuadre no era correcto. La cámara estaba colocada de manera que enfocaba la preciosa coronilla de Claudette todo el tiempo que ella hablaba. Eso es precisamente lo que queremos, ¿verdad? Eso es justo lo que la gente viene a ver; la coronilla de una hermosa muchacha. Dile a Tim que podría haberle ahorrado el esfuerzo empleando una doble.

Se apagaron las luces de nuevo. El jefe de producción se agachó junto a la butaca para no estorbar a Stahr. Se proyectó la toma de nuevo.

—¿Lo ves ahora? —preguntó Stahr—. Y hay un pelo en la película... allí a la derecha, ¿lo ves? Averigua si está en la película o en el proyector.

Justo al final de la toma, Claudette Colbert levantaba lentamente la cabeza, revelando unos espléndidos ojos humedecidos.

—Eso es lo que deberíamos haber visto durante toda la secuencia —añadió Stahr—. Su interpretación fue impecable. Trata de repetirla mañana o a última hora de esta misma tarde.

Pete Zavras jamás hubiera tenido semejante desliz. En todo el negocio, apenas podías contar con seis cámaras en quienes se pudiera tener una confianza ciega.

Se encendieron las luces; el supervisor y el jefe de producción de esa película se marcharon.

—Monroe, rodamos este material ayer... lo acabamos ayer por la noche a última hora.

Se apagaron las luces de la sala. En pantalla apareció la cabeza de Shiva, inmensa e imperturbable, ajena al hecho de que dentro de unas horas sería arrastrada por la inundación. A su alrededor se congregaba una muchedumbre de fieles.

—Cuando hagas la escena de nuevo —dijo Stahr de repente—, coloca a un par de niños encima de la cabeza. Mejor comprueba antes si es irreverente, aunque supongo que no pasará nada; a los niños se les permite hacer de todo.

—Sí, Monroe.

Un cinturón con estrellas incrustadas... Smith, Jones, o Brown... Los de personal... ¿No sería la chica del cinturón plateado la que...?

Con otra película, la escena se trasladó a Nueva York, una historia de *gangsters*, e, inesperadamente, Stahr se inquietó.

—Esa escena es un bodrio —exclamó de pronto en la oscuridad—. Está mal escrita, el reparto es espantoso, no cuenta nada. Esos tipos no son tipos duros. Parecen piruletas disfrazadas... ¿Qué diablos ocurre. Lee?

—La escena se escribió en el plató esta mañana —dijo Lee Kapper—. Burton quería tener recogido todo lo del plató seis.

—Bueno... eso es una patochada. Y esto también. No creo que valga la pena filmar cosas como éstas. La actriz no se cree lo que dice... ni Cary tampoco. «Te quiero» en un primer piano... ¡Te echarán del cine a patadas! Y además la chica va demasiado vestida.

En la oscuridad alguien dio la señal, el proyector se detuvo, y se encendieron las luces. La sala permaneció en silencio absoluto. El rostro de Stahr seguía impasible.

—¿Quién escribió la escena? —preguntó tras un minuto de espera.

—Wylie White.

—¿Está sobrio?

—Claro que sí.

Stahr recapacitó.

—Pon a cuatro o cinco escritores a trabajar en esa escena esta misma noche —ordenó—. Veamos con quien contamos. ¿Ha llegado ya Sidney Howard?

—Llegó esta mañana.

—Coméntaselo. Explícale lo que quiero para la escena. La chica está muerta de miedo... está atrapada. Es así de sencillo. La gente no tiene tres estados de ánimo a la vez. Y Kapper...

El director artístico sacó la cabeza desde la segunda fila.

—Sí.

—Hay algo que no funciona en ese decorado.

Hubieron breves intercambios de miradas por toda la sala.

—¿Qué le ocurre, Monroe?

—Dímelo tú —añadió Stahr—. Está tan abarrotado que daña la vista. Se ve de mal gusto, de bajo coste.

—Pues, no ha sido barato.

—Eso ya lo sé. No es muy preocupante, pero hay algo que no cuadra. Dirígete al plató y échale un vistazo esta misma noche. Puede que tenga demasiados muebles... o que no sean los más adecuados. Quizás una ventana ayudaría. Tal vez podrías forzar un poco más la perspectiva del vestíbulo.

—Veré lo que puedo hacer —Kapper se abrió paso entre las butacas, mirando el reloj.

—Me pongo manos a la obra inmediatamente —dijo—. Trabajaré en ello esta noche y lo montaremos por la mañana.

—De acuerdo. Lee, tú te encargas de rodar esas escenas de nuevo, ¿no es así?

—Por supuesto, Monroe.

—Asumo toda responsabilidad. ¿Tienes material sobre la pelea?

—Está a punto de salir.

Stahr asintió. Kapper salió apresuradamente y la sala se quedó a oscuras de nuevo. En la pantalla cuatro hombres se enzarzaban a golpes, tremendamente violentos, en un sótano. Stahr se reía.

—Mirad a Tracy —comentó—. Miradle como va a por ese tipo. Juraría que se ha visto envuelto en más de una como ésa.

Los hombres siguieron luchando. Siempre la misma pelea. Al final siempre acababan mirándose los unos a los otros sonriendo, a veces golpeando el hombro del contrincante en un gesto de amabilidad. El único en peligro era el doble, un mastodonte que podría haber acabado con todos ellos. Se hallaba en peligro solo si perdían el control y no seguían los golpes que él mismo les había indicado. De todos modos, el actor más joven temía por su rostro y el director había ocultado sus muecas de dolor mediante una serie de ingeniosos ángulos e interposiciones.

Después, dos hombres se encontraban interminablemente en una puerta, se reconocían mutuamente y seguían su camino. Volvían a encontrarse, reiniciaban su camino y seguían.

Luego, una niña leía bajo un árbol, y un poco más arriba un niño leía sobre una rama. La niña estaba aburrida y quería hablar con el niño. Pero él no le hacía caso. El corazón de la manzana que se estaba comiendo el muchacho cayó sobre la cabeza de la niña.

De la oscuridad surgió una voz que dijo:

—Es bastante larga, ¿verdad, Monroe?

—En absoluto —dijo Stahr—. Es bonita. Es emotiva.

—Sencillamente, creo que es demasiado larga.

—A veces una escena de pocos segundos puede resultar demasiado larga... a veces una de varios minutos puede resultar demasiado corta. Quiero hablar con el montador antes de que toque esta escena... será lo que quedará en la memoria del espectador de la película.

El oráculo había hablado. No había nada que decir ni discutir. Stahr tenía siempre razón —y siempre es siempre—, de lo contrario la estructura se desharía poco a poco como la mantequilla.

Transcurrió una hora. Fragmentos de sueños pendían de un extremo de la sala, sometidos a análisis, para ser aprobados... para ser soñados por multitudes o, por el contrario, para ser rechazados. El final venía marcado por dos pruebas; la de un hombre de carácter y la de una muchacha. Tras las tomas, que tenían un ritmo tenso y propio, las pruebas resultaban fluidas y acabadas; los espectadores se acomodaron en sus butacas; a Stahr se le resbaló el pie hasta el suelo. Toda opinión era bien recibida. Uno de los técnicos constató que estaría encantado de vivir con la chica; el resto se mostró indiferente.

—Alguien nos mandó una prueba de esa chica hace un par de años. Parece que no cesa en el intento... pero no se diría que haya mejorado mucho. En cambio el tipo es bueno. ¿No podríamos usarlo como el viejo príncipe ruso en *Estepas*?

—Es un viejo príncipe ruso —dijo el director de reparto—, pero se avergüenza de ello. Es rojo. Y ése es un papel que, según dice, no haría jamás.

—Es el único papel que podría interpretar —afirmó Stahr.

Se encendieron las luces. Stahr hizo una bola con el chicle, la puso en su envoltorio y la tiró a un cenicero. Se volvió para pedirle algo a su secretaria.

—Las series del plató dos —dijo ella.

Comprobó las series brevemente; se trataba de películas filmadas sobre el fondo de otras películas mediante un sistema ingenioso. Había una reunión en la oficina de Marcus para tratar el tema del final feliz de *Manon*, y Stahr tenía su opinión al respecto, como ya la había expresado anteriormente; esa historia llevaba un siglo y medio dando dinero sin un final feliz. Seguía obstinado en su postura y a esa hora de la tarde se sentía de lo más impetuoso, así que la oposición, claudicando, pasó a otro tema; cederían a una docena de estrellas de cine para actos benéficos a fin de recaudar fondos para los damnificados de Long Beach que se habían quedado sin hogar tras el terremoto. En un repentino ataque de generosidad, cinco de los presentes crearon, en pocos segundos, un fondo de veinticinco mil dólares. Fueron espléndidos, pero aquello no tenía nada que ver con el altruismo que existía entre la gente pobre. Aquello no era caridad.

En su despacho había noticias del oculista que había visitado a Pete Zavras: los ojos del cámara se encontraban entre 19-20; casi en perfectas condiciones. Había redactado una carta que Zavras había mandado fotocopiar. Stahr se pavoneaba por su despacho mientras la señorita Doolan lo contemplaba. El príncipe Agge se había acercado al despacho para

agradecerle la tarde que había pasado en los estudios, y mientras conversaban, llegó un mensaje en clave de un supervisor en el que le comunicaban que unos guionistas, unos tal Tarleton<sup>[22]</sup>, «lo habían averiguado» y que estaban a punto de largarse.

—Ésos son buenos escritores —le explicó Stahr al príncipe Agge—, y no es que tengamos demasiados escritores buenos por aquí.

—¿Cómo? Usted puede contratar a quien quiera —exclamó su invitado sorprendido.

—Sí, claro, los contratamos, pero cuando llegan aquí, no resultan tan buenos como parecían... así que nos vemos forzados a trabajar con el material que tenemos.

—¿Y cuál es?

—Cualquiera que acepte el sistema y que se mantenga decentemente sobrio... contamos con todo tipo de personas: poetas frustrados, dramaturgos que sólo han escrito una obra... universitarias... Les ponemos a trabajar en un proyecto por parejas, y si el proceso se ralentiza, ponemos a dos escritores más a la retaguardia. He tenido tres parejas trabajando por separado en una misma idea.

—¿Y les gusta?

—No, si están al corriente de la estrategia. No son genios... Ninguno de ellos daría más de sí de ningún otro modo. Pero esos Tarletons son un matrimonio del Este... bastante buenos dramaturgos. Se acaban de dar cuenta de que no trabajan solos en la historia y les sorprende... les rompe su sentido de unidad... ésa es la palabra que emplearían ellos.

—¿Pero qué es lo que crea la... la unidad?

Stahr vaciló, mantenía un gesto adusto aunque los ojos le brillaban.

—Yo soy la unidad —replicó—. Venga a visitarnos cuando le apetezca.

Vio a los Tarletons. Les dijo que le gustaba su trabajo, mirando a la señora Tarleton como si pudiera leer su letra en el texto mecanografiado. Les comentó con amabilidad que les sacaba de una película para colocarlos en otra, donde había menos presión, más tiempo. Tal y como ya se esperaba, le rogaron quedarse en la primera película, en previsión de verse en los créditos más pronto aunque fueran compartidos. Admitió que el sistema era vergonzoso: indecoroso, comercial y deplorable. Él lo había creado, hecho que no mencionó.

Cuando se hubieron marchado, la señorita Doolan entró triunfante.

—Señor Stahr, tiene a la señorita del cinturón al teléfono.

Stahr se dirigió a su despacho, se sentó tras el escritorio y cogió el teléfono sintiendo un pellizco en el estómago. No sabía lo que quería. No había pensado en el asunto, ya que había estado ocupado con lo de Pete Zavras. En principio, sólo había querido averiguar si eran «profesionales», quería saber si la mujer era una actriz que había hecho lo posible por parecerse a Minna, como aquella ocasión en que él mismo había ataviado a aquella joven actriz, a imagen y semejanza de Claudette Colbert, para fotografiarla desde los mismos ángulos.

—Hola —dijo él.

—Hola.

Mientras buscaba la palabra precisa, más bien de conmoción por la vibración de la noche anterior, le invadió un sentimiento de terror que logró detener con mucha voluntad.

—Bueno... fue difícil dar con usted —dijo—. *Smith...* y que se acaba de mudar... Eso era todo lo que sabíamos de usted. Y un cinturón plateado.

—Oh, sí —respondió la voz, aún inquieta, tensa—, anoche llevaba un cinturón plateado.

—¿Dónde está?

—¿Quién es usted? —replicó la voz, con un toque de pretendida dignidad burguesa.

—Me llamo Monroe Stahr —dijo.

Una pausa. Era un nombre que nunca aparecía en pantalla, así que le era difícil ubicarlo.

—Oh, sí... sí. Usted era el marido de Minna Davis.

—Sí.

¿Era una trampa? La misma ilusión de la noche anterior se apoderó de él... la misma piel con aquel resplandor tan particular, como si fuera encendida por un fósforo... pensó que tal vez se tratara de una estratagema para atraparlo. Era Minna sin ser Minna. Una repentina racha de aire sacudió las cortinas hacia el interior de la sala. En el escritorio los papeles susurraron y su corazón se estremeció levemente ante la intensidad de la realidad del día más allá de su ventana. Si pudiera echar a correr..., ¿qué pasaría si la volviera a ver... aquella expresión que encubría el firmamento, aquella boca delineada cuidadosamente para una escasa y audaz sonrisa humana?

—Me gustaría verla. ¿Le gustaría venir al estudio?

De nuevo la vacilación... e inmediatamente una negativa clara.

—Oh, no creo que debiera. Lo siento muchísimo.

Esto último fue puro formalismo, una despedida brusca, un hachazo final. La típica vanidad a flor de piel socorrió a Stahr, añadiendo un tono de persuasión a su insistencia.

—Me gustaría verla —insistió—. Tengo un motivo.

—Bueno... me temo que...

—¿Podría ir a verla yo a usted?

Otra pausa, pero esta vez no fue de dilación, sino para elaborar su respuesta.

—Hay algo que usted no sabe —dijo ella finalmente.

—Oh, quizás esté casada —se impacientó—. No tiene nada que ver con eso. Le pedí que viniera abiertamente, traiga a su marido si es que lo tiene.

—Es... es del todo imposible.

—¿Por qué?

—Me siento estúpida hablando con usted, pero su secretaria insistió... pensé que habría perdido algo en la inundación anoche y que usted lo habría encontrado.

—De verdad que quiero verla aunque sólo sean cinco minutos.

—¿Para darme un papel?

—No era ésa mi intención.

Hubo una pausa tan larga que pensó que la había ofendido.

—¿Dónde podríamos vernos? —preguntó ella inesperadamente.

—¿Aquí mismo? ¿En su casa?

—No... en otro lugar.

Stahr no logró pensar en ningún lugar. Su casa... un restaurante. ¿Dónde quedaba la gente?... ¿En una casa de citas, en un bar?

—Nos podemos encontrar donde quiera a las nueve —dijo ella.

—Eso es imposible, me temo.

—Entonces olvídalo.

—Está bien, entonces a las nueve, pero ¿le importa que quedemos en algún lugar cercano a aquí? Hay un *drugstore* en Wilshire...

\* \* \*

Eran las seis menos cuarto. Había dos hombres fuera que habían acudido cada día a esa misma hora y cada vez se les posponía la cita. Ésta era una hora de trasiego... El asunto de aquellos hombres no era tan importante como para atenderlo, ni tampoco tan insignificante como para ignorarlo. Así que lo

pospuso una vez más e, inexpresivo, se sentó en su escritorio por un instante, pensando en Rusia. No tanto en Rusia, como en la película sobre Rusia que irremediablemente le quitaría media hora de su tiempo. Sabía que había muchas historias sobre Rusia, sin mencionar la Historia, y había empleado un equipo de escritores e investigadores durante un año entero, pero todas las historias involucradas contenían el sentimiento equivocado. Sentía que se podía narrar en términos de los trece estados americanos, pero el resultado seguía siendo diferente, en nuevos términos que ofrecían desagradables posibilidades y problemas. Consideraba que estaba siendo muy justo con Rusia, no tenía la más mínima intención de hacer nada que no fuera una película solidaria, aunque seguía resultando un quebradero de cabeza.

—Señor Stahr..., el señor Drummon está afuera, con el señor Kirstoff y la señora Cornhill, para lo de la película rusa.

—De acuerdo... Hágalos pasar.

Después, de seis y media a siete y media, miró las tomas de la tarde. De no ser por su cita con la chica, se hubiera pasado el resto de la tarde, como de costumbre, en la sala de proyecciones o en la sala de doblaje, pero había sido una noche muy larga con lo del terremoto, y decidió ir a cenar. Al salir de su despacho, se encontró con Pete Zavras esperándole, con el brazo en cabestrillo.

—Eres el Esquilo y el Eurípides del cine —dijo Zavras espontáneamente—. También el Aristófanes y el Menandro.

Hizo una reverencia.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Stahr sonriendo.

—Son paisanos míos.

—No sabía que hicieras películas en Grecia.

—Me tomas el pelo, Monroe —dijo Zavras—. Lo que quiero decir es que eres un tipo tan grande como ellos. Me has rescatado, cien por cien.

—¿Te encuentras bien?

—Lo del brazo no es nada. Apenas me duele, es como si me estuvieran besando el brazo. Valió la pena hacer lo que hice, si éste es el resultado.

—¿Cómo se te ocurrió hacerlo aquí? —Stahr preguntó por curiosidad.

—Ante el Oráculo de Delfos —explicó Zavras—. Edipo descifró el enigma. Ojalá le pudiera poner las manos encima al hijo de perra que empezó la historia.

—Me haces lamentar mi falta de educación —dijo Stahr.

—No vale un céntimo —replicó Pete—. Obtuve mi bachillerato en Salónica y mira como he terminado.

—No es para tanto —dijo Stahr.

—Si necesitas que rueden cabezas, a cualquier hora del día o de la noche —dijo Zavras—, mi número está en el listín telefónico.

Stahr abrió y cerró los ojos. La silueta de Zavras se había desdibujado a contraluz. Estaba apoyado en la mesa que tenía detrás y dijo en su habitual tono de voz.

—Buena suerte, Pete.

La sala estaba casi a oscuras; se dirigió a su despacho dando unos pasos que seguían el dibujo del suelo. Esperó a que la puerta hubiera hecho el clic de cerrada para buscar las pastillas. La jarra de agua golpeó la mesa; dejó caer el vaso estrepitosamente. Se sentó en un sillón, esperando a que la benzedrina le hiciera efecto antes de ir a cenar.

\* \* \*

Cuando Stahr volvía de la cafetería, una mano le saludó desde un descapotable. Por las cabezas que sobresalían de la parte trasera del automóvil, pudo reconocer a un joven actor y a su chica, y les observó cuando desaparecían por la reja de la entrada, que ya se fundía en el crepúsculo. Poco a poco había ido perdiendo interés por esas cosas, era como si Minna se hubiera llevado consigo la intensidad de lo cotidiano; su capacidad para apreciar el esplendor de las cosas estaba desapareciendo de tal modo que llegaría a desprenderse del lujo de un duelo eterno. Una asociación infantil de Minna con las delicias mundanas, le llevó a pedir su automóvil por primera vez ese año. La enorme limusina daba una sensación de pesadez, que le recordaba reuniones y noches duras de trabajo.

Al abandonar el estudio, seguía tenso, pero el descapotable le acercó el atardecer estival y lo contempló. La luna se encontraba al final del bulevar, y era grato imaginar que era una luna diferente cada tarde, cada año. Otras luces brillaban resplandecientes en Hollywood desde la muerte de Minna: en los mercados, limones, pomelos y manzanas verdes esparcían una aureola luminosa por toda la calle. Ante él, la señal de detención de un automóvil le hizo un guiño violeta y en otro cruce la vio parpadear de nuevo. Por todas partes, el trasiego de los faros atormentaba el cielo. En una esquina solitaria, dos hombres misteriosos movían un tambor reluciente, dibujando arcos sin sentido.

En el *drugstore* una mujer permanecía de pie ante el mostrador de la confitería. Era alta, casi tan alta como Stahr, y parecía incómoda. Evidentemente lo era para ella, y si Stahr no hubiera tenido el aspecto que tenía —tan considerado y educado— ella no hubiera seguido con aquello. Se saludaron, y salieron del local sin intercambiar ni media palabra, apenas cruzaron una mirada, aunque antes de llegar al bordillo de la acera, Stahr ya se había percatado: se trataba simplemente de la típica muchacha americana guapa y nada más —nada que ver con la belleza de Minna.

—¿A dónde vamos? —le preguntó ella—. Creía que traería un chófer. No importa, soy buena boxeadora.

—¿Boxeadora?

—No ha sonado muy apropiado por mi parte —forzó una sonrisa—. Pero la gente como usted tiene una fama *terrible*.

A Stahr le hizo gracia aquella concepción de sí mismo como alguien siniestro... pero, inmediatamente después, dejó de hacerle gracia.

—¿Por qué quería verme? —le preguntó mientras subía al coche.

Se quedó inmóvil, deseando decirle que bajara inmediatamente. Sin embargo, la chica parecía haberse relajado al subir al coche y él sabía que aquella situación desafortunada había sido obra suya... Cerró el pico y dio la vuelta para subir al coche. La farola le iluminaba toda la cara, y se hacía difícil de creer que ésta fuera la misma chica de la noche anterior. No le encontró el menor parecido con Minna.

—La llevo a casa —dijo él—. ¿Dónde vive?

—¿Qué me lleva a casa? —Estaba desconcertada—. No hay prisa... Lo siento si le he ofendido antes.

—No. Ha sido muy amable al venir. He sido un tonto. Anoche me dio la impresión que era usted la doble exacta de alguien a quien conocía. Era oscuro y la luz me turbaba la vista.

La chica se ofendió, pues le reprochaba que no se pareciera a otra persona.

—¡Eso era todo! —exclamó—. Muy bonito.

Avanzaron en silencio durante un minuto.

—Estaba usted casado con Minna Davis, ¿verdad? —preguntó en un arranque de intuición—. Discúlpeme por tocar el tema.

Conducía a máxima velocidad sin hacerlo evidente.

—Yo soy un tipo de chica muy distinto al de Minna Davis —añadió—... si es que es ella la persona a la que se refería. Quizás buscaba usted a la chica que iba conmigo. Guarda mayor parecido con Minna Davis que yo.

Eso no venía al caso. La cuestión, ahora, era tratar de que aquello se acabara de una vez y de olvidarlo.

—¿Está seguro de que se refería a ella? —insistió—. Vive en la casa de al lado.

—No lo creo —respondió—. Recuerdo bien el cinturón plateado que llevaba usted.

—Ésa era yo, sin duda.

Se encontraban en el noroeste de Sunset, subiendo uno de los desfiladeros entre las colinas. Las luces de los *bungalows* se alzaban por aquella carretera tortuosa y la corriente eléctrica que las alimentaba vibraba junto a la brisa del atardecer como el sonido de la radio.

—Mire aquella última luz allá arriba... Allí vive Kathleen. Yo vivo justo en la cima de la colina.

Al cabo de un momento, ella dijo:

—Deténgase aquí.

—Creí que había dicho en la cima.

—Quiero pasar por casa de Kathleen.

—Me temo que yo...

—Ya bajo yo sola —dijo impacientemente.

Stahr se deslizó tras ella. Se dirigía hacia una casita nueva cubierta casi en su totalidad por la copa de un único sauce, y, como un autómatas, la siguió hacia la entrada. Llamó al timbre y se giró para despedirse.

—Lamento haberle decepcionado —añadió.

Él lo sentía por ella, por ambos.

—Fue culpa mía. Buenas noches.

Un hilo de luz salió por la puerta que se abría, y cuando una voz de mujer preguntó «¿Quién es?», Stahr alzó la mirada.

Allí estaba: rostro, perfil y sonrisa a contraluz. Era el rostro de Minna, la piel con aquel resplandor tan particular, como si fuera encendida por un fósforo, la boca con esa línea cálida que no reparaba en las consecuencias... Pero, por encima de todo, esa alegría cautivadora que había fascinado a toda una generación.

El corazón le dio un vuelco, como lo había hecho la noche anterior, sólo que esta vez se quedó allí con gran condescendencia.

—Oh, Edna, no puedes entrar —dijo la chica—. He estado limpiando y la casa entera huele a amoníaco.

Edna se echó a reír con sonoridad y descaro.

—Creo que es a ti a quien quería ver —dijo.

Los ojos de Stahr y de Kathleen se encontraron y quedaron atrapados. Por un instante, hicieron el amor como jamás nadie osaría hacer otra vez. Su mirada fue más lenta que un abrazo, más apremiante que una llamada.

—Me llamó por teléfono —dijo Edna—. Al parecer pensó...

Stahr la interrumpió, adelantándose un paso hacia la luz.

—Me temo que quizás fuimos bruscos ayer por la noche en el estudio.

Pero no tenía palabras para describir lo que realmente quería decir. Ella escuchaba con atención y sin recato. Una gran llamarada de vida se encendió en el interior de ambos... Edna parecía haberse quedado como alejada y en la oscuridad.

—No fue descortés —dijo Kathleen. Un viento fresco apartó los rizos castaños de su frente—. No se nos había perdido nada allí.

—Espero que vengan las dos —dijo Stahr— a visitar el estudio.

—¿Quién es usted? ¿Es alguien importante?

—Era el marido de Minna Davis, es productor —añadió como si se tratara de una broma rebuscada—... y esto no es para nada lo que me acaba de explicar. Creo que está colado por ti.

—Cállate, Edna —dijo Kathleen cortante.

Como percatándose de pronto de su tono ofensivo, Edna dijo:

—Me llamarás por teléfono, ¿eh?

Y partió hacia la carretera. Pero se llevó su secreto con ella; había visto una chispa cruzarse entre ellos en la oscuridad.

—Le recuerdo —le dijo Kathleen a Stahr—. Nos rescató de la inundación.

¿Y ahora qué? Se notaba la ausencia de la otra mujer. Estaban solos y en terreno muy frágil a juzgar por lo que les había precedido. Se hallaban en medio de la nada. El mundo de él parecía lejano, y ella no tenía mundo alguno excepto la cabeza de la diosa y la puerta entreabierta.

—Es usted irlandesa —dijo, intentando construir un mundo para ella.

Ella asintió.

—He vivido en Londres largo tiempo... No pensé que se me notara tanto.

Los ojos salvajes verdes de un autobús subían por la carretera en la oscuridad. Ellos se quedaron callados hasta que desapareció.

—No le he gustado a su amiga Edna —dijo—. Creo que fue por la palabra productor.

—También acaba de llegar aquí. Es una boba, pero es inofensiva. A *mí* no me da miedo usted.

Examinó su rostro. Pensó, como casi todo el mundo, que tenía un aspecto cansado... luego lo olvidó ante la impresión que él daba de brasero acogedor

en una noche fría, a la intemperie.

—Supongo que todas las chicas le persiguen para salir en la gran pantalla.

—Ya han desistido —dijo él.

Era un eufemismo. Estaban allí todas, llamando a su puerta, pero llevaban allí tanto tiempo que el clamor de sus voces se confundía con el sonido del tráfico en la calle. Sin embargo, su posición seguía siendo la de un monarca: un rey sólo puede convertir en reina a una sola mujer. Stahr, al menos eso era lo que creían ellas, podía hacerlo con muchas.

—Estoy pensando en que todo eso le convertiría en un cínico —dijo—. ¿No me querrá usted para introducirme en el mundillo del cine?

—No.

—Está bien. No soy actriz. Una vez, en Londres un hombre se acercó a mí en el Carlton para pedirme que hiciera una prueba, pero me lo pensé y finalmente no fui.

Se habían quedado de pie casi inmóviles, como si al cabo de un rato, él fuera a marcharse y ella fuera a entrar a casa. De repente, Stahr se echó a reír.

—Tengo la sensación de que tengo un pie dentro de la casa... como un cobrador de impuestos.

Ella se rió también.

—Siento no poder hacerle entrar. Si quiere voy a buscar una chaqueta y nos sentamos fuera.

—No —apenas sabía porqué había llegado el momento de marcharse. Quizás la volvería ver... quizás no. Ya estaba bien así.

—¿Vendrá al estudio? —dijo—. No puedo prometerle que pueda acompañarla, pero si viene, asegúrese de pasar por mi despacho.

Un fruncimiento, como la sombra de un cabello, apareció entre sus ojos.

—No estoy segura —dijo ella—. Pero se lo agradezco mucho.

Por algún motivo, tenía la certeza de que no acudiría a la invitación... en un instante se le había escapado. Ambos sintieron que el momento se había desvanecido. Debía marcharse, aunque no fuera a ninguna parte, y esto no le condujera a nada. En términos prácticos, él no tenía su número de teléfono... ni siquiera su nombre completo. Pero parecía imposible pedirselo ahora.

Lo acompañó al coche, su belleza deslumbrante y el sinfín de cosas que quedaban por explorar le acechaban; pero les separaba unos centímetros de luz de luna cuando salieron de la penumbra.

—¿Esto es todo? —dijo él espontáneamente.

Detectó cierto reproche en su mirada, pero hubo una pequeña mueca en el labio, también un sesgo en la sonrisa sin objetivo aparente, como un

momentáneo subir y bajar del telón en un pasaje prohibido.

—Espero, de hecho, que nos volvamos a ver —murmuró ella casi formalmente.

—Lamentaría mucho que no fuera así.

Permanecieron distantes durante un momento. Pero cuando él dio un giro con el automóvil para encaminarlo hacia la carretera, se volvió hacia ella que seguía esperando allí en la puerta, se despidió y retomó su camino; se sentía exaltado y feliz. Se alegraba de que hubiera belleza en el mundo que no fuera medida en la balanza del departamento de *casting*.

Sin embargo, en casa le invadió una extraña sensación de soledad, mientras el mayordomo le hacía un té en el samovar. Era la vieja herida que volvía, pesada y deliciosa. Cuando cogió el primero de los dos guiones que constituían su tarea nocturna, y los cuales visualizaría frase a frase en la pantalla, se detuvo un instante, pensando en Minna. Le explicó que no había significado nada, que nadie podría jamás llegar a ser como ella, que lo lamentaba.

\* \* \*

Aquél era sustancialmente un día en la vida de Stahr. No sé nada acerca de su enfermedad, cuando empezó, etc..., porque era bastante reservado con esas cosas, pero sé que se desmayó un par de veces aquel mes porque mi padre me lo contó. El príncipe Agge es mi fuente de información para el episodio en el comedor, cuando les dijo que iba a hacer una película con la que perdería dinero, lo cual resultaba sorprendente, teniendo en cuenta a los hombres con los que tenía que contender y el hecho de que él tenía un gran paquete de acciones y debería percibir, por contrato, una parte de los beneficios.

Wylie White me contó muchas cosas que yo me creí porque él apreciaba profundamente a Stahr, con una mezcla de celos y admiración. En cuanto a mí, por aquel entonces estaba perdidamente enamorada de él, así que ténganlo en cuenta y crean al pie de la letra todo lo que les cuento.

Una semana más tarde fui a verle, fresca y lozana como la mañana. O, al menos eso creía. Cuando Wylie me vino a buscar, me había puesto ropa de montar para dar la impresión de que llevaba paseando por el rocío desde muy temprano.

—Me arrojaré bajo las ruedas del coche de Stahr esta mañana —dije.

—¿Y por qué no usas este coche? —sugirió él—. Es uno de los mejores coches que Mort Fleishacker ha vendido jamás de segunda mano.

—No subiré en tu alfombra mágica —respondí como un libro abierto—. Tienes esposa en el Este.

—Forma parte del pasado —replicó—. Tienes una buena baza a tu favor, Celia; la gran consideración que tienes de ti misma. ¿Acaso crees que alguien se fijaría en ti, si no fuera porque eres la hija de Pat Brady?

Nosotras no toleramos el abuso como lo habrían hecho nuestras madres. Nada... ningún comentario de nuestros contemporáneos nos importa. Te dicen que seas inteligente, se casan contigo por tu dinero, o se lo dices tú. Ahora todo es más sencillo. «¿Acaso, no lo es?», como solíamos decir.

Sin embargo, mientras encendía la radio y el coche iba a toda velocidad por el Laurel Canyon al son de «The Thundering Beat of my Heart», pensé que él se equivocaba. Yo tenía unas facciones hermosas, aunque mi cara era demasiado redonda, y una piel que a todos les gustaba tocar<sup>[24]</sup>, unas buenas piernas, y no tenía necesidad de llevar sujetador. No soy dulce por naturaleza, pero ¿quién era Wylie para reprochármelo?

—¿No te parece inteligente que haya escogido ir a visitarle por la mañana? —le pregunté.

—Sí. Sobre todo para el hombre más ocupado de California. Te lo agradecerá. ¿Por qué no le despertaste a las cuatro de la madrugada?

—Precisamente por eso. Por la noche está cansado. Lleva todo el día viendo a gente, y sólo algunos no están mal. Yo llego por la mañana y lo encuentro fresco sin pensamientos que se interpongan en mi camino.

—No me gusta. Es descarado.

—¿Y qué tienes tú que ofrecer? Y no seas grosero.

—Te quiero —dijo sin demasiada convicción—. Te quiero más de lo que quiero a tu dinero, y eso es muchísimo. A lo mejor tu padre me haría supervisor.

—Podría casarme con el último hombre que ha entrado en Bones<sup>[25]</sup> este año y vivir en Southampton<sup>[26]</sup>.

Cambié de emisora y di con «*Gone*» o «*Lost*», había buenas canciones ese año. La música estaba mejorando de nuevo. Cuando era joven, durante la Depresión, la música no causaba tanto furor, y los mejores temas eran de los años veinte, con grandes como Benny Goodman tocando «*Blue Heaven*» y Paul Whiteman con «*When Day is Done*». Sólo había bandas. Sin embargo, ahora me gustaba casi todo lo que sonaba, excepto cuando mi padre cantaba «*Litde Girl, You've Had a Busy Day*» para crear una atmósfera paterno-filial de intimidad.

«*Lost*» y «*Gone*» no me parecían apropiadas para el momento, así que cambié de nuevo de emisora para dar con «*Lovely to Look At*», que era más mi tipo preferido de poesía. Miré hacia atrás cuando cruzamos la cresta de las colinas. Con una atmósfera tan nítida podías ver las hojas en Sunset Mountain a dos millas de distancia. Es asombroso... sencillamente, aire puro, despejado, sin complicaciones.

—«*Lovely to look at... de lightful to know*» —canté.

—¿Piensas cantarle a Stahr? —insinuó Wylie—. Si lo haces, incluye una frase sobre lo buen supervisor que podría llegar a ser yo.

—¡Oh! Esto será algo que quedará entre Stahr y yo —le dije—. Me va a mirar y va a pensar, «jamás había visto una mujer igual».

—Ésa es una frase que no se lleva este año —dijo él.

—... Entonces dirá «pequeña Cecilia», como hizo la noche del terremoto. Comentaré que no se había dado cuenta de que me había convertido en una mujer.

—No tienes nada que hacer.

—Me quedaré allí de pie, radiante. Después de que me bese como se besa a un niño...

—Todo eso sale en mi guión —se quejó Wylie—. Tengo que enseñárselo mañana.

—... Se sentará y se echará las manos a la cara y dirá que nunca pensó en mí de ese modo.

—¿Quieres decir que te lo llevarás a tu propio terreno con el beso?

—Estoy esplendorosa, ya te lo he dicho. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que estoy en eclosión como una flor?

—Todo esto empieza a sonarme bastante lujurioso —dijo Wylie—. ¿Qué tal si lo dejamos aquí?, tengo trabajo que hacer esta mañana.

—Entonces, él me dice que es como si estuviera escrito...

—Muy propio del mundo del que vienes. Sangre de productor —hizo como si se estremeciera—. No me gustaría que me hicieran una transfusión de esa sangre.

—Entonces, él dice...

—Me sé todas sus frases —dijo Wylie—. Lo que quiero saber es lo que tú le dices.

—Alguien entra en la sala —proseguí.

—Y tú das un salto repentino del sofá del *casting*, alisándote la falda.

—¿Quieres que me baje y me vaya a casa caminando?

Estábamos en Beverly Hills, que estaba precioso con aquellos grandes pinos hawaianos. Hollywood es una ciudad perfectamente estratificada, de manera que se sabe con exactitud cuánto dinero tiene la gente que vive en cada sección, desde ejecutivos y directores, pasando por técnicos en sus *bungalows*, hasta los extras. Ésta era la zona de los ejecutivos y la guinda del pastel. No era tan romántico como el pueblo más abandonado de Virginia o de New Hampshire, pero estaba bonito aquella mañana.

—«Me preguntaron cómo sabía —cantaron en la radio—... que mi amor verdadero era de verdad».

Mi corazón era puro fuego, el humo me nublaba la vista, y todo lo que sigue<sup>[27]</sup>, pero estimé mis posibilidades en un cincuenta por ciento. Caminaría derecha hacia Stahr como si fuera a arrollarlo o a besarlo en la boca... y entonces me detendría cuando estuviera cerca de él y le diría «hola» con tal contención que lo desarmaría.

Y así lo hice... aunque, evidentemente, no resultó como yo esperaba: los hermosos ojos oscuros de Stahr me devolvieron la mirada, sabiendo, estoy totalmente segura, todo lo que me pasaba por la cabeza en aquellos momentos... pero ni se inmutaron. Me quedé ahí, de pie, una hora, creo, sin moverme, y él no hizo más que contraer la comisura de sus labios y meterse las manos en los bolsillos.

—¿Quieres venir conmigo al baile esta noche? —le pregunté.

—¿Qué baile?

—El baile de los guionistas en el Ambassador.

—Sí, claro —pensó un momento—. No podré acompañarte. Podría llegar más tarde. Tenemos un pase privado en Glendale.

¡Qué diferente era todo de cómo una lo había planeado! Cuando se sentó, me acerqué y puse la cabeza entre sus teléfonos, como una especie de apéndice de su escritorio, y lo miré: y sus ojos oscuros me devolvieron la mirada y nada. A menudo los hombres suelen pasar por alto esos momentos en que pueden tener a una chica por nada. Todo lo que conseguí sacar de él fue esta pregunta:

—¿Por qué no te casas, Celia?

Quizás sacaría a relucir a Robby de nuevo, e intentar emparejarnos.

—¿Qué puedo hacer para interesar a un hombre interesante? —le pregunté.

—Dile que estás enamorada de él.

—¿Crees que debería acecharle?

—Sí —respondió sonriendo.

—No lo sé. Si no se da cuenta, no se da cuenta...

—Yo me casaría contigo —dijo inesperadamente—. Estoy más solo que la una. Pero soy demasiado viejo y estoy cansado para volver a empezar.

Rodeé el escritorio para quedarme a su lado.

—Vuelve a empezar conmigo.

Alzó la mirada, sorprendido, entendiendo, por primera vez, que estaba hablando absolutamente en serio.

—Oh, no —dijo. Por un momento, parecía sentirse muy desdichado—. Mi chica son las películas. No tengo mucho tiempo... —E inmediatamente corrigió sus palabras—, quiero decir que no tengo tiempo.

—No podrías quererme.

—No es eso —dijo, como salido de mi fantasía, pero con una diferencia—: Nunca he pensado en ti de ese modo, Celia. Te conozco desde hace tanto... Alguien me comentó que te ibas a casar con Wylie White.

—Y tú... ni te inmutaste.

—Sí que lo hice. Iba a hablar contigo de ello. Espera a que haya estado sobrio al menos dos años.

—Ni siquiera lo he contemplado como una posibilidad, Monroe.

Nos habíamos desviado del tema y, justo como en mi fantasía, alguien entró, sólo que esta vez, en el plano real, estaba segura de que Stahr había activado el botón de emergencia.

Siempre pensaré en aquel momento, cuando sentí a la señorita Doolan detrás de mí con su bloc de notas, como el final de mi infancia, el fin de ese periodo en que te dedicas a jugar con recortables. No miraba a Stahr, sino a un recortable de él que había recortado una y otra vez: los ojos que

desprendían una elegante comprensión hacia ti y, acto seguido, se proyectaban como un dardo hacia su ancha frente, junto a los diez mil argumentos y planes que la poblaban; el rostro que estaba envejeciendo desde dentro, sin arrugas casuales de preocupación o vejación sino con un ascetismo agudizado, como procedente de una lucha personal silenciosa, o de una larga enfermedad. A mí me parecía más atractivo que todos los morenazos bronceados desde Coronado hasta Del Monte. Él era mi recortable, tan real como si lo hubiera pegado en el interior de mi vieja taquilla del colegio. Eso fue lo que le conté a Wylie White, y cuando una chica le habla al hombre que le gusta en segundo lugar acerca del que le gusta en primer lugar... es que ésta está enamorada.

\* \* \* [28]

Me fijé en la chica antes de que Stahr llegara al baile. No era una belleza, si bien es cierto que de éstas no hay en Los Ángeles. Una chica puede ser hermosa por sí sola, pero una docena de chicas hermosas es más bien un coro de revista. Sin tener una belleza profesional, son capaces de quitarle el hipo a cualquiera, y de hacer que los hombres tengan que salir fuera a respirar aire fresco. Se trataba, simplemente, de una chica con la piel como uno de esos querubines que pinta Rafael y un estilo que invitaba a girarse dos veces para comprobar si se trataba de algo que llevaba puesto.

Me fijé en ella y la olvidé. Estaba sentada detrás de las columnas junto a una mesa cuya decoración principal era la presencia decadente de una actriz de reparto marchita, que con afán de que se fijaran en ella y quizás le dieran un pequeño papel, salía constantemente a bailar con caballeros que parecían espantapájaros. Aquello me recordó, con vergüenza, mi primera fiesta, cuando mi madre me obligó a bailar una y otra vez con el mismo chico para que se fijaran en mí. La «pseudostrella» entabló conversación con diferentes personas de nuestra mesa, pero estábamos demasiado ocupados interpretando nuestro papel de «alta sociedad» y no consiguió nada de nosotros.

Desde nuestra posición parecía como si todos ellos buscaran algo de nosotros.

—Se espera que uno haga todo tipo de concesiones —dijo Wylie—... como en los viejos tiempos. Cuando descubren que te resistes, se desalientan. A eso se debe esta desafiante decadencia... el único modo de recuperar su

dignidad es convirtiéndose en personajes a lo Hemingway<sup>[29]</sup>. Pero en el fondo te odian de un modo melancólico, y tú lo sabes.

Tenía razón: yo sabía que desde 1933 los ricos sólo podían ser felices entre ellos.

Vi llegar a Stahr en la penumbra de lo alto de la gran escalinata y quedarse allí de pie con las manos en los bolsillos mirando a su alrededor. Era tarde y las luces parecían haber perdido intensidad, aunque en realidad seguían siendo las mismas. En la pista, el espectáculo parecía haber llegado a su fin, de no ser por un hombre que aún llevaba un cartel que decía que a medianoche, en el Hollywood Bowl, actuaría la patinadora Sonja Henie. Veías como el cartel dejaba de ser divertido a medida que el hombre bailaba y se sentía el peso en su espalda. Unos años antes hubiera habido borrachos a su alrededor. Aquella actriz decrepita parecía buscarlos ilusionada por encima del hombro de su pareja. La seguí con mi mirada cuando volvía a su mesa...

... Y allí, para mi sorpresa, estaba Stahr hablando con la otra chica. Se sonreían mutuamente como si del origen del mundo se tratara.

\* \* \*

Stahr no se imaginaba nada parecido cuando estaba en lo alto de la escalinata, apenas hacía unos minutos. El «pase privado» le había decepcionado; después, había montado una escena con Jacques La Borwitz allí mismo delante de la sala, de la que se arrepentía ahora. Se dirigía al grupo de los Brady cuando vio a Kathleen sentada en medio de una gran mesa blanca, sola.

De repente todo cambió. Mientras se acercaba a ella, la gente se apartaba contra las paredes hasta convertirse en murales; la mesa blanca se alargaba transformándose en un altar donde la sacerdotisa aguardaba sola. Un ímpetu de vitalidad se apoderó de él y podría haber permanecido largo tiempo de pie, al otro lado de la mesa, mirando y sonriendo.

Los comensales volvieron a la mesa; Stahr y Kathleen bailaban.

Cuando se le arrimó, todas las imágenes que tenía de ella se difuminaron: pasó a ser momentáneamente irreal. Por lo general, el cráneo de una chica le daba un toque de realidad, pero eso no sucedió esta vez... Stahr continuó encandilado mientras bailaban deslizándose por la pista... hasta el extremo de ésta, donde atravesaron un espejo que les condujo a otro baile con otros

bailarines, cuyos rostros les resultaban familiares, pero nada más. En este nuevo territorio, él habló, deprisa y con urgencia.

—¿Cómo te llamas?

—Kathleen Moore.

—Kathleen Moore —repitió.

—No tengo teléfono, si es eso lo que está pensando.

—¿Cuándo vendrás al estudio?

—No es posible. De veras.

—¿Por qué no? ¿Estás casada?

—No.

—¿No estás casada?

—No. Ni nunca lo he estado. Pero tal vez lo estaré algún día.

—¿Con alguien de esa mesa?

—No —se echó a reír—. ¡Qué curioso!

Pero estaba tan interesada como él, cualesquiera que fueran sus palabras. Sus ojos le invitaban a una comunión romántica de increíble intensidad. Como si se percatara de ello, dijo, asustada:

—Tengo que volver a mi mesa. Prometí este baile.

—No quiero perderte. ¿No podríamos comer o cenar juntos?

—No es posible. —Pero su expresión rectificaba sus palabras inevitablemente con un «Quizás sea posible. La puerta aún está abierta, aunque esté medio entornada, podrías abrirte paso. Pero date prisa... hay poco tiempo».

—Tengo que volver —repitió en voz alta. Luego dejó caer los brazos, paró de bailar, y le miró, sonriendo con picardía.

—Cuando estoy contigo me cuesta respirar —añadió.

Se giró, recogió su largo vestido, y volvió a pasar por el espejo. Stahr la siguió hasta su mesa.

—Gracias por el baile —le dijo— y ahora, de verdad, buenas noches.

Y entonces casi echó a correr.

Stahr se dirigió a la mesa donde le esperaban y se sentó con la gente de la alta sociedad —gente de Wall Street, Grand Street, Loudon County, Virginia, y Odesa, Rusia—. Hablaban todos, con entusiasmo, de un caballo que había hecho una muy buena carrera, y el señor Marcus era el más entusiasta de todos. Stahr creía que los judíos veneraban a los caballos como símbolo, ya que durante mucho tiempo los cosacos eran los que montaban y los judíos los que iban a pie. Ahora los judíos tenían caballos, y eso les proporcionaba una sensación extraordinaria de bienestar y de poder. Stahr se sentó y fingía estar

escuchando e incluso asentía con la cabeza cuando alguien se dirigía a él, pero sin dejar de mirar en todo momento a la mesa que estaba detrás de las columnas. Si los hechos no hubieran sucedido tal como lo hicieron, incluyendo la circunstancia de haber relacionado el cinturón plateado con la chica que no correspondía, hubiera podido pensar que, en definitiva, todo era fruto de una elaborada estratagema. Pero el modo en que trataba de eludirle borraba toda sospecha. Pues allí, en un momento, vio como ella trataba de escapar de nuevo por los gestos alrededor de la mesa que indicaba un adiós. Se estaba marchando, se había ido.

Ahí va... —señaló Wylie con malicia—... Cenicienta. No tienes más que llevar su zapato a la Compañía de Calzados Regal, en el 812 de South Broadway.

Stahr la adelantó por el vestíbulo de la planta de arriba, donde las mujeres de cierta edad se sentaban, detrás de una zona acordonada, a mirar la entrada del salón de baile.

—¿Soy yo el responsable de tu huida? —le preguntó.

—De todos modos me iba —y añadió casi con resentimiento—. Me hablaban como si hubiese estado bailando con el príncipe de Gales. Todos me miraban. Uno de ellos me quería hacer un retrato, y otro quería verme mañana.

—Eso es precisamente lo que quiero yo —interrumpió Stahr con ternura—, pero yo lo deseo mucho más que él.

—Así que insistes... —añadió cansada—. Una de las razones por las que me fui de Inglaterra es que los hombres siempre querían imponer su criterio, querían que todo se hiciera como ellos decían. Pensaba que aquí sería diferente. ¿No te basta con saber que yo no quiero verte?

—Sí, en circunstancias normales —reconoció Stahr—. Por favor, créeme, estoy absolutamente dislocado. Me siento estúpido. Tengo que volver a verte y hablar contigo.

Ella dudaba.

—No hay motivo alguno para que te sientas estúpido —dijo ella—. Eres demasiado bueno para sentirte así. Pero deberías ver esto como lo que es.

—¿Y qué es?

—Te has enamorado de mí... totalmente. Sueñas conmigo.

—Te había olvidado —declaró—... hasta que crucé la puerta.

—¿Olvidarte de mí? Quizás tu mente sí. Pero supe desde el momento en que te vi que eras el tipo de hombre al que yo gusto...

Se detuvo. Junto a ellos un hombre y una mujer de la fiesta se estaban despidiendo: «Salúdala de mi parte... dale muchos recuerdos —dijo la mujer— os quiero, a los dos... a todos... y a los niños». Stahr no era capaz de hablar de ese modo, como lo hacía todo el mundo ahora. De camino al ascensor, no se le ocurrió nada más que decir, excepto:

—Supongo que tienes razón.

—¿O sea que lo reconoces?

—No, no lo reconozco —se retractó—. Es sencillamente tu manera de ser. Lo que dices... como caminas... tu aspecto en este mismo instante... —Vio como se enternecía un poco y crecieron sus esperanzas—. Mañana es domingo, y generalmente trabajo los domingos, pero si hay algo de Hollywood que te llame la atención, cualquier persona a quien quieras conocer o ver, por favor, permíteme que concierte una cita.

Estaban de pie junto al ascensor. Las puertas se abrieron, pero ella no subió.

—Eres demasiado modesto —dijo—. Siempre hablas de mostrarme el estudio y de llevarme de un lado a otro. ¿No estás nunca solo?

—Mañana me sentiré sumamente solo.

—Oh, pobrecito... me voy a echar a llorar... Podría tener a todas las grandes estrellas bailando a su son, y me escoge a mí.

Sonrió. Se había expuesto a que saliera con ésas.

El ascensor volvió a detenerse; ella lo hizo esperar.

—Soy una mujer débil —dijo—. Si nos vemos mañana, ¿me dejarás en paz? No, no lo harás. Será peor. No conllevará nada bueno, más que sufrimiento, así que digo no y gracias.

Entró en el ascensor. Stahr también entró, y sonrieron mientras bajaban los dos pisos hasta el vestíbulo principal, dividido por pequeñas tiendas. Al fondo, retenida por la policía, se hallaba la muchedumbre, con sus cabezas y sus hombros inclinados hacia delante para poder ver quien salía por el pasillo. Kathleen se echó a temblar.

—Me parecieron tan extraños cuando entré —dijo—. Fue como si estuvieran furiosos conmigo por no ser alguien famosa.

—Conozco otra salida —dijo Stahr.

Pasaron por un almacén, atravesaron un pasillo y salieron a la clara y fresca noche de California por un lado del aparcamiento. Él se sentía apartado del baile y ella también.

—Mucha gente del cine solía vivir por aquí —dijo—. John Barrymore y Pola Negri en aquellos *bungalows*. Y Connie Talmadge vivía en ese elevado

edificio de apartamentos junto a la carretera.

—¿Ya no vive nadie aquí?

—Los estudios se trasladaron al campo —dijo—... lo que para entonces era el campo. Pasé buenos ratos por aquí.

No mencionó que hacía diez años Minna y su madre habían vivido en otro edificio junta a la carretera.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó de repente.

—He perdido la cuenta... casi treinta y cinco, creo.

—Dijeron en la mesa que eras el niño prodigio.

—Seguiré siéndolo para ellos cuando tenga sesenta —dijo con severidad—. Nos veremos mañana, ¿verdad que sí?

—Está bien —asintió ella—. ¿Dónde?

De pronto no existía lugar alguno donde quedar. Ella no accedería a ir a una fiesta en casa de alguien, ni tampoco al campo, ni a nadar, aunque dudo, ni a un restaurante de renombre. Parecía muy difícil de satisfacer, pero estaba seguro de que escondía un motivo. Lo descubriría a su debido tiempo. Se le ocurrió que, tal vez, fuera la hermana o la hija de alguien conocido que se había empeñado en mantener al margen. Le sugirió que iría a buscarla y que decidirían entonces.

—Eso no funcionará —dijo—. ¿Qué tal si quedamos aquí?... en el mismo lugar.

Él asintió con la cabeza, señalando el arco bajo el que se encontraban.

La acompañó hasta su coche, por el que ni el comprador más benévolo le hubiera ofrecido más de ochenta dólares, y se quedó mirándolo mientras desaparecía rechinando.

Por la puerta se oían gritos de clamor cuando aparecía una estrella, y Stahr se preguntó si debía presentarse a dar las buenas noches.

\* \* \*

Aquí Cecilia retoma la narración en persona. Finalmente Stahr regresó —eran casi las tres y media— y me sacó a bailar.

—¿Cómo estás? —me preguntó, como si no me hubiera visto esa misma mañana—. Me he enfrascado en una larga conversación con un tipo.

Así que lo llevaba en secreto, le importaba hasta ese punto.

—Lo llevé a dar una vuelta —prosiguió con toda inocencia—. No me había dado cuenta de cómo ha cambiado esta zona de Hollywood.

—¿Ha cambiado?

—Sí, claro —dijo—... completamente. Irreconocible. No te sabría explicar exactamente el qué, pero ha cambiado todo... todo. Es como una ciudad completamente nueva. —Al cabo de un rato lo amplificó—: No tenía ni idea de cómo había cambiado.

—¿Quién era el tipo? —me aventuré a preguntar.

—Un viejo amigo —respondió vagamente—... alguien a quien conocí hace mucho tiempo.

Yo había intentado que Wylie lograra por todos sus medios averiguar discretamente quién era ella. Él se había acercado y la ex estrella le había pedido emocionada que se sentara. No; no sabía quién era la chica... una amiga de una amiga de alguien... ni tan siquiera el hombre que la trajo al baile sabía quién era.

Así que Stahr y yo bailamos al son de la hermosa música de Glenn Miller; sonaba «*I'm on a Sea-Saw*». Era agradable bailar ahora, con tanto espacio sólo para nosotros. Pero todo aquello quedaba teñido por un toque de soledad... una soledad más agudizada que antes de que esa chica se fuera. Tanto a mí como a Stahr nos había robado la velada y se la había llevado con ella, y al marcharse se había llevado consigo ese dolor punzante que había sentido yo. Había dejado la gran sala de baile vacía y sin emociones. Ya no quedaba nada, y yo bailaba con un hombre absorto en sus pensamientos que me explicaba lo mucho que había cambiado Los Ángeles.

\* \* \* [30]

Se encontraron a la tarde siguiente, como dos extraños en un país desconocido. La noche anterior había desaparecido, la chica con la que había bailado había desaparecido. Un sombrero vaporoso rosa y azul con un pequeño velo se dirigió por la terraza hacia él, y se detuvo en busca de su rostro. Stahr estaba extraño, también, vestía un traje marrón y una corbata negra que lo distanciaba de un modo más tangible que un traje de etiqueta, o, incluso, más que cuando no era más que un rostro y una voz en la oscuridad la noche en que se vieron por primera vez.

Él fue el primero que estuvo seguro de que se trataba de la misma persona que antes: la parte superior de su rostro era de Minna, luminoso, con las sienes cremosas y su opalescente cabellera rizada, de color castaño claro. La podría haber rodeado con su brazo, estrechándola contra él con una intimidad

casi de familia... Ya conocía el hueco de su nuca, el recorrido de su columna vertebral, hasta el rabillo de sus ojos y su modo de respirar... incluso, la propia textura de la ropa que llevaba puesta.

—¿Te has pasado la noche aquí esperándome? —dijo ella en un susurro.

—No me he movido... ni me he inmutado.

El problema seguía siendo el mismo... no existía un lugar especial al que pudieran ir.

—Me apetecería tomar un té —sugirió—... en un lugar, a ser posible, que no te reconozcan.

—Cualquiera diría que alguno de los dos tiene una mala reputación.

—¿Acaso no es así? —Se echó a reír.

—Bueno, vayamos a la costa —propuso Stahr—. Conozco un lugar donde, al salir, una vez me persiguió una foca.

—¿Crees que la foca nos podría servir un té?

—Bueno... está amaestrada, aunque no creo que logre hablar... dudo que su adiestramiento haya llegado a tal extremo. ¿Qué *demonios* tratas de ocultar?

Al cabo de un momento ella dijo con ligereza:

—Tal vez el futuro... —De un modo tan enigmático que podía significarlo todo y nada.

Mientras se alejaban, ella señaló su coche, aquel pedazo de chatarra que estaba estacionado en el aparcamiento.

—¿Crees que estará seguro?

—Lo dudo. He visto a unos barbudos desconocidos merodeando a su alrededor.

Kathleen lo miró alarmada.

—¿De veras? —Se dio cuenta de que sonreía—. Me creo todo lo que me dices —le dijo—. Con tus buenos modales no logro entender porqué te tienen tanto miedo todos. —Lo observó con aprobación, inquietándose un poco por su exagerada palidez, que quedaba acentuada por el resplandor de la tarde—. ¿Trabajas mucho? ¿Es verdad que siempre trabajas los domingos?

Él sació su curiosidad, de un modo un tanto impersonal, aunque no a la ligera.

—No siempre. Antes teníamos... nosotros teníamos una casa con piscina y todo lo demás... y la gente venía los domingos. Jugaba a tenis, me bañaba. Ahora no voy nunca a nadar.

—¿Por qué no? Es bueno. Creía que todos los americanos nadabais.

—He perdido masa muscular en las piernas... hace ya unos años, y me da vergüenza. Había otras cosas que solía hacer antes... muchas cosas: jugaba a balonmano cuando era niño e incluso aquí... tenía una pista que quedó devastada por una tormenta.

—Tienes una buena complexión —le dijo como un cumplido formal, aunque en realidad quisiera decir que tenía un cuerpo esbelto y elegante.

Él rechazó el cumplido con un gesto de la cabeza.

—Disfruto trabajando —dijo—. Mi trabajo es muy agradecido.

—¿Siempre quisiste dedicarte al cine?

—No. Cuando era joven quería ser encargado... el que sabe donde está todo.

Ella sonrió.

—Qué raro. Y ahora eres mucho más que todo eso.

—No, sigo siendo un simple encargado —dijo Stahr—. Ése es mi único talento si es que tengo alguno. Tan sólo cuando llegué a serlo, me di cuenta de que nadie sabía dónde estaba nada. Y entendí, entonces, que tenía que saber por qué todo tenía su lugar. Empezaron a delegarlo todo en mí, y era una oficina muy complicada. Muy pronto me hice con todas las llaves. No hubieran sido capaces de recordar a qué cerradura correspondía cada llave si se las hubiera devuelto.

Se detuvieron ante un semáforo en rojo y un vendedor de periódicos les gritó: «¡Mickey Mouse asesinado! ¡Randolph Hearst declara la guerra a China!».

—Tendremos que comprar ese periódico —observó ella.

Al reiniciar la marcha, se enderezó el sombrero, arreglándose un poco. Viendo que él la miraba, sonrió.

Ella estaba atenta y tranquila, cualidades que eran altamente consideradas en aquellos tiempos. El hastío invadía todo. California se estaba llenando de maleantes desesperados. También albergaba rígidos hombres y mujeres, que vivían en espíritu en el Este, y que habían llegado hasta allí con ganas de vivir, mientras libraban una batalla perdida contra las adversidades del clima. Sin embargo, todo el mundo compartía el secreto de que era difícil mantener un esfuerzo sostenido en ese lugar, secreto que Stahr apenas contemplaba. Él sabía que a la gente de otros lugares, muy de vez en cuando, les invadía un chorro de energía renovadora.

Ya no había resistencias entre ellos, el ambiente se había relajado. Ella no había hecho un solo movimiento o gesto que la pudiera apartar de aquella belleza que revelaba, nada que desfigurara sus rasgos de un modo u otro.

Todo resultaba de lo más apropiado. La examinaba como si se tratara de una de las tomas en una de sus películas. No tenía desperdicio, no era una mujer que te confundiera, sino que era clara, en ese sentido particular que él atribuía a la palabra, que implicaba equilibrio, delicadez y proporción; era «una chica agradable».

Llegaron a Santa Mónica, donde se encontraban las imponentes mansiones de unas cuantas estrellas de cine, confinadas en medio de un Coney Island serpenteante. Bajaron por la colina hacia el cielo abierto y el mar, y lo siguieron en paralelo hasta que la playa surgió de nuevo a la vista, entre los bañistas, en forma de franja amarilla que se ensanchaba y se estrechaba.

—Me estoy construyendo una casa aquí —dijo Stahr—... mucho más alejada. No sé por qué la estoy construyendo.

—Tal vez sea para mí —dijo ella.

—Tal vez.

—Creo que es magnífico por tu parte empezar a construir una mansión para mí sin tan siquiera saber cuál era mi aspecto.

—No es demasiado grande. Y no tiene tejado. No sabía qué tipo de techo querías.

—No queremos tejado. Me han dicho que no llueve nunca por aquí. Es...

Se detuvo tan súbitamente que él se percató de que ella había recordado algo.

—Se trata de algo que pertenece al pasado —añadió ella.

—¿De qué se trata? —preguntó él—. ¿... de otra casa sin tejado?

—Sí. De otra casa sin tejado.

—¿Fuiste feliz en ella?

—Viví con un hombre —explicó—, hace muchísimo, muchísimo tiempo... demasiado. Fue uno de esos terribles errores que comete la gente. Seguí viviendo con él durante un largo tiempo, aun después de decirle que me quería marchar, pero él no podía dejarme ir. Lo intentó, pero no podía. Así que finalmente me escapé.

Él escuchaba, sopesando la situación sin emitir ningún juicio. Nada cambió bajo el sombrero rosa y azul. Tenía unos veinticinco años. Hubiera sido un desperdicio si no hubiera amado y sido amada.

—Estábamos demasiado unidos —prosiguió ella—. Probablemente deberíamos haber tenido hijos... para interponerse entre nosotros. Pero no es posible tener hijos en una casa sin tejado.

Bien, ya sabía algo de ella. Ya no sería como la noche anterior cuando una vocecita le decía, como en una reunión donde se analiza el argumento de un guión: «No sabemos nada de la chica. No tenemos que saber mucho, pero deberíamos saber algo». Por fin se delineaba en torno a ella, aunque vagamente, algo de su historia, algo más tangible que la cabeza de Shiva a la luz de la luna.

Llegaron al restaurante, repleto de automóviles por ser domingo. Al salir del coche la foca amaestrada le gruñó a Stahr como recordándolo. Su dueño dijo que la foca jamás viajaría en el asiento trasero de su coche, sino que siempre se subía en el asiento delantero. Quedaba claro que al hombre le unía un vínculo muy fuerte con la foca, aunque no acabara de reconocerlo, ni siquiera ante sí mismo.

—Me encantaría ver la casa que estás construyendo —dijo Kathleen.

—Ya no quiero té... el té pertenece al pasado.

En lugar del té, Kathleen tomó una coca-cola y avanzaron diez millas hacia un sol tan intenso que él tuvo que sacar un par de gafas de la guantera. Cinco millas más allá rodearon un pequeño promontorio y llegaron al fuselaje de la casa de Stahr.

Un viento que soplaba de frente esparcía la espuma de las rocas por el coche. La mezcladora de cemento, la madera virgen y amarillenta y los escombros estaban allí, como una herida abierta en el paisaje marino de un domingo que estaba por acabar. Rodearon la fachada principal, de donde sobresalían unos enormes bloques de piedra que se convertirían en la terraza de la casa.

Ella miró a lo lejos hacia las tenues colinas del fondo y dibujó una leve mueca en su rostro ante el destello del páramo, y Stahr vio...

—De nada sirve buscar lo que no se encuentra aquí —dijo alegremente.

—Imagínate que estás de pie sobre uno de esos globos terráqueos... siempre quise uno de éstos cuando era niño.

—Sí, entiendo —contestó al cabo de un rato—. Cuando uno hace eso es como si pudiera percibir la rotación de la tierra, ¿no es así?

Él asintió.

—Sí. De lo contrario, no nos queda más que *mañana*<sup>[31]</sup>... esperando que llegue el amanecer o la luna.

Entraron por debajo del andamio. Una sala, prevista como salón principal, estaba completamente terminada, equipada incluso con las estanterías de obra y los rieles para las cortinas y la trampilla del suelo para la máquina de proyección. Y para su sorpresa, el salón daba a un porche con sillas provistas

de cojines y dispuestas en un orden determinado y una mesa de *ping-pong*. Había otra mesa de *ping-pong* en el césped recién plantado de más allá.

—La semana pasada improvisé una comida preinaugural —admitió él—. Hice traer algunos decorados; un poco de césped, entre otras cosas. Quería ver qué efecto causaba la casa sobre mí, cómo me sentía en ella.

Kathleen se echó a reír repentinamente.

—¿Así que ese césped no es de verdad?

—Oh, sí... es césped de verdad.

Más allá de la franja de césped había una excavación para una piscina, ocupada en aquel momento por una bandada de gaviotas, que al verlos emprendieron el vuelo.

—¿Y vas a vivir aquí tú solo? —le preguntó ella—. ¿Ni siquiera con unas cuantas bailarinas?

—Probablemente. Antes solía hacer planes, pero ya no los hago. Pensé que éste sería un buen lugar para leer guiones. Mi hogar está en el estudio.

—Eso es lo que he oído decir sobre los hombres de negocios americanos.

Él detectó cierto tono de crítica en su voz.

—Uno hace aquello para lo cual ha nacido —observó él pausadamente—. Más o menos una vez al mes, alguien trata de reformarme, explicándome cuán vacía será mi vejez cuando ya no pueda trabajar. Pero no es tan sencillo.

Se estaba levantando viento. Llegaba la hora de marcharse, y él ya había sacado las llaves del coche de su bolsillo, perpetuando, distraído, el tintineo de éstas en su mano. Se oyó el «ring» metálico de un teléfono, procedente de algún lugar remoto, más allá del sol.

No provenía de la casa y estuvieron buscándolo, corriendo de un lado a otro del jardín, como niños jugando a «caliente, caliente... frío, frío...» hasta que llegaron a la caseta de herramientas junto a la pista de tenis. El teléfono, irritado por la espera, les ladraba con recelo desde la pared. Stahr dudaba.

—¿Dejo que este maldito aparato siga sonando?

—Yo no podría hacerlo. A menos que estuviera segura de quién se trata.

—O bien es para otra persona, o quizá se trata de un error.

Descolgó el teléfono.

—Diga... ¿conferencia desde dónde? Sí, soy el señor Stahr.

Sus modales cambiaron perceptiblemente. Tenía ante ella algo que pocas personas habían visto en los últimos años: a un Stahr impresionado. No es que no fuera acorde con su personalidad, porque a menudo fingía estar impresionado, sino que aquello le hizo, momentáneamente, un poco más joven.

—Es el presidente —le comentó, apenas inmutándose.

—¿De tu compañía?

—No, de los Estados Unidos.

Él trató de restarle importancia ante ella, pero había cierto apremio en su voz.

—Está bien, esperaré —respondió al teléfono y acto seguido a Kathleen—: Ya he hablado con él en alguna ocasión.

Ella lo observaba. Él le dedicó una sonrisa y le guiñó el ojo, como muestra de que, pese a que debía prestar la mayor de las atenciones a aquel asunto, no la había olvidado.

—Hola —dijo al instante. Siguió escuchando. Entonces dijo «hola» de nuevo y frunció el ceño.

—¿Puede usted hablar más alto? —replicó cortésmente, y entonces—: ¿Quién?... ¿Cómo dice?

Ella vio como se le transformaba el semblante en una expresión de aversión.

—No quiero hablar con él —sentenció—. ¡No!

Se volvió hacia Kathleen:

—Lo creas o no, es un orangután.

Aguardó callado mientras alguien le explicaba algo largo y tendido; luego repitió:

—No quiero hablar con él, Lew. No tengo nada que decir que pueda interesarle a un orangután.

Le hizo señas a Kathleen y cuando se acercó al teléfono, se lo aguantó para que pudiera oír su extraña respiración y aquel gruñido bronco. Entonces una voz:

—No es una broma, Monroe. Sabe hablar y es la viva imagen de McKinley. Tengo al señor Horace Wickersham aquí a mi lado con una foto de McKinley en la mano...

Stahr le escuchaba pacientemente.

—Tenemos un chimpancé —dijo al cabo de un rato—. Mordió a John Gilbert el año pasado... Está bien, pónmelo al teléfono de nuevo.

Le habló con formalidad como si de un niño se tratara.

—Hola, orangután.

Le cambió la cara, y se volvió hacia Kathleen.

—Me ha dicho «hola».

—Pregúntale cómo se llama —sugirió Kathleen.

—Hola, orangután... Dios mío ¡Mira que ser un orangután!... ¿Sabes cómo te llamas?... No parece saber su nombre... Escucha, Lew. No estamos haciendo nada parecido a *King Kong*, y no necesitamos un mono en *The Hairy Ape*... Por supuesto que estoy seguro. Lo siento. Lew, adiós.

Se enfadó con Lew porque había pensado que se trataba del presidente y había modificado su conducta, actuando como si lo fuera. Se sintió algo ridículo, pero a Kathleen le dio pena y le gustaba más todavía por tratarse de un orangután.

\* \* \* [32]

Partieron de vuelta por la costa con el sol a sus espaldas. La casa parecía más amable al alejarse de ella, como si hubiera ganado calidez tras su visita. El intenso resplandor del lugar era más soportable si no se veían amarrados a él como gente en la superficie resplandeciente de una luna. Mirando atrás desde una curva de la costa, vieron como el cielo se cubría de rosa tras la indecisa estructura, y aquella punta de tierra parecía una agradable isla a la que no le faltaban promesas de bellos momentos en un día que estaba aún por llegar.

Pasado Malibú con sus pintorescas y llamativas cabañitas y sus barcazas de pesca, entraron de nuevo en territorio humano: los coches se apelotonaban a lo largo de la carretera y las playas parecían un hormiguero sin orden ni concierto, salvo por las oscuras cabezas que se sumergían en el mar.

Los bienes urbanos aumentaban a simple vista —esterillas, sombrillas, hornillos, bolsas llenas de ropa—, los prisioneros habían depositado sus grilletes junto a ellos sobre aquella arena. Podría haber sido el mar de Stahr, si así lo hubiera deseado, o si hubiera sabido qué hacer con él. Era sólo por tolerancia que el resto de mortales mojaban los pies y los dedos en las reservas salvajes de agua fría del universo humano.

Stahr se desvió de la carretera que bordeaba el mar y subió por un desfiladero hasta llegar a una carretera en la colina, dejando atrás todo aquel gentío. La colina se había convertido en las afueras de la ciudad. Se detuvo a reponer gasolina y permaneció de pie al lado del coche.

—Podríamos cenar —dijo casi ansiosamente.

—Seguro que tienes trabajo que hacer.

—No... No tengo nada planeado. ¿Quieres que salgamos a cenar?

Él sabía que ella tampoco tenía planes, ningún plan nocturno, ningún lugar especial al que ir.

Ella transigió.

—¿Quieres tomar algo en aquel *drugstore* de enfrente?

Él miró al otro lado de la calle, dubitativo.

—¿Es eso lo que realmente te apetece?

—Me encanta comer en esos *drugstores* americanos. ¡Me parecen tan originales y extraños a la vez!

Se sentaron en unos taburetes y tomaron una sopa de tomate y unos bocadillos calientes. Era lo más íntimo que habían hecho hasta entonces, y a ambos les invadió una especie de soledad peligrosa, y la sintieron el uno en el otro. Compartieron los diferentes aromas del lugar, amargos, dulces y agrios, y el misterio de la camarera, con el pelo teñido de rubio y unas raíces oscuras muy obvias, y cuando todo hubo terminado, el bodegón de sus platos vacíos: un trocito de patata, una rodaja de pepinillo y un hueso de aceituna.

\* \* \* [33]

Estaba oscureciendo en la calle, a ella le pareció inofensivo sonreírle ahora al subir al coche.

—Muchísimas gracias. Ha sido una tarde muy agradable.

No estaban lejos de su casa. Empezaron la subida a la colina y el ruido del coche en segunda fue el principio del fin. Las luces de los *bungalows* a lo largo de la pendiente estaban encendidas. Él encendió los faros del coche. Stahr sentía un gran peso en la boca del estómago.

—Saldremos en otra ocasión.

—No —se apresuró a responder ella, como si hubiera esperado su proposición—. Te escribiré una carta. Siento haber sido tan misteriosa... En realidad es halagador para ti porque me gustas mucho. Deberías intentar no trabajar tanto. Y quizás deberías casarte de nuevo.

—Oh, no me lo deberías decir tú —interrumpió en señal de protesta—. Hoy sólo hemos sido tú y yo. Quizás no haya significado nada para ti... para mí ha significado muchísimo. Me gustaría tomarme mi tiempo para contártelo.

Pero si fuera a dedicarle tiempo, tendría que ser en casa de Kathleen, ya que habían llegado y ella sacudía la cabeza mientras el coche llegaba hasta la puerta.

—Debo irme. Tengo un compromiso. No te lo había dicho.

—No es cierto; pero está bien.

La acompañó hasta la puerta y no rebasó la línea, tras la cual se mantuvo la noche anterior, mientras ella hurgaba en su bolso, buscando la llave.

—¿La tienes?

—La tengo —dijo ella.

Aquél era el momento de entrar, pero ella quería verlo una vez más y ladeó la cabeza hacia la izquierda, luego hacia la derecha, intentando captar su rostro a la luz del atardecer. Se inclinó demasiado y durante un buen rato, y resultó natural cuando él la sujetó por detrás del brazo y del hombro arrastrándola hasta la oscuridad de su garganta. Ella cerró los ojos, sintiendo el bisel de la llave en su mano apretada. Exclamó un «¡Oh!» en un leve suspiro, y «Oh» de nuevo, mientras él la estrechaba entre sus brazos, barbilla con mejilla, acariciándose dulcemente. Ambos sonreían levemente, y ella frunció el ceño mientras sonreía y el poco espacio que los separaban se fundió en la oscuridad.

Cuando se separaron, volvió a decir que no con la cabeza, pero esta vez más por asombro que como negativa. Entonces era así como sucedía, era error propio, y retrocediendo un poco ¿en qué momento? Así sucedía y cada vez más la carga de arrancarse de cuajo de aquel estar juntos, de eso que tenían, se hacía más pesada e inimaginable. Él estaba exultante; a ella le irritaba y no podía culparle por ello, pero no formaría parte de su exultación, porque era una derrota. Por el momento, era una derrota. Entonces ella pensó que si no permitía que fuera una derrota, desapareciendo y entrando en casa, no por eso se convertiría en una victoria. Fuera lo que fuera, no sería nada.

—Esto no era lo que yo tenía pensado —dijo ella—. De ningún modo.

—¿Puedo entrar?

—Oh, no... ¡no!

—Entonces subamos al coche y vayamos a cualquier otro lugar.

Con cierto consuelo, ella tomó el sentido literal de la frase; largarse de allí inmediatamente, eso era un logro, o al menos sonaba a logro, como si huyera de la escena del crimen. Ya en el coche, bajando la colina con la fresca brisa acariciando sus rostros, ella volvió poco a poco en sí. Ahora lo veía todo claro, en blanco y negro.

—Volvamos a tu casa de la playa —dijo ella.

—¿Otra vez allí?

—Sí... volvamos a tu casa en la playa. Dejemos de hablar. Dejemos simplemente que el coche nos lleve.

Cuando alcanzaron la costa de nuevo, el cielo estaba gris, y en Santa Mónica les sorprendió una lluvia repentina. Stahr paró el coche a un lado de la carretera, se puso la gabardina, y subió la loneta del capó.

—Tenemos un techo —dijo él.

El limpiaparabrisas hacía un tic familiar como el del reloj del abuelo. Unos coches abandonaban las playas encharcadas por la lluvia y se dirigían de vuelta a la ciudad.

A continuación se adentraron en la niebla, la carretera perdió sus límites a ambos lados, y los faros de los coches que se aproximaban hacia ellos parecían inmóviles hasta que los pasaban centelleando.

Habían dejado atrás una parte de ellos mismos y se sentían aliviados y libres dentro del coche. La niebla entraba siseando por un resquicio y Kathleen se sacó el sombrero rosa y azul con parsimonia para dejarlo bajo la loneta en el asiento de atrás, lo cual hizo que Stahr se la quedara mirando fijamente. Se soltó el pelo, y cuando se dio cuenta de que Stahr la estaba mirando, sonrió.

El restaurante de la foca amaestrada no era más que un destello de luz en el océano. Stahr bajó una ventanilla buscando rastros del camino, pero unas millas más allá la neblina se disipó, y justo delante de ellos apareció el cruce que conducía a su casa. Se divisaba la luna entre las nubes. Aún se apreciaba una luz cambiante sobre el mar.

La casa se había diluido entre los elementos que la formaban. Encontraron las vigas de la entrada goteando e intentaron salvar los misteriosos obstáculos que les llegaban hasta la cintura dirigiéndose hacia la única sala que estaba terminada, que olía a madera mojada y serrín. Cuando la estrechó entre sus brazos, lograron mirarse a los ojos en medio de la penumbra. En aquel momento su gabardina cayó al suelo.

—Espera —dijo ella.

Necesitaba un minuto. No veía claro a dónde les llevaba todo aquello, y aunque eso no le impidiera sentirse feliz y rebosar de deseo, necesitaba un minuto para pensar en lo que estaba sucediendo, para retroceder una hora y saber cómo había ocurrido. Esperó en sus brazos, moviendo la cabeza de un lado a otro como lo había hecho anteriormente, sólo que más lentamente, y sin apartar su mirada de la suya. Fue entonces cuando ella se percató de que él estaba temblando.

Asimismo, él se dio cuenta en ese preciso instante, y sus brazos se relajaron. De repente, ella le habló con brusquedad y provocación al tiempo que él acercaba su rostro al suyo. Después, ella, aún de pie entre sus brazos, se deshizo de algo con su rodilla y lo apartó al lado de la gabardina. Él ya no temblaba y la abrazó de nuevo, arrodillándose los dos a la vez y deslizándose hacia la gabardina extendida en el suelo.

\* \* \*

Después permanecieron tumbados sin hablar, y entonces en un arrebato de ternura él la abrazó con tanta fuerza que le desgarró un respunte del vestido. Aquel pequeño sonido les trajo de vuelta a la realidad.

—Ya te ayudo —le dijo él, cogiéndole la mano.

—Ahora no. Estaba pensando en algo.

Ella yacía en la oscuridad, pensando irracionalmente que sería un niño brillante e infatigable, pero ahora dejó que la ayudara a levantarse... Cuando regresó a la habitación, la sala estaba iluminada con una única bombilla.

—Un sistema de iluminación de una sola bombilla —dijo él—. ¿La apago?

—No. Está muy bien. Quiero verte.

Se sentaron en la repisa de madera de la ventana, tocándose con las suelas de sus zapatos.

—Pareces ausente —añadió ella.

—Tú también.

—¿Te sorprende?

—¿El qué?

—Que volvamos a ser dos. ¿No te pasa que siempre piensas... o esperas que seamos una sola persona, y luego te encuentras con que seguimos siendo dos?

—Me siento muy cerca de ti.

—Yo también —asintió ella.

—Gracias.

—Gracias *a ti*.

Se echaron a reír.

—¿Esto es lo que querías? —Ella preguntó—. Hablo de anoche.

—No de un modo consciente.

—Me pregunto cuándo se precipitó todo —meditó ella—. Hay momentos en los que parece que nada vaya a suceder, y otros en los que te das cuenta de que todo se precipita y nada en el mundo podría impedir que ocurriera.

Aquellas palabras sonaban a alguien con experiencia y cuál fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que le gustaba aún más por ello. En aquel estado, en que le apasionaba repetir aunque no recapitular el pasado, no era de extrañar que así fuera.

—Soy un poco golfa —añadió ella, como si le leyera el pensamiento.

—Supongo que ése es el motivo por el cual no me llevaba bien con Edna.

—¿Quién es Edna?

—La chica con la que me confundiste. A la que llamaste... que vivía al otro lado de la calle. Se ha trasladado a Santa Bárbara.

—¿Quieres decir que era una fulana?

—Eso parece. Frecuentaba esos lugares que conocéis como «casas de citas».

—Es curioso.

—Si hubiera sido inglesa, me hubiera dado cuenta a la primera. Pero parecía normal, una chica como las demás. No me lo contó hasta un momento antes de marcharse.

La vio temblar y se levantó para cubrirle la espalda con su gabardina. Abrió un armario y una pila de almohadas y de colchonetas de playa cayó al suelo. Había una caja de velas y las fue encendiendo por toda la sala, enchufando el calefactor eléctrico allí donde tenía enchufada la bombilla.

—¿Por qué me tenía miedo Edna? —preguntó de repente.

—Por ser productor. Ella, o una amiga suya, había tenido una mala experiencia con un productor. Además creo que era sumamente boba.

—¿Cómo llegasteis a conoceros?

—Vino a verme. Tal vez pensara que era una descarriada como ella. Parecía muy agradable. «Llámame Edna», me repitió una y otra vez... «Por favor, llámame Edna», así que finalmente la llamé Edna y nos hicimos amigas.

Se retiró de la repisa de la ventana para que él pudiera poner las almohadas a modo de asiento y respaldo.

—¿Qué quieres que haga? —dijo—. Soy un parásito.

—No, no lo eres —la rodeó con sus brazos—. Quédate aquí y entra en calor.

Se sentaron un rato tranquilos.

—Sé porque te fijaste en mí —comentó ella—. Edna me lo contó.

—¿Qué te contó?

—Que me parecía a... Minna Davis. Me lo ha dicho mucha gente.

Él se apartó un poco de ella y asintió con la cabeza.

—Es por esto —apuntó, poniendo las manos sobre los pómulos y deformando ligeramente sus mejillas—. Por esto y por esto.

—Sí —asintió Stahr—. Fue muy extraño. Te pareces mucho más a como *era* ella en persona que a ella cuando aparecía en la pantalla.

Se levantó, cambiando de tema con un gesto como si tuviera miedo.

—Ya he entrado en calor. —Fue hasta el armario y miró lo que había en él y volvió con un pequeño delantal que tenía unos motivos cristalinicos que parecían copos de nieve. Se quedó mirando a su alrededor con escepticismo.

—Claro, acabamos de instalarnos —dijo—... y hay una especie de eco...

Ella abrió la puerta del porche y entró dos sillas de mimbre y las secó. Él seguía sus movimientos con la mirada, concentrado, aunque un poco temeroso de que su cuerpo fuera a fallar rompiendo el hechizo del momento. Había observado a muchas mujeres en pruebas para el cine, viendo que su belleza se desvanecía segundo a segundo, como si una hermosa estatua hubiese echado a andar con las endebles articulaciones de una muñeca de cartón. Pero Kathleen se erigía con firmeza sobre sus talones. La fragilidad era, como debe ser, puramente ilusoria.

—Ha parado de llover —apuntó ella—. Llovió el día que llegué a este país. Y qué lluvia tan terrible... tan estruendosa... como caballos orinando.

Él se echó a reír.

—Te gustará la lluvia. Especialmente si tienes que quedarte aquí. ¿Vas a quedarte? ¿No puedes decírmelo ahora? ¿Cuál es el misterio?

Ella hizo que no con la cabeza.

—Ahora no... No vale la pena decirlo.

—Ven aquí entonces.

Ella fue y permaneció junto a él y él acercó su mejilla a la fría tela del delantal.

—Eres un hombre fatigado —le dijo ella, al tiempo que le acariciaba el pelo.

—No en ese sentido.

—No me refería a eso —se apresuró a responder—. Lo que quiero decir es que te vas a poner enfermo de tanto trabajar.

—No ejerzas de madre —dijo él.

Sé una golfa, pensó él. Quería romper sus propios esquemas. Si iba a morir pronto, como los dos médicos habían vaticinado, quería dejar de ser

Stahr por un tiempo y lanzarse en busca del amor como los hombres que no tienen nada que ofrecer, como aquellos hombres sin nombre que vagan por las calles en la oscuridad.

—Me has quitado el delantal —dijo ella con dulzura.

—Sí.

—¿Crees que pasará alguien por la playa? ¿Apago las velas?

—No, no apagues las velas.

Acto seguido, se recostó sobre el cojín y le sonrió.

—Me siento como Venus en la concha —dijo ella.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Mírame... ¿verdad que es Botticelli?

—No lo sé —dijo, sonriendo—. Si tú lo dices...

Ella bostezó.

—Me lo estoy pasando tan bien... me gustas mucho.

—Tú sabes mucho, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a pequeños comentarios que has hecho, o quizás el modo en que te expresas.

Ella recapacitó.

—No tanto —añadió—. No he ido a la universidad, si te refieres a eso. Pero el hombre del que te hablé sabía de todo y sentía especial devoción por instruirme. Me montó horarios y me hacía asistir a cursos en la Sorbona y visitar museos. Algo se me quedó.

—¿A qué se dedicaba?

—Era pintor y un cascarrabias. Y muchas cosas más. Quería que leyera Spengler... ésa era la finalidad. Toda la historia y filosofía y armonía eran para que pudiera leer Spengler, y, sin embargo, le dejé antes de que llegáramos a Spengler. En definitiva, creo que ésa era la razón principal por la que no quería que me marchase.

—¿Quién era Spengler?

—Ya te he dicho que nunca llegamos a leerlo —se echó a reír— y ahora poco a poco voy olvidándolo todo porque no es nada probable que vuelva a conocer a nadie como él.

—¡Vaya! Pero no deberías olvidar todas esas cosas —replicó Stahr, sorprendido. Sentía un profundo respeto por el saber, una reminiscencia racial de los viejos *universitarios*—. No deberías olvidarlas.

—Era una manera de suplir el vacío de los hijos.

—Podrías instruir a tus hijos —dijo él.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Podrías traspasarles todo ese saber cuando fueran pequeños. En mi caso, cuando necesito saber algo, tengo que recurrir a un escritor borrachuzo cualquiera. No desperdicies tu saber.

—De acuerdo —dijo ella, reincorporándose—. Se lo traspasaré a mis hijos. Pero es tan inagotable... cuanto más sabes, más queda por saber, y sigue sumando. Aquel hombre podría haber llegado a ser cualquier cosa si no hubiera sido un cobarde y un mentecato.

—Pero tú le amabas.

—Pues sí... con todo mi corazón —miró por la ventana, con una sombra de tristeza en sus ojos—. Hay luz ahí fuera. Vayamos a la playa.

Él dio un salto, exclamando:

—¡Claro! Creo que es la hora del «pez gruñón».

—¿El qué?

—Es esta noche. Lo dicen todos los periódicos —salió corriendo y ella oyó como habría la puerta del coche. Enseguida volvió con un periódico en la mano.

—Es a las diez y dieciséis minutos. De aquí a cinco minutos.

—¿Un eclipse o algo por el estilo?

—Unos peces muy puntuales —respondió él—. Deja tus zapatos y tus medias y ven conmigo.

Era una noche azul espléndida. La marea estaba a punto de cambiar y los pececillos plateados se mecían mar adentro esperando a que fueran las 10:16. Unos segundos después de la hora esperada, un enjambre de peces llegó con la marea y Stahr y Kathleen caminaron descalzos entre ellos mientras chapoteaban en la arena. Un negro se les acercaba por la orilla, recogiendo los peces a toda velocidad en dos cubos como si estuviera recogiendo ramitas. Llegaban de dos en dos y de tres en tres y en batallones y en compañías, incesantes, exaltados y resentidos alrededor de los pies desnudos de los intrusos, así como habían llegado antes de que Sir Francis Drake hubiera clavado su placa en la piedra de la orilla.

—Ojalá tuviera otro cubo —dijo el negro, descansando un instante.

—Ha llegado usted bastante lejos —dijo Stahr.

—Solía ir a Malibú, pero a esa gente del cine no les gusta.

Una ola rompió cerca de ellos haciéndoles retroceder para abrirles camino, dejando la arena virgen de nuevo.

—¿Ha valido la pena el camino? —preguntó Stahr.

—No me lo he planteado en esos términos. En realidad he venido hasta aquí para leer a Emerson. —¿Lo ha leído?

—Yo sí —dijo Kathleen—. Algo.

—Lo llevo encima. También llevo algo de literatura de los Rosacruces, pero estoy harto de ellos.

El viento había cambiado sutilmente... a lo lejos, las olas parecían más bravas y ellos seguían paseando por la orilla sobre el filo espumeante del mar.

—¿A qué se dedica? —le preguntó el negro a Stahr.

—Trabajo en el cine.

—¡Oh! —Al cabo de un rato añadió—. Yo no voy nunca al cine.

—¿Por qué no? —Stahr preguntó con brusquedad.

—No es de provecho. A mis hijos no les dejo ir jamás.

Stahr se lo quedó mirando y a su vez Kathleen miró a Stahr de un modo protector.

—Algunas películas son buenas —dijo ella, mientras eran rociados por una ola; pero él no la oyó. Se dio cuenta de que podía contradecirle y lo volvió a decir, y esta vez él la miró con indiferencia.

—¿Acaso la fraternidad de los Rosacruces está en contra del cine? —preguntó Stahr.

—Al parecer no saben ni de qué *están* a favor. Una semana están a favor de esto y a la siguiente de aquello.

Sólo los pececillos estaban seguros. Ya había pasado más de media hora y seguían llegando. Los cubos del negro estaban repletos de peces, y éste finalmente se alejó de la playa hacia la carretera, sin darse cuenta de la buena sacudida que le había dado a toda una industria.

Stahr y Kathleen caminaron de vuelta a la casa, pensando ella cómo levantarle el ánimo.

—Pobre viejo zambo —dijo.

—¿Qué?

—¿No les llamáis pobres viejos zambos?

—No les llamamos de ninguna manera especial. —Al cabo de un rato añadió—: tienen sus propias películas.

Ya en la casa, ella colocó sus zapatos y sus medias junto a la estufa.

—A mí me gusta más California —dijo deliberadamente—. Creo que estaba un poco hambrienta de sexo.

—Aunque eso no era todo, ¿verdad?

—Sabes de sobras que no.

—Es agradable estar junto a ti.

Emitió un pequeño suspiro mientras se levantaba, tan ínfimo que él no lo percibió.

—No quiero perderte —reclamó él—. No sé lo que piensas de mí, ni siquiera sé si piensas en mí. Como probablemente habrás adivinado, mi corazón sigue de luto... —Recapacitó por un instante, preguntándose si esto era realmente cierto—... pero eres la mujer más atractiva que he conocido desde no sé cuando. No puedo dejar de mirarte. No sé con exactitud de qué color tienes los ojos, pero me hacen sentir compasión por el resto del mundo...

—¡No sigas, para! —exclamó, riéndose—. Harás que no pare de mirarme en el espejo durante semanas enteras. Mis ojos no son de ningún color especial... son simplemente ojos para ver, y yo no puedo ser más normal. Tengo una dentadura bonita para ser una chica inglesa...

—Tienes una dentadura preciosa.

—Pero a las chicas de por aquí, no les llego ni a la punta del zapato...

—¡Déjalo ya! —La interrumpió él—. Lo que he dicho es cierto y eso que soy un hombre prudente.

Ella permaneció inmóvil por un momento, meditabunda. Le miró, luego volvió a encerrarse en sí misma, para después mirarle de nuevo... y finalmente olvidó sus pensamientos.

—Debemos irnos —concluyó.

\* \* \*

Ahora eran personas diferentes las que partían de vuelta. Cuatro veces habían hecho el trayecto de la costa ese mismo día, y cada vez eran una pareja diferente. Habían dejado atrás curiosidad, tristeza, y deseo; se trataba de un auténtico regreso... a ellos mismos, a su pasado, a su futuro y a la presencia incipiente del mañana. Le pidió que se sentara cerca de él en el coche, y ella así lo hizo, pero no parecían estar cerca el uno del otro, ya que tal cercanía debe ser construida paulatinamente. Nada permanece inmutable. Estuvo a punto de pedirle que fuera a la casa que tenía alquilada a pasar la noche con él, pero pensó que esto le haría parecer solitario. Mientras el coche ascendía por la colina de camino a su casa, Kathleen buscaba algo en el asiento de atrás.

—¿Qué has perdido?

—Quizás se me haya caído —dijo ella—, buscando a tientas en su bolso.

—¿De qué se trata?

—De un sobre.

—¿Era importante?

—No.

Pero cuando llegaron a su casa y Stahr encendió la luz del salpicadero del coche, ella sacó los cojines del asiento para buscar de nuevo.

—No importa —dijo, mientras se dirigían hacia la puerta.

—¿Cuál es tu dirección, dónde estás instalado?

—Sólo Bel-Air. Sin número.

—¿Dónde está Bel-Air?

—Es una especie de urbanización nueva en Santa Mónica. Pero será mejor que me llames al estudio.

—Está bien... Buenas noches, señor Stahr.

—*Señor Stahr* —repitió él, atónito.

Ella se corrigió a sí misma sutilmente.

—Bien, entonces, buenas noches, Stahr. ¿Mejor así?

Él se sintió un poco rechazado.

—Como quieras —dijo él. No dejó que aquella indiferencia se apoderara de la situación. Se quedó mirándola y movió su cabeza de un lado al otro imitando el propio gesto de ella, diciendo sin palabras—: Tú sabes lo que me ha pasado. Ella suspiró. Luego se lanzó a sus brazos y por un momento fue completamente suya. Antes de que cambiase algo, Stahr le susurró buenas noches al oído, dio media vuelta y se dirigió al coche.

Bajando por las curvas de la colina, oyó en su interior como si la obra de un compositor desconocido, una música poderosa, extraña y fuerte fuera a ser interpretada por primera vez. El tema iba a ser expuesto al instante, pero como el compositor era cada vez distinto, Stahr no reconocería el tema enseguida. Se presentaría por ejemplo como los cláxones de los coches allá en los bulevares en tecnicolor de abajo, o sería apenas audible, un tatuaje sobre el tambor destemplado de la luna. Hizo un esfuerzo para oírlo, sabiendo que la música estaba comenzando, una música nueva que le gustaba sin lograr entenderla. Era difícil reaccionar ante algo que no se entiende bien, esto era nuevo y confuso, nada que uno pudiera interrumpir a la mitad y retomar siguiendo una vieja partitura.

Y también, de forma persistente, y ligado con lo anterior, estaba el negro de la playa. El negro estaba esperando a Stahr en casa, con sus cubos de peces plateados, le estaría esperando en el estudio a la mañana siguiente. Había dicho que no permitía que sus hijos escucharan las historias de Stahr. Aquel

tipo estaba lleno de prejuicios y muy equivocado y había que enseñarle las cosas de algún modo. Una película, muchas películas, toda una década de películas había que producir para demostrarle que estaba equivocado. Desde que aquel hombre había hablado, Stahr había desechado cuatro guiones de su planificación, y uno de ellos ya entraba en producción esa misma semana. Eran películas de interés limitado, pero, por lo menos, había sometido estas películas al criterio del negro y se había dado cuenta de que eran basura. Y añadió a su lista una película difícil que había arrojado a los lobos —es decir, a Bradley, a Marcus y sus secuaces— para que buscasen otro tema. La rescató a causa del negro.

Cuando llegó con su coche a la puerta, las luces del porche se encendieron, y el filipino bajó las escaleras para aparcar el coche. En la biblioteca, Stahr encontró la lista de las llamadas telefónicas que había recibido a lo largo del día:

*La Borwitz*

*Marcus*

*Harlow*

*Reinmund*

*Fairbanks*

*Brady*

*Colman*

*Skouras*

*Fleishacker, etc.*

El filipino entró en la sala con una carta.

—Se ha caído esto en el coche —dijo.

—Gracias —dijo Stahr—. La estaba buscando.

—¿Va a poner alguna película esta noche, señor Stahr?

—No, gracias... puede retirarse.

Para su sorpresa, la carta estaba dirigida a Monroe Stahr, Esq. Empezó a abrirla... Entonces recordó que ella había querido recuperarla, posiblemente para destruirla. Si hubiese tenido su teléfono, la habría llamado para pedirle permiso para abrirla. La tuvo en la mano un momento. La había escrito antes del encuentro... Era extraño pensar que cualquier cosa que dijera la carta, quedaba ahora invalidada: suscitaba el interés de un recuerdo que representaba un estado de ánimo ya inexistente.

Sin embargo, no le gustaba abrirla sin preguntarle primero. La dejó junto a una pila de guiones y se sentó con el primer guión de la pila en su regazo. Estaba orgulloso de haber resistido el primer impulso de abrir la carta. Aquello parecía confirmar que no estaba «perdiendo la cabeza». Jamás había perdido el juicio por Minna, ni siquiera al principio. Había sido la pareja más majestuosa y con más compostura que se pueda imaginar. Ella siempre lo había amado y justo antes de su muerte, sorprendido y sin apenas quererlo, toda su ternura hacia ella había eclosionado y se había enamorado de ella. Enamorado de Minna y de la muerte a la vez; enamorado de ese mundo en el que ella parecía tan sola, y al que él quería acceder para acompañarla.

Pero los «líos de faldas» no habían sido nunca su obsesión. Su hermano se había venido abajo por una mujer, o más bien por una tras otra. Pero Stahr, en sus años mozos, las poseía sólo una vez y nunca más de una, como un trago. Tenía otro tipo de aventura en mente, algo mejor que unas cuantas correrías emocionales. Como tantos hombres brillantes, se había convertido en un tipo terriblemente frío. Había crecido probablemente, más o menos desde los doce años, enfrentándose al rechazo constante tan común entre aquéllos con extraordinarios poderes mentales, el «Mira, está todo mal... un desastre... una mentira... y una vergüenza...». Así que aprendió a desapegarse de todo, como hacen los hombres de su estilo; y entonces en lugar de convertirse en un hijo de perra como la gran mayoría de ellos, había centrado su mirada en el terreno baldío que resultaba de todo aquello y se había dicho: «*Esto nunca funcionará*». Y de ese modo, había aprendido lecciones sobre la tolerancia, la bondad, la paciencia, e incluso sobre el afecto.

El filipino trajo una jarra de agua y unas fuentes de fruta y nueces y le dio las buenas noches. Stahr abrió el primer guión y empezó a leer.

Leyó durante tres horas, deteniéndose de vez en cuando, corrigiendo sin lápiz. A veces levantaba la mirada, embriagado por algún pensamiento vago de felicidad que no estaba en el guión, y del que le llevaba un minuto reconocer su procedencia, cada vez que lo pensaba. Entonces sabía que era Kathleen, y miraba la carta... era maravilloso tener una carta.

Eran las tres de la madrugada cuando una vena palpitante en el dorso de su mano le anunció que era el momento de dejarlo allí. Kathleen quedaba realmente lejos en medio de una noche que estaba llegando a su fin. Sus diferentes aspectos se fundían en el recuerdo único y conmovedor de una desconocida, unida a él tan sólo durante unas horas escasas. En tales circunstancias, parecía perfectamente lícito abrir la carta.

Querido señor Stahr,

Dentro de media hora voy a encontrarme con usted. Al despedirnos, le entregaré esta carta. Es para decirle que voy a casarme pronto y que no me será posible verle de ahora en adelante.

Debería habérselo dicho anoche, pero me pareció que no le importaría demasiado. Me pareció absurdo pasar esta hermosa velada explicándoselo y contemplando cómo su deseo se desvanecía. Mejor hacer que desapareciera de golpe ahora. Seguramente ya le habré contado suficiente como para convencerlo de que no soy precisamente un buen partido para nadie (acabo de aprender esa expresión... de mi casera, que vino anoche y se quedó una hora. Parece creer que nadie es un buen partido, excepto usted. Creo que se supone que debo decírselo a usted para que le ofrezca trabajo si puede). Me siento muy halagada de que alguien que conoce a tantas mujeres adorables... No puedo acabar la frase, pero ya sabe a lo que me refiero. Al final llegaré tarde si no voy a su encuentro inmediatamente.

Con mis mejores deseos,

KATHLEEN MOORE

La primera sensación de Stahr fue de miedo; su segunda reacción fue que la carta quedaba invalidada, ella había incluso intentado recuperarla. Pero entonces recordó aquel «señor Stahr», justo al final, y que le había pedido su dirección, tal vez ya hubiera escrito otra carta en la que se habría despedido igualmente. Fuera de toda lógica, se indignó por la indiferencia que la carta mostraba ante todo lo que había sucedido después. La volvió a leer, percatándose de que ella no había previsto nada. Sin embargo, delante de su casa, ella decidió dejarlo reposar, restando importancia a todo cuanto había sucedido, alejando de su mente el hecho de haber pensado en algún otro hombre aquella tarde. Pero ahora él ni siquiera podía creerse esto, y toda su historia empezó a desmoronarse incluso cuando la repasaba examinándolo todo en su mente. El coche, la colina, el sombrero, la música, la propia carta volaron como trozos de papel alquitranado de los escombros de su casa. Y también se fue Kathleen, llevándose consigo en su equipaje sus gestos recordados, su delicado movimiento de cabeza, su vigoroso cuerpo apasionado, sus pies descalzos sobre la arena húmeda y apelmazada tras los

remolinos de agua. Los cielos empalidecieron y se desvanecieron, el viento y la lluvia se hicieron lóbregos, devolviendo los peces de plata al mar. Había pasado tan sólo un día, del que no quedaba nada más que el montón de guiones sobre la mesa.

Subió las escaleras. Minna volvió a morir en el primer rellano de la escalera, y después él la volvió a olvidar miserable y lentamente, peldaño a peldaño, hasta llegar arriba. El suelo vacío se extendía a su alrededor, las puertas sin nadie que durmiera al otro lado. En su habitación, Stahr se sacó la corbata, se desató los zapatos, y se sentó a un lado de la cama. El tema quedaba zanjado, excepto algo que no lograba recordar. Hasta que cayó en la cuenta de que su coche seguía en el aparcamiento del hotel. Puso el despertador, calculando tener seis horas de sueño por delante.

\* \* \*[35]

Aquí Cecilia retoma la historia. Creo que, llegado a este punto, será más interesante seguir mis propios movimientos, pues ésta es una época de mi vida de la que me avergüenzo. Aquello de lo que nos avergonzamos suele convertirse en material para una buena historia.

Cuando mandé a Wylie a la mesa de Martha Dodd, no logró averiguar quién era aquella chica, que, de repente, se había convertido en el mayor interés de mi vida; así como lo debía ser —y no me equivocaba— para Martha Dodd. ¡Haber tenido en tu mesa a una chica que es admirada por la realeza, que puede recibir una corona en nuestro pequeño sistema feudal, y no saber ni siquiera su nombre!

Conocía a Martha de habernos saludado, y hubiera resultado inadecuado acercarse a ella directamente, así que fui al estudio el lunes y pasé a ver a Jane Meloney.

Jane Meloney era bastante amiga mía. La consideraba del mismo modo que un niño considera a un empleado de la familia. Sabía que era escritora, pero me crié pensando que ser escritor y secretaria eran lo mismo, con la diferencia de que un escritor, por lo general, olía a cócteles y venía con más frecuencia a comer a casa. Se hablaba de ellos del mismo modo cuando no estaban cerca, exceptuando una rara especie llamada dramaturgos, que venían del Este. A éstos se les trataba con respeto siempre que no se quedaran demasiado tiempo, pues si lo hacían, descendían de posición y pasaban con los demás a la categoría de meros oficinistas.

El despacho de Jane se encontraba en el edificio de los «viejos escritores». Había uno en cada estudio, una fila de damas de hierro, reliquias abandonadas desde los tiempos lejanos del cine mudo, y donde todavía resonaban los apagados gemidos y el rasgar del papel de aquellos escritorzuelos holgazanes, allí enclaustrados. Se contaba la historia de un productor nuevo que tras recorrer esa misma fila, había ido con excitación a la oficina principal.

—¿Quién son esos hombres?

—Se supone que son escritores.

—Eso pensaba yo. Pues bien, les estuve observando durante diez minutos y dos de ellos no escribieron ni una sola frase.

Jane estaba sentada frente a su máquina de escribir, a punto de tomarse un descanso para comer. Le conté sin tapujos que tenía una rival.

—Es un enigma —le dije—. No logro averiguar ni su nombre.

—¡Oh! —exclamó Jane—. Bueno, tal vez yo sepa algo al respecto. Alguien me habló de ello.

Ese alguien era, por supuesto, su sobrino. Ned Sollinger, el chico de los recados de la oficina de Stahr. Era el orgullo y la esperanza de su tía. Lo había mandado a la Universidad de Nueva York, donde pertenecía al equipo de fútbol. Luego, en su primer curso en la facultad de medicina, después de que una chica le diera calabazas, diseccionó la parte más íntima del cadáver de una dama y se la envió a la chica. No me pregunten por qué. Despreciado por la fortuna y ante los ojos de los hombres<sup>[36]</sup>, había empezado de nuevo desde abajo, y allí seguía.

—¿Qué es lo que sabes? —le pregunté.

—Fue la noche del terremoto. Ella cayó al lago en el plató de atrás y él se lanzó al agua para salvarle la vida. Alguien me contó que saltó desde el balcón de Stahr y se rompió el brazo.

—¿Quién era ella?

—Bueno, eso también es curioso...

Sonó su teléfono y esperé, aguantando pacientemente una larga conversación con Joe Reinmund. Al parecer, él intentaba averiguar por teléfono cuán buena era ella o si realmente había escrito el guión de alguna película. ¡Y eso que se sabía que ella había estado en el plató el día que Griffith inventó el primer plano! Mientras él hablaba, ella refunfuñaba silenciosamente, se crispaba y le hacía muecas al teléfono, sosteniéndolo en su regazo de manera que apenas le llegaba la voz, para así seguir charlando paralelamente conmigo.

—¿Pero qué hace... está matando el tiempo entre reunión y reunión?... Me ha preguntado las mismas cosas por lo menos diez veces... lo tiene todo escrito en un memorándum que le envié.

Y al teléfono:

—Si esto llega a oídos de Monroe, no será culpa mía. Quiero llegar hasta el final.

Y cerró los ojos en un gesto agónico.

—Ahora está haciendo el reparto... el reparto de los personajes secundarios... va a contar con Buddy Ebsen... ¡Dios mío, es que no tiene nada más que hacer!... Ahora está con Walter Davenport<sup>[37]</sup>, pero se refiere a Donald Crisp... Tiene una larga lista de actores sobre las rodillas y puedo oír cómo pasa las hojas. Esta mañana se siente un hombre importante, un segundo Stahr, y, por el amor de Dios, aún tengo que escribir dos escenas antes de comer.

Finalmente Reinmund terminó de hablar, o fue interrumpido cuando estaba a punto de hacerlo. Llegó un camarero del comedor con la comida de Jane y una coca-cola para mí. Ese verano yo no comía. Jane escribió una frase en su máquina de escribir antes de ponerse a comer. Me interesaba su manera de escribir. Un día estaba yo presente allí cuando ella y un tipo joven acababan de robar una historia del *Saturday Evening Post*, cambiando los personajes y todo lo demás. Entonces empezaron a escribirla en forma de diálogo, y claro que sonaba exactamente como habla la gente en la vida real cuando hacen esfuerzos por cualquier cosa... divertidos, agradables o valientes. Siempre quise verla en la gran pantalla, pero sin saber muy bien cómo, me la perdí.

La encontraba tan adorable como un juguete viejo y barato. Ganaba tres mil a la semana, y todos sus maridos bebían y la pegaban hasta dejarla casi muerta. Pero aquel día mi visita partía de un interés personal.

—¿No sabes su nombre? —insistí.

—¡Oh!... —exclamó Jane— esa chica, bueno, él no paró de llamarla después, y le dijo a Katy Doolan que, después de todo, el nombre estaba equivocado.

—Creo que finalmente dio con ella —añadí—. ¿Conoces a Martha Dodd?

—¿No es ésa la jovencita que ha pasado por tan mal trago? —exclamó con cierta impostura.

—¿Crees que la podrías invitar a comer mañana?

—Oh, creo que no le falta la comida. Hay un mejicano...

Le expliqué que mis motivos no eran caritativos. Jane accedió a cooperar. Llamó a Martha Dodd<sup>[38]</sup>.

Al día siguiente comimos en Bev Brown Derby, un restaurante lánguido, frecuentado en cuanto a la comida por una clientela que siempre se arrastraba como si fuera a echarse un rato a descansar. La cosa se animaba un poco a la hora de comer, cuando las mujeres montan su espectáculo particular poco después de comer, pero nosotras éramos un trío comedido. Yo tendría que haber saciado directa e inmediatamente mi curiosidad. Martha Dodd era una chica de campo que nunca había logrado entender lo que le había sucedido y no tenía nada que lo demostrara, excepto aquellos ojos deslavados que enmarcaban su mirada melancólica. Aún creía que la vida que había saboreado era la realidad y que el presente no era más que una larga espera.

—En 1928 tenía yo una mansión preciosa —nos contó—, treinta acres, con un minigolf, y una piscina y una vista imponente. En primavera vivía rodeada de margaritas que me llegaban hasta la cintura.

Acabé pidiéndole que viniera a casa a conocer a mi padre. Esto fue pura penitencia por haber tenido «dobles intenciones» y estar arrepentida de ello. En Hollywood no se suele andar con maniobras ambiguas que se presten a la confusión. Todo el mundo se da cuenta de todo y el clima termina por consumirte. Una intención oculta es una auténtica pérdida de tiempo.

Jane nos dejó en la puerta del estudio, disgustada ante mi cobardía. Martha se hacía ilusiones sobre su carrera y no es que hubiera generado grandes expectativas, tras los siete años que había caído en el olvido, pero sí que mostraba, con cierto nerviosismo, algo de determinación, y yo iba a hablar seriamente con mi padre. Los grandes del mundo del cine nunca hacían nada por la gente como Martha, que en algún momento les habían hecho ganar tanto dinero. Les dejaban hundirse en la miseria ganándose la vida a duras penas con algún trabajo de extra. Hubiera sido más generoso por su parte desterrarles de la ciudad. Ese verano mi padre estaba tan orgulloso de mí... Tenía que repetirle que no le fuera contando a todo el mundo cómo se las había compuesto para criarme y obtener una joya tan perfecta. Y Bennington... tan elitista... ¡Dios bendito! Yo le aseguraba que en Bennington podías encontrar la proporción habitual de gente, no precisamente de alta alcurnia, que ocultaban su humilde cuna tras distinguidas vestiduras compradas en las rebajas de la exclusiva Sex, en la Quinta Avenida<sup>[39]</sup>, pero mi padre se había esforzado por convertirse prácticamente en un alumno más.

—Lo has tenido todo —solía decir satisfecho.

Aquél todo incluía, de modo general, los dos años en Florencia, donde conseguí, contra todo pronóstico, ser la única chica en todo el colegio en conservar su virginidad, y mi presentación en sociedad en Boston, Massachusetts. Yo era un ejemplar auténtico de la antigua flor y nata de la aristocracia del dinero.

De modo que estaba segura de que mi padre haría algo por Martha Dodd, y mientras entrábamos en su oficina, no pude evitar soñar y empecé a diseñar grandes propósitos para Johnny Swanson el *cowboy* y también Evelyn Brent, y para una larga serie de flores abandonadas. Mi padre era un hombre encantador y comprensivo —a excepción de aquella ocasión en que le vi inesperadamente en Nueva York— y el hecho de que fuera mi padre tenía algo de enternecedor. Después de todo, era *mi* padre. Haría cualquier cosa en el mundo por mí.

Sólo Rosemary Schmiel estaba en la antesala y hablaba por teléfono en la mesa de Birdy Peters. Me indicó con la mano que nos sentáramos, pero estaba yo tan inmersa en mis planes que, al tiempo que le decía a Martha que tuviera paciencia, pulsé el botón que hay bajo la mesa de Rosemary y proseguí por la puerta que se había abierto.

—Tu padre está reunido —Rosemary acertó a comunicarme—. En realidad, no es una reunión, pero debería advertirte...

Para entonces, yo ya había atravesado la puerta y un pequeño vestíbulo y otra puerta más, y había pillado a mi padre en mangas de camisa, muy sudado e intentando abrir una ventana. Hacía un día caluroso, pero no me había parecido que hiciera tanto calor y pensé que estaba enfermo.

—No, estoy bien —replicó—. ¿Qué ocurre?

Se lo conté. Le expliqué, deambulando de un extremo al otro de su despacho, toda mi teoría sobre la gente como Martha Dodd ¿Cómo podía hacer para utilizar a esa gente y garantizarles un empleo fijo? Parecía tomarme muy en serio con mucha emoción y no dejaba de asentir con la cabeza, y me sentí más cerca de él de lo que había estado durante mucho tiempo. Me acerqué y le di un beso en la mejilla. Temblaba y su camisa estaba empapada.

—No estás bien —dije—, o estás metido en algún problema.

—No, en absoluto.

—¿Qué te ocurre?

—Oh, se trata de Monroe —dijo—. ¡Ese pequeño condenado profeta de Vine Street! ¡Lo tengo encima día y noche!

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté con mucho más aplomo.

—Oh, se sienta allí como un maldito sacerdote o rabino hablando de lo que hará y lo que dejará de hacer. Ahora no te lo puedo contar... estoy al borde de la locura. ¿Por qué no te vas a hacer tus cosas?

—No quiero dejarte así.

—¡Te digo que te marches! —Le olisqueé, pero nunca bebía.

—Ve, péinate —le dije—. Quiero que veas a Martha Dodd.

—¡Aquí no! No podría deshacerme de ella.

—Fuera entonces. Ve a lavarte un poco primero. Cambiate la camisa.

Con un gesto exagerado de desesperación, se metió en el pequeño cuarto de baño adyacente. Hacía calor en el despacho como si llevara cerrado mucho tiempo, y tal vez fuera eso lo que le hiciera sentirse mal, así que abrí dos ventanas más.

—¡Empieza a pasar! —gritó mi padre desde detrás de la puerta cerrada del baño—. Salgo enseguida.

—Sé amable con ella —le dije—. Nada de caridad.

Y como si fuera la propia Martha la que hablaba, un largo y leve gemido surgió de algún lugar de la habitación. Me quedé de piedra y luego perpleja al oírlo de nuevo. Pero no venía del cuarto de baño donde se encontraba mi padre, ni de afuera, sino más bien de un armario al otro lado de la pared. Como logré armarme de valor, no lo sé, pero me dirigí hacia él y lo abrí, y la secretaria de mi padre, Birdy Peters, se desplomó, completamente desnuda, igual que un cadáver en las películas. Con ella vino una bocanada de aire bochornoso y rancio. Ella cayó de lado al suelo, con una mano todavía agarrada a su ropa y se quedó en el suelo empapada en sudor en el preciso momento en que mi padre salía del cuarto de baño. Pude sentirlo de pie detrás de mí, y sin girarme supe qué cara ponía, ya que no era la primera vez que le pillaba por sorpresa.

—Cúbrela —exclamé, cubriéndola yo misma con una manta del sofá—. ¡Tápala!

Me fui del despacho. Rosemary Schmiel pudo ver mi cara cuando salía y respondió con una expresión de terror. No la volví a ver jamás, ni tampoco a Birdy Peters. Mientras Martha y yo salíamos, Martha me preguntó; «¿Qué ocurre, querida?» y cuando vio que no respondía: «Lo has intentado. Quizás no fuera el momento más oportuno. Te diré lo que vamos a hacer. Te voy a llevar a ver a una chica inglesa encantadora. ¿Te fijaste en esa chica de nuestra mesa con la que bailó Stahr la otra noche?».

Así que por el módico precio de una pequeña inmersión en las miserias familiares, había obtenido lo que buscaba.

\* \* \*

No me acuerdo demasiado de nuestra visita. Una de las razones es que no estaba en casa. La puerta exterior de tela metálica estaba abierta, y Martha entró llamándola, «Kathleen», con gran familiaridad. La habitación que vimos era aséptica y formal como la de un hotel; había flores por todas partes, pero no parecían flores que le hubieran regalado. Martha también encontró una nota en la mesa que decía así: «Deja el vestido. Me he ido en busca de trabajo. Me pasaré por aquí mañana».

Martha la leyó dos veces, pero no parecía ser para Stahr, y esperamos cinco minutos. Las casas de la gente se paralizan cuando ellos no están. No es que espere que las casas se pongan a dar saltos, sino que lo que quiero constatar es exactamente eso; que se paralizan. Casi ativas, con sólo una mosca cautiva en el lugar sin prestarte la menor atención, y el extremo de una cortina apenas revoloteando.

—Me pregunto qué tipo de trabajo —dijo Martha—. El domingo pasado fue a algún lugar con Stahr.

Pero yo ya había perdido el interés. No estaba tranquila allí —sangre de productor, pensé horrorizada—. Y presa de un pánico repentino, la hice salir al exterior, a la plácida luz del día. Fue inútil, me seguía sintiendo fatal, horripilada. Siempre me había sentido orgullosa de mi cuerpo; pensaba en él de un modo geométrico, de manera que todo lo que hacía con él, parecía estar bien y probablemente no había un solo lugar en el mundo, incluyendo iglesias, despachos y santuarios, donde la gente no se hubiera abrazado, pero nadie me había metido nunca desnuda en un agujero de la pared en plena jornada de trabajo.

\* \* \*[40]

—Si estuviera en un *drugstore* —dijo Stahr— esperando el medicamento de una receta...

—¿Quiere decir en una farmacia? —preguntó Boxley.

—Si estuviera usted en una farmacia —repitió Stahr con condescendencia— con una receta para un familiar que estuviera muy enfermo...

—¿... Muy enfermo? —confirmó Boxley.

—Muy enfermo. *En ese momento*, todo lo que llamara su atención mirando por la ventana, cualquier cosa que le distrajera y en la que se fijara, se convertiría probablemente en un buen material para una película.

—Quiere decir un asesinato al otro lado de la ventana.

—Eso mismo —dijo Stahr sonriendo—. Podría ser también una araña afanándose en el cristal.

—Claro... ya veo.

—Me temo que no, señor Boxley. Sólo lo ve en *su* medio, pero no en el nuestro. Pretende usted quedarse con las arañas y cargarnos a nosotros con los asesinatos.

—Será mejor que me vaya —dijo Boxley—. No le sirvo de nada. Hace tres semanas que estoy aquí y no he logrado escribir una línea. Hago sugerencias, pero nadie las recoge.

—Quiero que se quede. Hay una parte de usted que rechaza el cine, que se niega a narrar una historia en este medio...

—¡Es tan terriblemente complicado! —estalló Boxley—. Uno no puede soltarse...

Se contuvo. Sabía que Stahr, el timonel, le estaba concediendo parte de su tiempo en medio de un fuerte temporal, que estaban conversando entre las cuerdas siempre tensas de un barco que navegaba, siguiendo un rumbo lleno de peligros en pleno mar abierto. O también —eso parecía en ciertos momentos— que estaban en una inmensa cantera, donde incluso el mármol recién cortado mostraba vestigios de viejos frontones, inscripciones medio borradas del pasado.

—Sigo pensando que me gustaría volver a empezar —confesó Boxley—. Es por esta producción masiva.

—Ésa es la condición —dijo Stahr—. Siempre hay alguna condición odiosa. Estamos haciendo una película sobre la vida de Rubens... suponga que le pido que pinte retratos de ricos tontos, como Pat Brady, yo, Gary Cooper y Marcus, cuando lo que quiere usted es pintar la imagen de Jesucristo. ¿No sentiría entonces que se le están imponiendo condiciones? Nuestras condiciones son que tengamos en cuenta el sentir popular del público y que lo disfracemos y se lo entreguemos en ese envoltorio. Más allá de eso, todo lo demás es edulcorante. Así que, ¿no nos dará algo de azúcar señor Boxley?

Boxley sabía que podía salir con Wylie White aquella noche y despotricar contra Stahr en el Troc<sup>[41]</sup>, pero había estado leyendo a Lord Charnwood y reconocía que Stahr, al igual que Lincoln, era un líder nato que luchaba en

una guerra con varios frentes abiertos. Casi en solitario había conseguido que el cine se adelantara a su tiempo, hasta tal punto que el contenido de las películas de «serie A» era más amplio y rico que el de los escenarios. Del mismo modo que el señor Lincoln era general, Stahr era artista, a la fuerza y por vocación.

—Baje al despacho de La Borwitz conmigo —dijo Stahr—. Allí seguro que necesitan algo de azúcar.

En el despacho de La Borwitz, en medio de una tensa atmósfera llena de humo dos escritores, una taquígrafa y un director silencioso permanecían sentados y estancados en el mismo punto en que Stahr les había dejado tres horas antes. Miró fijamente sus rostros, uno a uno, sin hallar ninguna novedad. La Borwitz rindió cuentas con cierto pavor y reverencia sobre su derrota.

—Es que tenemos demasiados personajes, Monroe.

Stahr resopló con afabilidad.

—Ya, pero es que ésa es la idea principal de la película.

Se sacó algo de cambio del bolsillo, miró hacia arriba, hacia la lámpara que colgaba del techo y lanzó una moneda de medio dólar que produjo un sonido metálico al impactar con la tulipa metálica. Miró las monedas que tenía en la mano y seleccionó una de veinticinco centavos.

La Borwitz le miraba abatido; sabía que éste era uno de los trucos preferidos de Stahr y vio como se le estaba acabando el tiempo. En aquel momento todos le daban la espalda. De repente, levantó las manos que tan plácidamente tenía colocadas por debajo del escritorio y las proyectó al aire con tanto brío que parecía que se fueran a dislocar de sus muñecas... acto seguido, las volvió a colocar cuidadosamente en su posición inicial. Tras este movimiento, ya se sentía mucho mejor. Lo tenía todo controlado.

Uno de los guionistas también había sacado algunas monedas y muy pronto se establecieron las reglas del juego.

—Tenéis que lanzar las monedas a la lámpara sin tocar las cadenas. La que caiga dentro se lleva el bote.

Jugaron durante media hora, todos, excepto Boxley, que se sentó a un lado y se sumergió en el guión, y la secretaria, que llevaba las cuentas. Calculó el coste por hora de aquellos hombres, que ascendía a la cifra de mil seiscientos dólares. Al final. La Borwitz ganó cinco dólares y medio y un conserje trajo una escalera para recuperar el dinero de la lámpara.

Boxley exclamó de pronto:

—Lo que tiene aquí es el relleno del pavo —dijo.

—¿El qué?

—Ésta no es una película.

Le miraron con estupefacción. Stahr encubrió una sonrisa.

—¡Así que aquí tenemos un auténtico hombre de cine! —sugirió La Borwitz.

—Muchos diálogos preciosos —dijo Boxley con descaro—, pero no pasa nada. Después de todo, ya sabes, no se trata de una novela. Y es demasiado larga. No sé exactamente como describiros lo que me provoca, pero no es demasiado positivo. Y me deja frío.

Les estaba haciendo la devolución de lo que él había recibido durante tres semanas. Stahr se alejó mirando a los demás de reojo.

—No necesitamos *menos* personajes —dijo Boxley—. Necesitamos *más*. A mi modo de ver, ésa es la idea.

—Ésa es la idea —dijeron los guionistas.

—Sí... eso es... ésa es la idea —dijo La Borwitz.

A Boxley le llegó la inspiración con la atención que había logrado captar.

—Hagamos que cada personaje se vea a sí mismo en el lugar del otro —dijo—. El policía está a punto de detener al ladrón cuando de repente se da cuenta de que el ladrón tiene *su* cara. Lo que quiero decir es que lo mostremos de ese modo. Incluso podríais ponerle el título de *Ponte en mi lugar*.

De repente estaban manos a la obra otra vez... retomando este nuevo tema como si fueran un grupo de aficionados al *swing* que actuara en la ciudad. Quizás lo desecharían al día siguiente, pero, por un momento, había regresado a la vida. Aquel resurgir lo había procurado tanto el lanzamiento de monedas como Boxley. Stahr había propiciado el ambiente adecuado, aunque nunca consentía ser el impulsor de lo impulsado, se sentía, actuaba e incluso parecía un muchacho que se quiere lucir.

Se marchó, tocando a Boxley en el hombro al pasar, un deliberado gesto; no quería que se confabulasen contra él y lo desmoralizaran en menos de una hora.

\* \* \*[42]

El doctor Baer estaba esperando en su despacho. Con él se encontraba un hombre de color con un cardiógrafo portátil en forma de maletón. Stahr le llamaba el detector de mentiras. Stahr se descubrió el torso, y empezó el chequeo semanal.

—¿Cómo se siente últimamente?

—Oh... como siempre —dijo Stahr.

—¿Se ha excedido? ¿Ha dormido bien?

—No... unas cinco horas. Si me acuesto pronto, no consigo dormirme.

—Tómese las pastillas.

—La amarilla me produce resaca.

—En ese caso tómese dos de las rojas.

—Ésas me provocan pesadillas.

—Tómese una de cada... la amarilla en primer lugar.

—De acuerdo... Lo intentaré. ¿Y usted cómo anda?

—Digamos, Monroe, que yo sé cuidarme; sé preservarme.

—¡Y un cuerno se cuida!... a veces se queda toda la noche despierto.

—Entonces duermo todo el día siguiente.

Al cabo de diez minutos, Baer dijo:

—Parece que está bien. La presión sanguínea ha subido cinco puntos.

—Bien —dijo Stahr—. Eso es buena señal, ¿verdad?

—Sí, es buena señal. Revelaré los cardiogramas esta noche. ¿Cuándo se viene conmigo?

—Ah, pronto... —dijo Stahr a la ligera—. De aquí a seis semanas todo se habrá calmado.

Baer le miró con ese interés genuino que surge tras tres años de trato.

—Mejóro en 1933 cuando descansó —dijo—. Aunque fuera sólo durante tres semanas.

—Volveré a hacerlo.

No era verdad, pensó Baer. Con la ayuda de Minna, hacía años, le había impuesto algunos breves descansos y últimamente había intentado averiguar quienes eran las personas más cercana a Stahr. ¿Quién podría alejarlo de allí y mantenerlo fuera de todo aquello? Casi seguro que sería del todo inútil. Le quedaba poco tiempo, iba a morir pronto. En cuestión de seis meses se podría decir que sería un hecho consumado. ¿Qué sentido tenía revelar los cardiogramas? No se podía pretender que un hombre como Stahr parase su ritmo y se tumbara a contemplar el cielo durante seis meses. Moriría en el intento. Aunque dijera lo contrario, lo que agravaba la situación era aquel impulso definitivo que conducía a Stahr al más absoluto agotamiento; un agotamiento en el que ya había caído anteriormente. El cansancio era una droga en la medida en que también era un veneno, y Stahr obtenía un placer casi físico y poco común en trabajar con desasosiego y extenuación. Era una perversión de aquella fuerza vital que había experimentado en el pasado, pero

en la que había casi dejado de intentar interferir. Había curado a un hombre, o creía haberlo hecho, pero se trataba en realidad de un triunfo vacuo contra la muerte para preservar el caparazón.

—¡Cuídese! —dijo.

Intercambiaron una mirada. ¿Lo sabía Stahr? Probablemente. Pero no sabía cuándo... No sabía ahora lo pronto que sería.

—Sí, me cuido, no puedo pedir más —dijo Stahr.

El hombre de color había acabado de recoger el aparato.

—¿La semana que viene a la misma hora?

—De acuerdo, Bill —dijo Stahr—. Adiós.

Al cerrarse la puerta, Stahr encendió el dictógrafo. La voz de la señorita Doolan se oyó inmediatamente.

—¿Conoce a una tal señorita Kathleen Moore?

—¿Qué quiere decir? —preguntó él sorprendido.

—Tiene a una tal señorita Kathleen Moore al teléfono. Dice que usted le pidió que lo llamara.

—¡Dios mío! —exclamó. Un arrebato de indignación se apoderó de él. Habían pasado cinco días... esto no funcionaría.

—¿Está al teléfono?

—Sí.

—Bueno, está bien.

Al instante oyó la voz muy cerca de él.

—¿Ya te has casado? —preguntó él con la boca pequeña y como malhumorado.

—No, todavía no.

Recordó su rostro y su figura... al sentarse le pareció como si ella se inclinara sobre su escritorio, al otro lado de la mesa, hasta colocarse a la altura de sus ojos.

—¿Qué te propones? —inquirió con la misma severidad. Le resultaba muy difícil hablarle de aquel modo.

—Encontraste la carta, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Sí. Apareció esa misma noche.

—De eso quería hablarte.

Por fin encontró una actitud que adoptar; se sentía ultrajado.

—¿Acaso hay algo de lo que hablar? —preguntó.

—Traté de escribirte otra carta, pero no sabía cómo hacerlo.

—Eso también lo sé.

Se hizo una pausa.

—¡Venga, arriba ese ánimo! —exclamó ella, para sorpresa de él—. No pareces tú. Eres Stahr, ¿verdad? Ese señor Stahr encantador.

—Me siento un tanto ultrajado —dijo con cierta pompa—. No entiendo qué sentido puede tener todo esto. Por lo menos antes tenía un recuerdo agradable de ti.

—No me puedo creer que seas el mismo. —Dijo ella—. Lo siguiente será que me desees suerte. —De repente ella se echó a reír—: ¿Es eso lo que tenías pensado decirme? Sé lo difícil que es cuando uno trata de decir algo...

—No esperaba volver a saber de ti —dijo con dignidad, pero de nada sirvió, ella se echó a reír de nuevo. Una risa de mujer que era como la de un niño, sólo una sílaba, un balbuceo, un grito de placer.

—¿Te das cuenta de cómo me haces sentir? —protestó ella—. Como un día en Londres durante una plaga de orugas cuando una cosa peluda y caliente me cayó en la boca.

—Lo siento.

—¡Oh, por favor, despierta! —le rogó ella—. Quiero verte. No te lo puedo explicar por teléfono. Como debes imaginar, para mí tampoco ha sido divertido.

—Estoy muy ocupado. Tenemos una gala en Glendale esta noche.

—¿Es una invitación?

—George Boxley, el escritor inglés, viene conmigo —se sorprendió a sí mismo—. ¿Quieres venir con nosotros?

—¿Cómo vamos a hablar entonces?

Ella se lo pensó:

—¿Por qué no me llamas después? —sugirió ella—. Podríamos ir a dar una vuelta.

La señorita Doolan intentaba cortar la conversación y con el voluminoso dictógrafo dar paso a un director de cine, la única interrupción permitida. Él pulsó el botón y dijo con impaciencia a la máquina: «espere».

—¿Sobre las once? —dijo Kathleen confiada.

La idea de «dar una vuelta» parecía tan insensata que si hubiera encontrado las palabras para rechazar la proposición, las hubiera pronunciado, pero no quería ser la oruga en esta historia. De repente, no quedaba rastro alguno de su actitud inicial, excepto la sensación de que, por fin, su día estaba completo. Tenía una velada por delante con su principio, su intermedio y su final.

\* \* \*

Golpeó la puerta de rejilla, la oyó llamarle desde su interior, y se mantuvo a la espera allí donde empezaba el desnivel. Desde abajo se oía el zumbido de una cortadora de césped, un hombre cortaba la hierba a medianoche. La luna brillaba con tal intensidad que Stahr alcanzaba a ver con claridad, a cien pies de distancia, como éste se detenía a descansar en el manillar antes de volver a recorrer el jardín. Fuera se percibía una exaltación estival, llegaba agosto con sus amores imprudentes y sus crímenes pasionales. Sin esperar mucho más del verano, uno trataba de vivir desesperadamente el presente... y si el presente no existía, había que inventárselo.

Al fin llegó ella. Se mostraba distinta y exultante. Llevaba un traje de chaqueta y no hacía más que alisarse la falda con la mano de camino al coche con un aire decidido, alegre y estimulante, que parecía estar diciendo: «Abróchate el cinturón, querido, allá vamos...». Stahr había traído su limusina con chófer, y la intimidad de aquellas cuatro paredes, que les arrojó rápidamente a la oscuridad en una curva forzada, disipó de inmediato cualquier incomodidad que pudiera haber surgido. En cierto modo, la pequeña escapada que habían hecho juntos se había convertido para él en uno de los mejores momentos de su vida. Era definitivamente uno de esos momentos en que supo que si tenía que morir, no sería esa noche.

Ella le contó su historia. Permaneció sentada junto a él, serena y radiante al principio, y cada vez más excitada a medida que avanzaba en su relato, trasportándole a lejanos lugares junto a ella, presentándole a las personas que ella había conocido. Su historia era vaga al principio. «Ese hombre» era el hombre al que había amado y con el que había vivido. «Este americano» era el que la había rescatado cuando estuvo a punto de ser engullida por arenas movedizas.

—¿Quién es el... el americano?

Nombres... ¿Qué más da? Nadie tan importante como Stahr, ni tan rico. Él había vivido en Londres y ahora vivirían aquí. Ella sería una buena esposa, una persona real. Él estaba en trámites de divorcio, pero no sólo por lo de ella, y a eso se debía la demora.

—Pero ¿y el primer nombre? —dijo Stahr—. ¿Cómo te metiste en esto?

Oh, aquello al principio fue como una bendición. De los dieciséis a los veintiuno lo primordial era comer. El día que su madrastra la llevó a los

Juzgados apenas tenían un chelín para comer algo y no desfallecer. Medio penique para cada una, pero su madrastra se limitó a mirarla mientras comía. Murió a los pocos meses y para entonces ella se hubiera vendido por un chelín, pero se sentía demasiado débil para salir a la calle. Londres puede ser una ciudad dura... sí muy dura.

—¿No tenías a nadie a quien acudir?

Tenía amigos en Irlanda que me mandaban mantequilla. Tenía un dispensario de alimentos para los pobres. Visitaba a un tío que se le insinuaba después de llenarle el estómago, del que conseguía escabullirse y obtenía cincuenta libras por no contárselo a su mujer.

—¿Y no tenías trabajo? —preguntó Stahr.

—Sí que trabajé. Vendía coches. Una vez vendí un coche.

—¿Pero, no podías encontrar un trabajo estable?

—Era difícil... allí todo es distinto. Todo el mundo creía que la gente como yo les quitábamos el trabajo a los demás. Una mujer me golpeó cuando trataba de conseguir un trabajo como camarera en un hotel.

—Pero ¿te llevaron a los Juzgados?

—Eso fue mi madrastra que se empeñó... por si, por casualidad, sonaba la flauta. Yo no era nadie. A mi padre lo mataron los Black & Tans<sup>[43]</sup> en el año veintidós cuando yo era tan sólo una niña. Escribió un libro titulado *La última bendición*. ¿Lo has leído?

—Yo no leo.

—Ojalá lo compraras para hacer una película. Es un buen libro, no muy extenso. Todavía percibo algún porcentaje por los derechos de autor... diez chelines al año.

Luego ella conoció al «Hombre en cuestión» y viajaron por todo el mundo. Ella había estado en todos los lugares sobre los que Stahr había hecho películas, y había vivido en ciudades cuyo nombre él no había oído jamás. Y entonces el «Hombre en cuestión» empezó a venirse abajo, a beber, a acostarse con el servicio y a obligarla a ella a que lo hiciera con sus amigos. Todos trataron de hacer que se quedara con él. Decían que él la había salvado y que debía permanecer unida a él para siempre, indefinidamente, hasta el final. Era su deber. La presionaron mucho para que aguantara. Pero ella ya había conocido al americano, y finalmente huyó.

—Deberías haber huido antes.

—Bueno, era difícil —vaciló por unos segundos y se lanzó—. Mira, huí de un rey.

Él sentía que su escala de valores había caído en picado, ella había conseguido superarlo. Le vino a la cabeza un remolino de pensamientos confusos, siendo uno de ellos la vaga y antigua creencia de que la realeza había sido erradicada.

—No era el rey de Inglaterra —observó ella—. Mi rey estaba desempleado, como solía decir él mismo. Hay muchos reyes en Londres —se rió para añadir casi en tono desafiante—. Era muy atractivo hasta que empezó a beber y armar escándalos.

—¿De dónde era rey?

Ella se lo dijo y Stahr visualizó su rostro en algún viejo noticiario.

—Era un hombre muy culto —añadió ella—. Podría haber dado lecciones sobre cualquier tema. Pero de rey tenía muy poco. Incluso menos que tú. Ninguno de ellos mostraba indicios de realeza.

Esta vez Stahr se echó a reír.

—Ya sabes a qué me refiero. Se veían todos anticuados. La mayoría de ellos se esforzaba mucho para estar a la última. Uno era, incluso, sindicalista. Y había otro que solía llevar encima un par de recortes de periódico sobre un torneo de tenis en el que consiguió llegar a semifinales. Habré visto esos recortes al menos una docena de veces.

Dieron una vuelta por Griffith Park y dejaron atrás los oscuros estudios de Burbank, y los aeropuertos, en dirección a Pasadena, más allá de los rótulos de neón de los *cabarets* de carretera. En su interior él la deseaba, pero era tarde y el simple hecho de pasear ya le aportaba un placer abrumador. Cogidos de la mano, de repente, ella se acurrucó en sus brazos, diciendo:

—¡Eres fantástico! Me encanta estar contigo.

Pero estaba dividida. Esta noche no era suya como lo había sido aquel domingo al atardecer. Estaba absorta en sus pensamientos, emocionada con el relato de sus propias aventuras; él no podía evitar preguntarse si le estaría narrando la historia que reservaba para el americano.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces al americano? —le preguntó él.

—Oh, unos cuantos meses. Nos veíamos a menudo. Nos entendíamos. Él solía decir «De ahora en adelante lo nuestro va a ir sobre ruedas».

—¿Entonces por qué me llamaste?

Ella recapacitó.

—Quería verte una vez más. *Además...* él tenía que llegar hoy, pero anoche me mandó un telegrama anunciando que tardaría una semana más... Necesitaba hablar con un amigo... y después de todo, tú *eres* mi amigo.

En ese instante, su deseo creció aún más, pero una parte de él se mantenía distante, no dejaba de repetirse a sí mismo: quiere averiguar si estoy enamorado de ella, si me quiero casar con ella. Sólo entonces decidirá si se deshace de ese hombre. No lo decidirá hasta que yo me haya declarado.

—¿Estás enamorada del americano? —preguntó él.

—¡Claro! Es un hecho. Me salvó la vida y me hizo recobrar la cordura. Va a recorrer medio mundo para venir a buscarme. Se lo exigí.

—¿Pero estás enamorada de él?

—¡Claro que estoy enamorada de él!

Ese «claro» le indicó que no lo estaba, le indicó que le tocaba hablar a él, y entonces ella se daría cuenta. La cogió entre sus brazos y la besó deliberadamente en la boca, abrazándola durante un buen rato. Había tanta pasión...

—Esta noche no —susurró ella.

—De acuerdo.

Cruzaron el puente del suicidio con su nueva alambrada metálica.

—Sé bien lo que es y para qué sirve —dijo ella—, pero ¡qué estupidez! Los ingleses no se matan cuando no consiguen lo que persiguen.

Dieron la vuelta en el camino de entrada a un hotel e iniciaron el viaje de regreso. Era una noche oscura sin luna. La ola de deseo se había desvanecido y ninguno de los dos habló durante un buen rato. Su conversación sobre los reyes lo había transportado, curiosamente, en un vago recuerdo, hasta la zona nocturna de la bulliciosa Calle Mayor de Erie, Pennsylvania, cuando él tenía quince años. Había un restaurante con langostas en el aparador y algas verdes y un foco de luz sobre una cueva de conchas, y dentro, detrás de una cortina roja, el misterio terrible y extrañamente acechante de la gente y la música de los violines. Eso fue justo antes de marcharse a Nueva York. Esta chica le recordaba el pescado fresco y las langostas sobre el hielo del aparador. Ella era «La muñeca de porcelana<sup>[44]</sup>». Minna jamás lo había sido.

Se miraron a los ojos y la mirada de ella le preguntaba: «¿Me caso con el americano?». Él no respondió, pero al cabo de un rato él dijo:

—Vayámonos a algún lugar este fin de semana.

Ella lo meditó.

—¿Estás hablando de mañana?

—Me temo que sí.

—Bien, ya te lo diré mañana —añadió ella.

—Dímelo ahora... de lo contrario me temeré...

—... ¿Encontrar otra nota en el coche? —se rió ella—. No, no hay ninguna nota más en el coche. Ya lo sabes casi todo.

—Sí... casi todo. Excepto algún que otro pequeño detalle...

Tendría que averiguar de qué se trataban aquellos pequeños detalles. Se los revelaría al día siguiente. Se preguntaba —o se quería preguntar— si había habido un laberinto de flirteos sucesivos; o si se trataba de una fijación lo que la había retenido, con firmeza y durante un largo periodo de tiempo, junto al Hombre, el rey. Tres años en una posición muy anómala... con un pie dentro de palacio y otro fuera.

—Tenías que reírte mucho —dijo ella—. Aprendí a hacerlo.

—Se podría haber casado contigo... como la señora Simpson —dijo Stahr en señal de protesta.

—¡Oh! Estaba casado. Y no era romántico. —Se calló.

—¿Lo soy yo?

—Sí —dijo ella a regañadientes, como si tirara un triunfo—. Una parte de ti lo es. Eres tres o cuatro hombres diferentes, pero cada uno de ellos es como un libro abierto, como todos los americanos.

—No empieces a tener una fe ciega en los americanos —dijo él sonriendo—. Pueden ser como un libro abierto, pero cambian con mucha rapidez.

Parecía preocupada.

—¿En serio?

—Con mucha rapidez y repentinamente —le dijo él—, y no hay nada que les haga ser quienes fueron anteriormente.

—Me estás asustando. Siempre he tenido una gran sensación de seguridad con los americanos.

De repente, parecía tan desamparada que él la cogió de la mano.

—¿A dónde iremos mañana? —le dijo él—. Tal vez a las montañas. Tengo muchísimas cosas que hacer mañana, pero no haré ninguna. Podemos salir a las cuatro y llegar en la tarde.

—No estoy segura. Me parece que estoy un poco confusa. Ésta no parece del todo la chica que llegó a California para empezar de nuevo.

Él lo podría haber dicho entonces, podría haber dicho «Se *trata* de una nueva vida», porque sabía que lo era, sabía que ahora no podía permitir que se marchara; pero había algo que le decía que era mejor consultarlo con la almohada como un adulto, que se dejara de romanticismos. Y que esperara a mañana para decírselo. Con todo, ella seguía mirándole, sus ojos recorrían su rostro desde la frente a la barbilla, recorriendo el mismo trayecto una y otra

vez, de arriba abajo, con aquel movimiento lento y ondulante de cabeza tan particular.

... Es tu oportunidad, Stahr. Será mejor que la aproveches ahora. Es tu chica. Te puede rescatar, puede hacer que vuelvas a interesarte por la vida. Necesitará que la cuides y te harás fuerte para hacerlo.

Pero tomala ahora... díselo y llévatela. Ninguno de los dos lo sabéis, pero, en la lejanía y durante la noche, el americano ha cambiado de planes. En este momento su tren pasa a toda velocidad por Albuquerque, cumpliendo el horario. El conductor va a llegar a tiempo. Por la mañana estará aquí.

... El chófer subió por la colina en dirección a la casa de Kathleen. Parecía que hacía calor incluso en la oscuridad. Donde quiera que hubiera estado por ahí con ella eran lugares encantados para Stahr: esta limusina, la casa en construcción de la playa, las propias distancias que habían recorrido juntos por la ciudad tentacular. Una especie de resplandor, un sonido sostenido que golpeó su alma alerta colmándola de placer, se abrió paso en lo alto de aquella colina.

Al despedirse sintió de nuevo que era imposible dejarla, ni que fuera por pocas horas. Se llevaban apenas diez años, pero él sentía que era una locura el enamoramiento de un hombre mayor por una chica joven. Se trataba de una desesperada y profunda necesidad de aprovechar el tiempo, un reloj que marcaba las horas en su corazón, y le instaba, más allá de toda su lógica vital, a entrar con ella en la casa en ese momento y decirle: «Esto es para siempre».

Kathleen esperaba indecisa, cual escarcha rosada y plateada que espera el deshielo en primavera. Era europea, humilde frente al poder, pero la ferocidad de su amor propio le impedía exceder ciertos límites. No se hacía ilusiones respecto a las motivaciones que inspiraban a los príncipes para proceder.

—Mañana iremos a la montaña —dijo Stahr. Miles de personas dependían de su sensatez y equilibrio... pero cualquiera puede desprenderse, de repente, de una cualidad de la que ha vivido durante veinte años.

A la mañana siguiente, sábado, estuvo muy ocupado. A las dos en punto cuando volvió de comer tenía un montón de telegramas: un barco de la compañía había desaparecido en el Ártico, una estrella había caído en desgracia, un escritor les había impuesto una demanda de un millón de dólares, los judíos morían miserablemente al otro lado del océano. Se quedó mirando fijamente el último telegrama:

*«Me he casado hoy al mediodía. Adiós». Y en una etiqueta adhesiva: Envíe su respuesta por la Western Union Telegram.*

Yo no sabía nada de todo esto. Subí al lago Louise, y cuando regresé, no me acerqué a los estudios. Creo que me hubiera ido al Este a mediados de agosto, si Stahr no me hubiese llamado un día a casa.

—Quiero que organices algo, Celia; quiero conocer a un miembro del Partido comunista.

—¿A quién? —le pregunté con cierto asombro.

—A cualquiera.

—¿No tienes suficiente con los del estudio?

—Me refiero a uno de los cabecillas... uno de Nueva York.

El verano anterior anduve muy metida en política, probablemente le hubiera podido concertar una reunión con Harry Bridges. Pero mi chico se había matado en un accidente de coche después de que regresara yo a la universidad y había perdido el contacto en esos círculos. Había oído que un tipo de *The New Masses*<sup>[46]</sup> andaba por ahí.

—¿Le prometes inmunidad? —le pregunté, bromeando.

—¡Oh, desde luego! —respondió Stahr muy serio—. No le haré daño. Consígueme a uno que sepa hablar... Pídele que traiga consigo uno de sus libros.

Hablaba como si quisiera conocer a un miembro de la congregación del «IAM<sup>[47]</sup>».

—¿Quieres una rubia o una morena?

—Mejor que sea un hombre —dijo impaciente.

Oír la voz de Stahr me levantó un poco el ánimo... desde que había irrumpido en el despacho de mi padre, parecía como si me hubiera estado revolcando en el lodo. Stahr lo cambió todo; cambió el ángulo desde el cual yo lo veía todo, cambió el mismo aire.

—Tu padre no tiene por qué enterarse —añadió él—. ¿Crees que podríamos decir que se trata de un músico búlgaro<sup>[48]</sup>, o algo así?

—¡Oh! Ya no se estila disfrazarse —repuse.

Fue más difícil de organizar de lo que había imaginado... Las negociaciones de Stahr con el Sindicato de Guionistas que se habían

perpetuado a lo largo de un año, estaban llegando a un punto muerto. Tal vez temían ser corrompidos y me preguntaron cuál era la «propuesta» de Stahr. Más tarde Stahr me contó que había preparado el encuentro viendo películas sobre la Revolución Rusa que tenía en su filmoteca particular. También estuvo viendo *El gabinete del doctor Caligari* y *El perro andaluz*, de Salvador Dalí, con la remota sospecha de que guardaban algún tipo de relación. Se había quedado atónito con las películas soviéticas de los años veinte, y, a petición de Wylie White, le encargó al departamento de guiones que le facilitara una sinopsis de dos páginas del *Manifiesto comunista*.

Sin embargo, él ya tenía una opinión formada al respecto. Era un racionalista que elaboraba sus propios razonamientos sin ayuda de los libros y, por si fuera poco, apenas acababa de sobrepasar mil años de Judaísmo y entrar en la recta final del siglo dieciocho. No soportaba ver cómo todo aquello se desvanecía... albergaba la férrea lealtad de un advenedizo a un pasado imaginario.

La reunión se celebró en lo que yo llamaba «el salón de cuero trabajado», una de las seis salas que nos había diseñado un decorador profesional de Sloane<sup>[49]</sup> años atrás, y cuyo nombre desde entonces se me había quedado grabado en la memoria. Era *la* sala más de «decorador»: una alfombra de lana de angora del color del amanecer, el gris más delicado que se pueda imaginar, apenas osabas pisarla. El revestimiento plateado, las mesas de piel, los cuadros en tonos pastel y todos aquellos adornos frágiles e inmaculados parecían tan fáciles de manchar que uno aguantaba la respiración allí dentro. Sin embargo, era maravilloso contemplar aquella sala desde la puerta cuando las ventanas estaban abiertas y las cortinas gemían caprichosamente con la brisa. Aquella sala era una descendiente directa del antiguo salón de las casas americanas, que solía permanecer cerrado todos los días salvo los domingos. Pero era la sala más apropiada para la ocasión, y tuve la esperanza de que, ocurriera lo que ocurriera allí, ésta le imprimiría carácter, haciendo que en el futuro formara parte de la historia de la casa.

Stahr fue el primero en llegar. Estaba pálido, nervioso y turbado, a pesar de su voz, que seguía siendo, como siempre, tranquila y sumamente respetuosa. Tenía un don especial de valentía en su modo de proceder con la gente; se acercaba directamente a ti, apartando lo que se interpusiera en su camino y llegaba a conocerte a fondo como si no pudiera evitarlo. Le di un beso, sin saber muy bien porqué, y le llevé al salón de cuero.

—¿Cuándo vuelves a la universidad? —preguntó.

Habíamos tocado ese fascinante tema anteriormente.

—¿Te gustaría si fuera un poco más bajita? —pregunté—. Podría ponerme zapatos planos y chafarme el pelo.

—Cenemos juntos esta noche —sugirió—. La gente pensará que soy tu padre, pero no me importa.

—Me *encantan* los hombres mayores —le aseguré—. A menos que el tipo necesite muletas, siempre pienso que no es más que una historia entre un chico y una chica.

—¿Has tenido muchos romances de ese tipo?

—Los suficientes.

—La gente se enamora y se desenamora continuamente, ¿no crees?

—Cada tres años, más o menos, según dice Fanny Brice. Lo acabo de leer en el periódico.

—Me pregunto cómo se las arreglan —dijo él—. Sé que es verdad porque lo he visto, pero es que cada vez parecen tan *convencidos* de que ésa es la buena... Y luego de repente, ya han dejado de estar convencidos. Aunque se vuelven a convencer una y otra vez.

—Has hecho demasiadas películas.

Me pregunto si están tan convencidos la segunda, la tercera o la cuarta vez, insistía.

—Cada vez más —le dije yo—. Sobre todo la última vez.

Reflexionó sobre ello y pareció estar de acuerdo.

—Supongo que sí. Sobre todo la última vez.

No me gustó el modo en que lo dijo, y, de repente, me di cuenta de que a pesar de las apariencias, en el fondo se sentía desdichado.

—Esto de enamorarse es un fastidio —dijo—. La mejor parte es cuando se acaba.

—¡Espera un *momento*! ¡Quizá las películas no están en buenas manos!

Anunciaron la llegada de Brimmer, miembro del Partido, y cuando iba hacia la puerta a recibirlo, resbalé en una de esas alfombrillas de hilo cayendo prácticamente en sus brazos.

Era un hombre apuesto el tal Brimmer... un poco en la línea de Spencer Tracy, pero con un rostro más duro que parecía albergar un abanico más amplio de expresiones. No pude evitar pensar, mientras él y Stahr sonreían, se estrechaban la mano y se ponían en posición de ataque, que eran los dos hombres más prevenidos que había visto en toda mi vida. Supieron inmediatamente a quién tenían delante... ambos se mostraron tan educados conmigo como se podía esperar, suavizando el final de sus frases cuando se dirigían a mí.

—¿Qué están ustedes tratando de hacer? —preguntó Stahr—. Están alterando a mis hombres más jóvenes.

—Eso los mantiene despiertos ¿no es así? —respondió Brimmer.

—Primero dejamos que media docena de rusos estudien la planta —indicó Stahr—, como planta modelo, ¿entiende? Y entonces vienen ustedes e intentan romper la unidad que la convierte en planta modelo.

—¿La unidad? —repitió Brimmer—. ¿Se refiere a lo que se conoce como el espíritu de la compañía?

—¡Venga, no es eso! —dijo Stahr con impaciencia—. Me parece que es a *mi* a quien persiguen. La semana pasada vino a mi despacho un guionista... un borracho... que ha estado dos años dando tumbos al borde de la locura... y empezó a darme lecciones de cómo debía llevar mi negocio.

Brimmer sonrió.

—No me parece usted un hombre al que se le puedan dar lecciones, señor Stahr.

Ambos querían tomar té. Cuando regresé, Stahr le estaba contando una historia sobre los hermanos Warner y Brimmer se reía con él.

—Le cuento otra —dijo Stahr—. Balanchine, el bailarín ruso, los confundía con los hermanos Ritz. No sabía a qué hermanos estaba enseñando y para cuáles trabajaba. Solía andar por ahí diciendo: «No consigo enseñar a bailar a esos hermanos Warner».

Parecía que iba a ser una tarde tranquila. Brimmer le preguntó por qué los productores no ofrecían su apoyo a la Liga Antinazi.

—Por culpa de su gente —manifestó Stahr—. Es su forma de ganarse a los guionistas. A la larga, están perdiendo el tiempo. Los escritores son como chiquillos... incluso en circunstancias normales, no saben centrarse en su trabajo.

—Son los campesinos del negocio —añadió Brimmer complaciente—. Siembran el grano, pero no están invitados al banquete.

Sus sentimientos hacia los productores son parecidos al rechazo que sienten los campesinos respecto a los tipos de ciudad.

Me preguntaba qué había pasado con la chica de Stahr y si todo habría acabado entre ellos. Fue más tarde, cuando Kathleen me contó toda la historia, de pie bajo la lluvia en una calle desierta llamada Goldwyn Avenue, cuando deduje que todo debió ocurrir una semana después de enviarle ella el telegrama. El telegrama fue inevitable. El hombre bajó del tren inesperadamente, la llevó al Registro Civil sin la menor sombra de duda de que aquello era lo que ella quería. Eran las ocho de la mañana y Kathleen

estaba tan aturdida que lo único que le preocupaba era cómo enviarle el telegrama a Stahr. En teoría es cierto que podía haberse plantado diciendo: «Mira, olvidé decírtelo, pero he conocido a otro hombre». Sin embargo, este carril había sido trazado tan minuciosamente y con tanto esmero, con tal confianza, con tal esfuerzo, con tal sacrificio, que cuando se encontró siguiéndolo, y cruzándose de repente con el otro carril, se sintió atrapada como un vagón ante un paso cerrado. Él la observaba mientras escribía el telegrama desde el otro extremo de la mesa mientras ella confiaba en que no pudiera leerlo del revés.

Cuando volví a la sala tras mi periplo mental, habían acabado con los pobres escritores y Brimmer había llegado al extremo de admitir que eran «inestables».

—No infunden autoridad —afirmó Stahr—. No existe nada en el mundo que pueda con la voluntad. A veces es preciso fingirla cuando no la tienes.

—He pasado por eso.

—Es necesario decir «Tiene que ser así... y de ningún otro modo», aunque no se esté seguro. Eso me ocurre una docena de veces a la semana. Se trata de situaciones en las que no hay ningún motivo real para proceder de tal o cual modo. Aunque hay que mostrar que sí lo hay.

—Todos los líderes han sentido eso mismo —dijo Brimmer—; tanto líderes sindicales, como, por supuesto, líderes militares.

—Así que he tenido que adoptar esta posición en este asunto del Sindicato. A mi modo de ver, se trata de la lucha por el poder y todo lo que les voy a ofrecer a los escritores no es más que dinero.

—A algunos les dan muy poco. Treinta dólares a la semana.

—¿Quién cobra eso? —preguntó Stahr, sorprendido.

—Los que son mercancía fácilmente sustituible.

—No en mi estudio —rebatió Stahr.

—¡Pues, claro que sí! —insistió Brimmer—. Dos hombres de su departamento de cortometrajes ganan treinta dólares a la semana.

—¿Quiénes?

—Un hombre que se llama Ransome... y otro que se llama O'Brien.

Stahr y yo nos echamos a reír a la vez.

—Ésos no son guionistas —dijo Stahr—. Son primos del padre de Cecilia.

—Hay algunos en otros estudios —dijo Brimmer.

Stahr cogió la cucharilla del té para servirse un poco del medicamento que había en un pequeño frasco.

—¿Qué es un esquirolo? —preguntó de repente.

—¿Un esquirol? Es un rompeshuecos o un técnico de la compañía.

—Eso pensaba yo —dijo Stahr—. Hay un escritor que gana mil quinientos dólares a la semana y que cada vez que entra en el comedor grita «¡Esquirol!» al pasar por detrás de otros guionistas. Si no fuera porque los tiene atemorizados, sería divertido.

Brimmer se rió.

—Me encantaría verlo —dijo.

—¿Le gustaría pasar un día conmigo en el estudio? —sugirió Stahr.

Brimmer se rió con regocijo.

—No, señor Stahr. Pero no me cabe duda de que quedaría impresionado. He oído decir que es usted uno de los tipos más trabajadores y eficientes en todo el Oeste. Sería todo un privilegio observarle, pero me temo que tendré que rechazar su propuesta.

Stahr me miró.

—Me gusta tu amigo —admitió—. Está loco, pero me gusta. —Miró detenidamente a Brimmer—: ¿Ha nacido en el país?

—Oh, sí. Provengo de varias generaciones afincadas aquí.

—¿Hay muchos como usted?

—Mi padre era pastor baptista.

—Lo que quiero decir es si hay muchos rojos en su familia. Me gustaría conocer a ese judío importante que intentó volar la fábrica de Ford.

—¿Cómo se llamaba...?

—¿Frankenstein?

—El mismo. Supongo que algunos de ustedes creen en esos métodos.

—Unos cuantos —aseguró Brimmer secamente.

—Usted no —dijo Stahr.

Una sombra de incomodidad tiñó el rostro de Brimmer.

—Oh, sí —replicó.

—Oh, no —insistió Stahr—. Tal vez creyó en esos métodos en otro tiempo.

Brimmer se encogió de hombros.

—Quizás nos hayamos ido al otro extremo —dijo—. Pero en el fondo de su corazón, señor Stahr, usted sabe que tengo razón.

—No —dijo Stahr—. ¡Eso son sandeces!

—... Usted se repite a sí mismo, «tiene razón», pero cree que el sistema persistirá por mucho tiempo.

—No creerán realmente que van a conseguir derrocar al gobierno.

—No, señor Stahr. Pero creemos que quizás lo haga usted.

Se estaban enzarzando... pequeñas pullas punzantes como los hombres estilan de vez en cuando. Las mujeres también lo hacen; aunque en ese caso es una batalla sin cuartel la que se libra. Cuando se trata de un enfrentamiento entre hombres, no resulta agradable mirarlos porque nunca sabes lo que va a acabar sucediendo. En cualquier caso, esta situación no entonaba con la armonía de la sala, así que les hice salir por las puertas cristaleras al amarillo dorado de nuestro jardín californiano.

En pleno verano, el agua fresca de los aspersores del jardín rociaba incesantemente el césped haciendo que reluciera como en primavera. Pude ver a Brimmer contemplarlo con un suspiro en su mirada; aquella manera que algunos tienen de mirar. Allí afuera parecía más grande, unas pulgadas más alto de lo que yo pensaba, y ancho de hombros. Me recordaba un poco a Superman cuando se quita las gafas. Pensé que era lo más atractivo que puede ser un hombre, al que no le interesan realmente las mujeres. Jugamos una partida de *ping-pong* y manejaba bien la pala. Oí que mi padre llegaba a casa cantando esa maldita canción de «*Little Girl, You've Had a Busy Day*», dejando de cantar de repente como si se acordara de que no nos hablábamos. Eran las seis y media, mi coche estaba aparcado en el camino de entrada y les propuse que fuéramos al Trocadero a cenar.

Brimmer tenía el mismo aspecto que el padre O'Ney aquella vez en Nueva York, cuando le dio la vuelta al alzacuellos y vino con mi padre y conmigo al *Ballet Ruso*. No era el lugar más apropiado para un tipo como él. Cuando Bernie, el fotógrafo, que estaba al acecho de una pieza importante, se acercó a nuestra mesa, O'Ney se sintió atrapado. Stahr hizo que Bernie se fuera y a mí me hubiera gustado conseguir esa foto.

Cuál fue mi sorpresa, cuando, luego, Stahr se tomó tres cócteles, uno tras otro.

—Ahora ya no me cabe duda de que has tenido un desengaño amoroso —le dije.

—¿Qué te hace suponer tal cosa, Cecilia?

—Los cócteles.

—Nunca bebo. Cecilia... tengo dispepsia... No me he emborrachado jamás.

—... Dos... tres —los conté.

—Pues no me he dado cuenta. No podía ni probarlos. No me gustaban.

Una mirada vidriosa e ingenua pasó por sus ojos y desapareció.

—Ésta es mi primera copa en una semana —dijo Brimmer—. Ya bebí todo lo que tenía que beber en la Marina.

Aquella mirada se apoderó de nuevo de Stahr, me guiñó el ojo con petulancia y dijo:

—Este predicador de pacotilla, charlatán, hijo de zorra, ha estado en la Marina.

Brimmer no sabía como tomárselo. Evidentemente, decidió dejarlo pasar e incorporarlo al tono distendido de la noche, por lo que sonrió levemente. Vi como Stahr sonreía también. Me sentí aliviada al ver que aquel episodio quedaba allí tal y como manda la tradición americana. Intenté reconducir la conversación, pero Stahr parecía, de pronto, haber vuelto a la normalidad.

—Ahí va una de mis anécdotas habituales —le dijo sucintamente y con toda claridad a Brimmer—. El mejor director de Hollywood, un tipo con quien jamás me meto, tiene la manía de introducir un homosexual o algún que otro toque sensacionalista en todas sus películas. Algo ofensivo. Lo imprime como un sello, de tal modo que sea imposible prescindir de él. Cada vez que lo hace, la Liga por la Decencia en el Cine da un paso adelante y se precisa sacrificar algo de una película honesta.

—Los típicos problemas de organización —asintió Brimmer.

—Típico —repitió Stahr—. Es una batalla sin fin. Ahora este director es el que me dice lo que está bien, porque pertenece a un Sindicato de Directores, y que yo no puedo oprimir a los pobres. Así es como ustedes acrecientan mis problemas.

—Queda un poco lejos de nuestro alcance —dijo Brimmer, sonriendo—. Yo no creo que tengamos muchos adeptos entre los directores.

—Antes los directores solían ser mis camaradas —dijo Stahr con orgullo.

Era como cuando Eduardo VII se jactaba de haberse rodeado siempre de la mejor sociedad europea.

—Pero algunos de ellos nunca me han perdonado —prosiguió— por haber traído directores de teatro cuando empezó el cine sonoro. Esto les hizo ponerse las pilas y reinventarse, pero nunca me lo perdonaron. En aquella época, importamos una nueva camada de escritores, y los creía a todos grandes personas, hasta que se hicieron rojos.

Entró Gary Cooper y se sentó en un rincón con un grupo de hombres que sólo respiraban cuando él lo hacía y parecían vivir a su sombra sin moverse. Una mujer que se encontraba al otro lado del comedor se volvió y resultó ser Carole Lombard... Me alegré de que al menos Brimmer tuviera a alguien a quien echarle un ojo.

Stahr pidió un *whisky* con soda, y, casi de inmediato, otro. Apenas cenó un par de cucharadas de sopa y empezó a contar todo tipo de cosas horribles

de todo el mundo; que si eran gaudules, que si tal y que si cual, y que a *él*, al fin y al cabo, no le importaba nada porque *él* tenía mucho dinero. Era la típica conversación que mi padre tenía cuando se juntaba con sus amigos. Supongo que Stahr se dio cuenta de que aquello sonaba fatal fuera de su círculo de amigos; aunque quizás nunca antes se había detenido a escuchar lo mal que sonaba aquello. En cualquier caso, se calló y se bebió de un trago su café. Yo le amaba, y lo que dijera no lo iba a cambiar, pero me dolía que Brimmer se llevara aquella mala impresión. Me hubiera gustado que viera a Stahr como una especie de virtuoso de la tecnología, y en lugar de eso, Stahr estaba montando tal escena, que de verla en la pantalla, la hubiera calificado de basura.

—Soy productor —dijo, como si intentara recuperar algo de dignidad—. Me gustan los guionistas y creo que los comprendo. No querría echar a nadie que cumpla con su trabajo.

—No es lo que pretendemos que haga —dijo Brimmer con amabilidad—. Nos gustaría convencerle de que se subiera a nuestro tren.

Stahr asintió con cierta severidad.

—Me gustaría tenerle en una sala rodeado de mis compañeros. Todos ellos tienen mil razones para hacer que Fitts<sup>[50]</sup> les expulse a todos ustedes de las ciudad.

—Apreciamos su protección —respondió Brimmer con cierta ironía—. Francamente, *consideramos* que es usted alguien muy difícil, señor Stahr... precisamente por ser usted un patrón paternalista y un tipo con gran influencia.

Stahr no le escuchaba del todo.

—Nunca he creído —dijo— ser más inteligente que cualquier escritor. Sin embargo, sí que he creído siempre que su inteligencia me pertenece... porque yo sé cómo utilizarla. Como los romanos... He oído decir que no eran grandes inventores, sino que sabían qué hacer con los inventos de otros. ¿Lo ve? No digo que esté bien. Pero eso es lo que he sentido siempre... desde que era un chiquillo.

Aquello le pareció interesante a Brimmer... Lo primero que le había interesado desde hacía una hora.

—Se conoce usted muy bien, señor Stahr —dijo.

Creo que hubiera querido salir corriendo. Había tenido curiosidad por saber qué clase de hombre era Stahr, y creía que ahora ya lo sabía. Con la esperanza de cambiar las cosas, me precipité y le supliqué que volviera a casa

con nosotros, pero cuando Stahr se detuvo en el bar para pedir otra copa, supe que había cometido un error.

Era una noche agradable, apacible y anodina, pero repleta de coches por ser sábado. Stahr tenía la mano apoyada en el respaldo del asiento, tocándome el pelo. De pronto deseé retroceder en el tiempo diez años... Yo tendría nueve años. Brimmer unos dieciocho y estaría abriéndose camino en alguna universidad del Medio Oeste, Stahr tendría veinticinco y, habiendo heredado el mundo recientemente, estaría lleno de confianza y alegría. Ambos habríamos admirado a Stahr sin dudar lo más mínimo. En cambio, aquí nos encontrábamos en medio de un conflicto entre adultos, para el cual no había solución pacífica alguna, y al cual se le había añadido algo de complejidad debido al cansancio y al alcohol.

Giré para entrar en casa por el camino del jardín.

—Me tengo que marchar —dijo Brimmer—. Tengo que ver a varias personas.

—No, quédese —se opuso Stahr—. Aún no he logrado decirle todo lo que quería. Juguemos al *ping-pong*, tomaremos otra copa y luego nos haremos añicos.

Brimmer dudó. Stahr encendió la lámpara de pie, cogió su pala de *ping-pong*, y yo entré en casa a buscar un poco de *whisky*... no me atreví a desobedecerle.

Cuando regresé, no estaban jugando, sino que más bien Stahr le estaba lanzando una caja entera de pelotas nuevas a Brimmer, que las apartaba hacia un lado. Cuando llegué dejó de hacerlo, cogió la botella y se sentó en una silla fuera del alcance de la luz, vigilando con oscura y peligrosa majestuosidad. Estaba pálido... y su tez era tan transparente que casi se podía entrever como el alcohol se mezclaba con el veneno de su agotamiento.

—El sábado por la noche es hora de relajarse —dijo.

—Pero tú no estás descansando precisamente —añadí yo.

Estaba luchando inútilmente contra su instinto esquizofrénico.

—Le voy a dar una paliza a Brimmer —anunció al cabo de un rato—. Me voy a ocupar de esto yo mismo.

—¿No puede usted pagar a alguien para que lo haga? —preguntó Brimmer.

Le hice señas para que se callara.

—Del trabajo sucio me encargo yo mismo —replicó Stahr—. Voy a acabar contigo y a meterte en un tren.

Se levantó y avanzó hacia él, y yo lo rodeé con mis brazos, sujetándolo.

—¡Por favor, *déjalo* ya! —exclamé—. ¡Te estás comportando de mala manera!

—Te estás dejando influenciar por este tipo —insinuó misteriosamente—. Los jóvenes, en general, os estáis dejando engatusar. No sabéis lo que estáis haciendo.

—Por favor, vete a casa —le pedí a Brimmer.

El traje de Stahr estaba hecho de una tela sedosa gracias a la que, de repente, logró escabullirse de mí y cargó contra Brimmer. Brimmer se retiró hacia la zona de la mesa. Tenía una expresión extraña en el rostro, y luego pensé que parecía como si le estuviera diciendo «¿Y *esto* es todo? ¿Este tipo frágil y medio enfermo es quien maneja todo el cotarro?».

Entonces Stahr se acercó, levantando las manos. Me pareció que Brimmer lo retuvo con su brazo izquierdo durante un rato, y entonces desvié la mirada... No soportaba ver aquello.

Cuando volví a mirar, Stahr estaba fuera del alcance de mi vista por debajo del nivel de la mesa, y Brimmer lo miraba tendido en el suelo.

—Haz el favor de marcharte —le repetí a Brimmer.

—Está bien —permaneció mirando a Stahr tendido en el suelo mientras me acercaba a la mesa—. Siempre quise golpear un saco de diez millones de dólares, pero nunca imaginé que sería así.

Stahr seguía tendido sin moverse.

—Por favor vete —insistí.

—Lo siento. Déjame que te ayude...

—No. Por favor, vete. Comprendo tu reacción.

Volvió a mirar, un tanto horrorizado ante la profundidad del reposo de Stahr que había sido provocada por él mismo en menos de un segundo. Luego desapareció por el césped y yo me arrodillé y sacudí el cuerpo de Stahr. Al cabo de un momento despertó con una tremenda convulsión y se puso en pie de un salto.

—¿Dónde está? —gritó.

—¿Quién? —pregunté inocentemente.

—Ese americano. ¿Por qué diablos tuviste que casarte con él, insensata?

—Monroe... ya se ha ido. Yo no me he casado con nadie.

Lo senté en una silla.

—Hace media hora que se fue —mentí.

Las pelotas de *ping-pong* estaban desperdigadas por el césped formando una constelación de estrellas. Abrí un aspersor y regresé con un pañuelo húmedo, pero Stahr no tenía ni un rasguño —debía de haber recibido el golpe

a un lado de la cabeza—. Se alejó tras los árboles a vomitar, y luego oí como lo cubría de tierra con el pie. Después pareció que ya estaba bien, pero no quiso entrar en casa hasta que le trajera algo para enjuagarse la boca. Así que me llevé la botella de *whisky* y traje una botella de enjuague bucal. Su patético intento de emborracharse había llegado a su fin. He salido con universitarios de primero de carrera, pero en lo que concierne a la intolerancia a la bebida y a la ausencia de espíritu báquico, Stahr se llevaba la palma. Le sucedió todo lo desagradable, pero eso fue todo.

Entramos en casa y el cocinero nos comunicó que mi padre, el señor Marcus y Fleishacker estaban en el porche; así que nos quedamos en el salón de cuero. Nos sentamos cada uno en una butaca desde las cuales parecía que nos deslizáramos hasta el suelo; así que finalmente yo me senté en una alfombra de piel y Stahr en un taburete junto a mí.

—¿Le he pegado? —me preguntó.

—¡Pues, sí! —le dije—. ¡Y de qué manera!

—No me lo creo —y al cabo de un rato añadió—: No pretendía hacerle daño. Sólo quería ahuyentarlo. Supongo que se asustó y por eso me pegó.

Si ésta era su versión de los hechos, me daba lo mismo.

—¿Se lo vas a tener en cuenta?

—Claro que no —dijo—. Yo estaba borracho —y miró a su alrededor—. No había estado nunca aquí antes. ¿Quién decoró esta sala? ¿Alguien del estudio?

—Alguien de Nueva York.

—Bueno, debería marcharme ya —dijo con ese agradable tono suyo—. ¿Te gustaría ir al rancho de Doug Fairbanks a pasar la noche? —me preguntó—. Sé que estará encantado de tenerte por allí.

Y así fue como empezaron las dos semanas en las que estuvimos juntos. A Louella le bastó tan sólo una semana para darnos por casados.

\* \* \*

*El manuscrito original se detiene aquí. La sinopsis del resto de la historia que ofrecemos a continuación está basada en las anotaciones de Fitzgerald, así como en sus esquemas y los informes de las personas con las que discutió su trabajo:*

Poco después de su entrevista con Brimmer, Stahr viaja al Este. En el estudio se amenaza con una reducción de salarios, así que Stahr ha ido a hablar con los accionistas, presuntamente para persuadirlos de buscar otra solución. Desde hace tiempo, él y Brady han trabajado con objetivos opuestos y la pugna entre ambos por el control de la compañía está alcanzando, de forma inminente, su clímax.

Ignoramos los resultados de este viaje desde el punto de vista de las negociaciones; pero, sea o no éste un viaje de negocios, Stahr visita Washington por primera vez con la intención de conocer la ciudad. Se cree que el autor quiso tratar aquí el tema que había introducido en el primer capítulo con la visita de la gente de Hollywood a la casa de Andrew Jackson y su intento fallido de acceder allí o de ni siquiera ver el lugar con claridad: la relación que existe entre la industria del cine y los ideales y tradiciones americanas. Estamos en pleno verano. Hace un calor sofocante en Washington. Stahr llega con una gripe de verano y deambula por la ciudad aturrido por la fiebre y el calor. No consigue llegar a conocer la ciudad como había deseado.

Cuando se recupera y vuelve, se encuentra con que Brady se ha aprovechado de su ausencia para imponer una reducción del cincuenta por ciento de los salarios. Brady se había reunido con los escritores y les había comunicado en un discurso lacrimógeno que él y los otros ejecutivos aceptarían una reducción en sus ingresos si los escritores aceptaban también una reducción en sus propios salarios. Si accedían a este acuerdo, no sería necesario recortar los sueldos de las secretarias y del resto de empleados con sueldos ínfimos. Los escritores habían aceptado estas condiciones, pero habían sido traicionados por el propio Brady, quien de todos modos arremete contra los sueldos de las secretarias. Stahr se subleva ante esto; él y Brady tienen un encontronazo. Stahr, aunque contrario a los sindicatos, cree que cualquier chico emprendedor puede abrirse camino hacia lo más alto, tal y como lo ha hecho él mismo. Es un empresario chapado a la antigua y paternalista, a quien le gusta sentir que la gente que trabaja para él está contenta y que el trato es siempre cordial. Por otro lado, también tiene enfrentamientos con Wylie White, quien considera que se ha vuelto tremendamente hostil hacia él, a pesar de que Stahr no tiene nada que ver con los recortes salariales. En el pasado, Stahr ha tenido mucha paciencia con las borracheras de White y con sus bromas pesadas y le duele que el escritor no

sienta hacia él el mismo tipo de lealtad, que es el único tipo de solidaridad que Stahr entiende que puede existir en las relaciones de negocios. «Los rojos ven ahora en él a un conservador; Wall Street, a un rojo». Así es que se ve arrastrado por la lógica de la situación, obligado a adherirse a la propuesta, que Brady aprueba con entusiasmo, de instaurar un sindicato de la compañía.

En cuanto a su posición en el estudio, ya había pensado en retirarse cuando estaba en Washington, pero involucrado desde lo más profundo en el conflicto, enfermo, desdichado y amargado como está, le resulta difícil rendirse ante Brady. Entretanto, ha estado saliendo con Cecilia. La muchacha, en una conversación con su padre acerca de las atenciones que al parecer le dispensa Stahr, le cuenta, un poco a la ligera, que Stahr está enamorado de otra mujer. Brady se entera de lo de Kathleen, con quien Stahr se ha estado viendo de nuevo, e intenta hacerle chantaje. Stahr, disgustado con los Bradys, corta tajantemente con Cecilia, a quien deja de ver. Por su parte, hace años que sabe —por la enfermera de su esposa— que Brady ha tenido algo que ver en la muerte del marido de una mujer de quien estuvo enamorado. Ambos hombres se amenazan mutuamente, sin que nada llegue a suceder en realidad.

Pero Brady guarda un as en la manga. El hombre que se ha casado con Kathleen —cuyo nombre es W. Bronson Smith— es un técnico que trabaja en el estudio y participa activamente en su sindicato. Es imposible constatar con precisión cómo imaginó Fitzgerald la situación laboral en Hollywood a propósito de su relato. En la época en que lo escribe, los distintos tipos de técnicos ya se habían organizado en la Alianza Internacional de Empleados de Escena; y es evidente que Fitzgerald pretendió explotar ese toque de crimen organizado y de gangsterismo, tan fehaciente en esta organización tras el caso de William Bioff Brady iría a ver al marido de Kathleen y jugaría con sus celos hacia su mujer. No sabemos lo que pretendía Fitzgerald que le hicieran estos dos personajes a Stahr. Robinson, el montador (hay anotaciones sobre este personaje), iba a encargarse en primer lugar de matarle; pero parece más probable, según el esquema del autor, que Stahr caería en una trampa que procuraría al marido de Kathleen motivos para interponer un pleito contra él por inducir a su mujer a cometer adulterio. En el resumen de Fitzgerald, se indica el tema del capítulo ocho con las palabras: «el pleito y el precio». Esto queda obviamente explicado en parte por las siguientes anotaciones del material que Fitzgerald pretendía utilizar, aunque nos resulta imposible decir cómo serían modificadas para cumplir con los requisitos del relato: «Uno de los hermanos X<sup>[51]</sup> es acusado por un empleado de seducir a su esposa y demandado por adulterio. Tratan de arreglarlo sin la intervención del juez,

pero el hombre que interpone la demanda es un líder de los trabajadores y no se dejará comprar. Tampoco aceptará el divorcio. Tiene en mente medidas más duras. El precio que pide es que se vaya fuera del país durante un año. El deseo de X es quedarse y luchar por ello, pero sus hermanos acuden a un médico que les anuncia su sentencia de muerte y entonces lo retiran del mapa. El trata de llevarse a la chica consigo, pero teme la sentencia del Mann Act<sup>[52]</sup>. Finalmente, ella accede a seguirle y se van al extranjero».

En todo caso, Stahr va a ser salvado por la intervención del cámara. Pete Zavras, con quien ha entablado amistad al principio de la historia, cuando Zavras había perdido prestigio en los estudios.

Para entonces Stahr está ya muy enfermo. Él y Kathleen han seguido jugándose la desesperadamente. Han logrado tener «una última aventura», durante una abrumadora ola de calor a principios de septiembre. Pero sus encuentros han resultado ser insatisfactorios. El autor indica en un esquema anterior que Kathleen provendría de una «familia humilde»; su padre habría sido capitán de una embarcación pesquera de Terranova; y en otro párrafo dice que Stahr ha tenido dificultades en aceptarla para siempre como parte integrante de su vida porque ella es «pobre, sin fortuna y lleva la etiqueta de un aspecto de clase media que no concuerda con la grandeza que Stahr le exige a la vida». Es posible que el propósito del conflicto laboral en el que el marido se encuentra involucrado fuera el de alejarla de Stahr. Éste ha sido olvidado por Brady y los sindicatos afines. La división entre los que controlan la industria del cine, por un lado, y los diferentes grupos de empleados, por el otro, se va ampliando y ya no da pie a empresarios verdaderamente individualistas como Stahr, cuyos éxitos han sido méritos propios y cuya carrera siempre ha estado acompañada de un cierto *glamour* personal. Stahr se ha hecho directamente responsable de cada persona con la que ha trabajado; incluso se ha ocupado él mismo de lidiar con sus enemigos. En Hollywood él es «el último magnate».

Stahr no ha dudado, como se observa en el capítulo tres, en arriesgar dinero en películas poco comerciales que le aportaran alguna satisfacción artística. Ha mostrado un interés de artesano por el cine y, como es natural, ha puesto todo su empeño en mejorarlo. Pero ha permanecido en la sombra desde el asunto de los recortes salariales y ha dejado de hacer películas. Se iba a incluir una segunda serie de escenas que le mostraban en una reunión en la que se discutían los guiones, en las tomas y en los escenarios, que habría contrastado con las series similares de los capítulos tres y cuatro, con tal de mostrar cómo ha cambiado su actitud y su estatus dentro de la empresa.

Sin embargo, tiene que enfrentarse a Brady, si bien sabe que no hay nada que lo pueda detener. Evidentemente Stahr sospecha que Brady lo intentará matar, por eso decide echar mano de sus propios métodos, ordenando que maten a su socio. Al parecer, para esto recurre directamente a los *gangsters*. No queda claro cómo se llevará a cabo el asesinato; pero con tal de estar lejos en el momento en cuestión, Stahr organiza un viaje a Nueva York. Ve por última vez a Kathleen en el aeropuerto y también se encuentra con Cecilia, que vuelve a la universidad en otro avión. En el avión, experimenta una sensación de repulsión por el giro que han tomado las cosas; se da cuenta de que se ha rebajado al nivel de brutalidad de Brady. Decide detener el asesinato y se propone enviar un telegrama con nuevas órdenes tan pronto como el avión aterrice en el siguiente aeropuerto. Pero el avión tiene un accidente y se estrella antes de llegar a su destino. Stahr muere, y el crimen se lleva a cabo. El desdichado suicidio de Schwartz en el primer capítulo queda equilibrado con la muerte de Stahr. En la nota que Schwartz le manda a Stahr, le intenta advertir sobre Brady, cuyos deseos de expulsar a Stahr de la compañía se remontan a mucho tiempo atrás.

\* \* \*

El funeral de Stahr, que iba a ser descrito con todo detalle, es una orgía del servilismo e hipocresía de Hollywood. Todos lloran copiosamente, mostrando gran emoción y echándole el ojo a la gente importante. Cecilia imagina a Stahr presente y se lo imagina diciendo: «¡basura!». El viejo actor *cowboy*, Johnny Swanson, al que se alude a principios del capítulo dos y cuya triste posición de desplazado inspira en Cecilia la idea de ayudarlo cuando visita el despacho de su padre, ha sido invitado al funeral por error —por la confusión de su nombre con el de otra persona— y se le pide que lleve las andas del féretro junto a los amigos más íntimos e importantes del fallecido productor. Johnny procede en la ceremonia algo aturdido; y más tarde descubre, para su sorpresa, que su suerte ha cambiado. Desde ese momento en adelante, le llueven las ofertas de trabajo.

Mientras tanto, en una última ojeada a Fleishacker, el ambicioso abogado de la compañía, un hombre que carece totalmente de conciencia y mente creativa, se le iba a representar como símbolo anticipado del futuro inmediato del mundo del cine. También se habría incluido un pasaje, hacia el final, protagonizado por Fleishacker y Cecilia, en el cual el primero, que ha

estudiado en la Universidad de Nueva York y que quizás habría tratado de casarse con Cecilia, iba a mantener una conversación con ella en un plano «intelectual».

Cecilia, ante el rechazo de Stahr, ha tenido una aventura con un hombre al que no ama, probablemente Wylie White, que la ha perseguido desde el principio y que representa todo lo opuesto a Stahr. Como resultado de la muerte de Stahr y el asesinato de su padre, ella se hunde completamente. Está enferma de tuberculosis y se apunta por primera vez que ha estado redactando el relato en un sanatorio para tuberculosos.

Se nos iba a mostrar una imagen final de Kathleen en pie fuera del estudio. Aparentemente se ha separado de su marido como resultado del complot contra Stahr. Para Stahr, uno de los principales atractivos de aquella mujer ha sido que no perteneciera al mundo de Hollywood; y ahora ella sabe que jamás formará parte de él. Permanecerá al margen de las cosas, una situación que conlleva su parte de tragedia.

## EPÍLOGO

### LA FRAGILIDAD DEL ÚLTIMO COWBOY

*El último magnate* constituye el último pálpito de un genio; del último magnate literario de la generación perdida que fue capaz de recrear el imaginario del Hollywood de los años treinta, atendiendo con equilibrio la proximidad requerida por la primera persona y la distancia precisa del narrador externo. Y es que Fitzgerald creció como un *outsider*, como un *in-betweenner*, un espectador a distancia de un mundo al que pertenecía de prestado: un niño pobre en escuelas de niños ricos, un chico del Medio Oeste fascinado y seducido por la inercia frenética que marcaba la metrópolis a ritmo de *jazz*; el *self-made man* del sueño americano. Fitzgerald personifica la trepidante escalada de la sociedad del exceso, que sufrió un colapso letal, cual *crack* del 29, tras un repentino paro cardíaco el 21 de diciembre de 1940. Murió en Hollywood, escribiendo una novela sobre Hollywood; en el 1443 North Hayworth Avenue, el apartamento de Sheilah Graham, columnista de la época dorada de Hollywood con quien vivió su último romance. Así, sin más, se fue un genio, tras escribir tan sólo dos terceras partes de una obra maestra inacabada.

En 1937, enfermo, desahuciado, endeudado y alcoholizado, Fitzgerald deja atrás el pasado —los gloriosos años veinte del *Gran Gatsby*, sus viajes por Europa, el desenfreno y el derroche de una vida extravagante con Zelda, su mujer, que ingresa en un hospital psiquiátrico en Carolina del Norte y su hija Scottie, que a sus catorce años se ve recluida en un internado— para embarcarse en una nueva aventura: convertirse en escritor de la gran meca del cine. Seducido por el suculento contrato que la Metro le ofrece en plena Depresión norteamericana, Fitzgerald no puede resistirse a la llamada de Hollywood.

En 1939, después de vivir un año y medio en el epicentro de la poderosa industria, empieza a escribir la que será su última novela y con la que, buen conocedor de los entresijos del mundillo hollywoodiense, desvela las costuras de sus mejores galas, construyendo una trama que impone un clímax, un ritmo, un desarrollo y unas imágenes propias de la narrativa cinematográfica. El manuscrito nos muestra como escribió la novela en secuencias, como un guión cinematográfico. Así es como este texto inacabado se impone como un desafío a las barreras que se interponen entre el lenguaje literario y el cinematográfico, entre la ficcionalización y las referencias autobiográficas, entre el mito y la crónica.

En una carta de 1940 a Norma Shearer, la viuda de Irving Thalberg, jefe de producción de los estudios *Universal*, Fitzgerald confiesa haberse servido de éste como fuente principal de inspiración para la construcción del personaje de Stahr y admite, a su vez, haber inyectado mucho de sí mismo en el personaje. Thalberg es el gran magnate del cine. A Fitzgerald le fascina su épica, la leyenda que le rodea, esa figura mítica en la que se proyecta a sí mismo. Y es precisamente en este punto de intersección donde Stahr parte de un referente real para convertirse en el mito, que, con aderezos de ficción, trasciende lo autobiográfico.

Thalberg es un modelo inspirador, así como alguien con el que Fitzgerald se siente identificado. En este sentido el personaje de Stahr cobra especial relevancia por su dimensión premonitoria. Como si del oráculo de la tragedia griega se tratara, nos encontramos con un Fitzgerald que escribe sobre un personaje que sufre una cardiopatía, inspirado en un hombre que, adoleciendo de la misma enfermedad, muere, y que, a su vez, parece vaticinar tan terrible desenlace: el ataque al corazón que acabará con la vida del propio autor.

Es fácil encontrar rastros autobiográficos en la historia, sobre todo en aquellos elementos que sirven para delinear la carga emocional del protagonista. Tras la ausencia y la sombra nostálgica de Minna, la difunta esposa de Stahr, podemos entrever a Zelda. Tras la apariencia física de Kathleen Moore se oculta Sheilah Graham; ambas son de origen británico y fueron cultivadas por eruditos mayores que ellas. Así mismo, Fitzgerald le comentó a Budd Schulberg que Cecilia era fruto de la combinación de Scottie y Schulberg. El propio personaje de Stahr encarna, junto al autor, la ambivalente paradoja del éxito y el fracaso; fuertes, poderosos y exitosos, pero frágiles, vulnerables y olvidados. Stahr, como Fitzgerald, abandonará la universidad, empezará de cero y se hará a sí mismo hasta alcanzar la cumbre del éxito. Sin embargo, ninguno de sus logros conseguirá eclipsar un

complejo y oculto sentimiento de inferioridad que permanecerá en ellos a pesar de su renombre. Ambos mueren cubiertos por un halo decadente de melancolía y con ellos muere el mito de sus predecesores.

Stahr parece simbolizar el fin de una era, el declive del imaginario de valores e ideales promovidos por el sueño americano. Stahr es el último de los héroes de la tradición de los padres fundadores de la nación. De ahí la hiperbólica dimensión heroica que se le atribuye. Fitzgerald se las arregla para crear un focalizador de la narración —al estilo de Nick Carraway en *El gran Gatsby*—, de la mano de Cecilia, cuya voz cumple la función de enaltecer la figura de Stahr. Sirviéndose de un marco narrativo conducido por Cecilia, Fitzgerald se aproxima al personaje principal con un movimiento de cámara lento orquestado por ésta. Así es como el lector accede a Stahr desde el tejido discursivo que lo ha construido como un personaje legendario; a través del mito llegamos al hombre. ¿Cuál sería el hipertexto de ese mito? El mito del hombre de la frontera.

*El último magnate* es un *wéstern*, una novela sobre el *self-made man*, sobre la última frontera Americana: sobre un *outsider* que persigue y define el sueño americano. Fitzgerald bebe de la tradición de filósofos, pensadores y políticos de la talla de Benjamin Franklin y Frederick Douglass, los padres de la figura mítica del hombre del oeste que representa la culminación del *westward movement*, proyecto fundacional desde la Declaración de la Independencia en la definición de Estados Unidos como nación independiente de Europa. Nos referimos aquí al concepto del *self-made man*, que nace a raíz del mito de la frontera, en el que subyace un mensaje de «empezar de nuevo», de individualismo, materialismo y pragmatismo, que constituirán el estandarte de la identidad norteamericana. Encontramos la personificación de estos valores en la emblemática figura del *cowboy*, físicamente vigoroso, hecho a sí mismo, y sin pasado. El *cowboy* es materialista, práctico, rechaza el intelectualismo y oculta un pasado oscuro. Stahr es el último de los vaqueros: ávido hombre de negocios, emprendedor infatigable, conquistador de una tierra desconocida ajena a él —Hollywood—. Su fragilidad, sobre todo representada por su delicado estado de salud, parece denotar el fin del mito fundacional de una sociedad que se resquebraja tras el gran colapso del veintinueve y que necesita reinventar sus códigos identitarios.

Son muchas las discrepancias que se han generado alrededor del título. La elección de Wilson, *El último magnate*, aparece tachada en una lista de anotaciones que hemos heredado del autor. Entre otros, destaca un único título que permanece sin tachar: *El amor del último magnate: un wéstern*.

Según apunta Sheilah Graham, cuando Fitzgerald le envía el manuscrito al editor de Scribner, Maxwell Perkins, el título original es *Stahr: un romance*. Sin embargo, al parecer, según el testimonio de Graham, Fitzgerald le pregunta su opinión sobre un nuevo título justo tres semanas antes de morir. El título es *El amor del último magnate: un wéstern*. Fitzgerald quería dotar su novela de un título que nos hiciera pensar en una película. Y así lo hizo. Logró escribir una novela que describe el mundo del cine desde dentro y desde fuera, a modo de película, con una mirada compartida con Cecilia y un rico universo sensorial. La plasticidad de su narrativa, la poética de sus descripciones y la construcción climática de la narración envuelven al lector, que mantiene la tensión de la lectura saboreando cada una de las escenas que el texto le regala, aun siendo consciente de enfrentarse a una obra inacabada sin un desenlace desarrollado.

En la era en la que los *wésterns* han pasado de moda y ya no se estila ni el *spaghetti wéstern* en las películas de bajo presupuesto, Fitzgerald consigue cautivar al lector del siglo XXI con la fuerza de su personaje, que más allá de ofrecer la crónica de la sociedad norteamericana del momento, conecta con la vulnerabilidad del ser humano. Al leer las últimas páginas de la sinopsis que Wilson reconstruye sobre el final de la novela, el lector se enfrenta a la muerte del personaje, así como a la muerte del propio autor. Ha muerto el último *cowboy* y, con él, el emblema de una era.

DOLORES ORTEGA



FRANCIS SCOTT FITZGERALD (St. Paul, Minnesota, 1896 - Hollywood, California, 1940) es el escritor estadounidense que mejor retrató la generación de jóvenes de clase acomodada, que se sitúa entre los años 1918 y 1940, marcados por la Primera Guerra Mundial y el *crash* de 1929. Publicó su primera novela en 1920 *A este lado del Paraíso* y se casó este mismo año con Zelda Sayre. Entre otras obras, es autor de la novela *El gran Gatsby* (1925), llevada al cine en dos ocasiones (1974 y 2013), de *Suave es la noche* (1934), considerada su autobiografía, y de más de cuarenta relatos cortos. Su muerte prematura, a causa de un ataque cardíaco, impidió que pudiera finalizar la novela que estaba escribiendo, *El último magnate*.

# Notas

[1] Se respeta la cursiva del original ahora y a lo largo de todo el texto. <<

[2] Algunos de los aviones de la época combinaban asientos y literas. <<

[3] Broccoli apunta que en la revolución americana los colonos que permanecieron fieles al rey de Inglaterra eran conocidos como los *Tories*, en referencia al partido conservador inglés. Los *Tories* ofrecieron asistencia a los refugiados leales al rey así como a los soldados británicos (1993: 290). <<

[4] El *Spoils System* es una práctica bajo la cual los partidos políticos gobernantes reparten entre sus propios miembros y simpatizantes cargos institucionales y posiciones de poder. El nepotismo era una práctica habitual en ese momento histórico de Estados Unidos. <<

[5] Esta edición se basa principalmente en la versión de Edmund Wilson, que apareció publicada en 1941, y apunta las principales discrepancias en relación a la versión de Brucoli, publicada en 1993. En Brucoli aquí empieza el episodio 4 y 5 unidos en una misma sección, pero no da paso a un nuevo capítulo. En la versión de Wilson los episodios 3,4 y 5 forman parte del capítulo 2. Brucoli sólo delimita el primer capítulo y conserva las secciones o episodios designados por Fitzgerald. <<

[6] En la versión de Bruccoli (1993), aquí empieza el capítulo 6. <<

[7] Wilson incluye en este capítulo los episodios 8,9 y 10, mientras que en Brucoli empieza aquí el episodio 7. <<

[8] Ballyhegan no es un lugar real, pero la fonética de este topónimo inventado recuerda la fonética de otros topónimos irlandeses, con lo que Fitzgerald alude al imaginario irlandés. <<

[9] Fragmento del poema de Théophile Gautier «L'Art» (1858). <<

[10] En otras ediciones, aquí empieza el episodio 8. En la edición de Wilson, este episodio forma parte de la segunda y tercera sección del capítulo 3 sin marca de espacio. <<

[11] Keystone era una sociedad norteamericana de producción, que llevó a cabo las primeras películas cómicas mudas. <<

[12] En la reconstrucción de Wilson en 1941 este personaje responde al nombre de Jane, mientras que en la reconstrucción de Brucoli en 1993 este personaje consta como Rose Meloney. Según argumenta Brucoli (1993: LXXIV-LXXIII), cuando Perkins, Wilson, Briggs y Ober se reunieron para discutir sobre las primeras pruebas, decidieron cambiar algunos nombres que correspondían a personas reales, para evitar posibles implicaciones jurídicas. De este modo Rose Meloney pasó a ser Jane Meloney y los Marquand pasaron a ser Tarleton. Así mismo, Ober insistió en que el guión delante de «Brothers» se substituyera por una X para evitar alusiones a los hermanos Warner. <<

[13] En la edición de Wilson estos personajes responden a estos nombres, y en la edición de Brucoli, sin embargo, aparecen como Carroll y MacMurray (1993:40/299). <<

[14] Will FI. Hays (1879-1954), fue el presidente de Motion Picture Producers and Distributors of America. <<

[15] Fitzgerald se refiere aquí a la ley seca. <<

[16] Ésta es una escena (hasta «¿Algún mensaje más?») que Bruccoli no incluye en su edición. Según Bruccoli se trata de un material que pertenece al episodio siguiente (1993: 224) y que Fitzgerald revisó y rechazó (XLIX). Wilson, sin embargo, incluye este pasaje como parte del tercer capítulo, y al inicio de este episodio en el que Stahr pregunta por la chica de la inundación. Una vez más, esta edición sigue los pasos de Wilson y opta por incluir el pasaje ya que éste contextualiza a un personaje presente en la comida que sucede a continuación. <<

[17] Bruccoli (1993: 45) transcribe el apellido de este personaje siguiendo la transcripción del griego al alfabeto latino más común: «Popolous». <<

[18] En la edición de Wilson la frase acaba aquí, pero en la versión de Bruccoli (1993: 46), según el cual se basa en el manuscrito final, la frase sigue: «que al príncipe Agge le recordaron a Mike van Dyke, si no fuera porque pretendían ser, y conseguían ser, claras y no confusas». <<

[19] Bruccoli (1993: 301) anota que el término que aparece en el texto original, «road-show» es «... un término que se usaba en los años treinta para distinguir películas especiales que se proyectaban sólo dos veces al día a un precio mucho más elevado que el de los programadores corrientes y molientes». <<

[20] Según Brucoli (1993: 226) este primer episodio, que encabeza en Wilson el capítulo 4, pudo haber sido descartado por el autor que anotó «No es bueno, mejor *fuera*». <<

[21] «Miss Foodstuff». Productos alimenticios. <<

[22] Véase la nota 12. <<

[23] Según la edición de Bruccoli aquí no empieza el capítulo 5 sino el episodio 13. Bruccoli asigna el capítulo 13, 14,15 y 16 a lo que Wilson reconstruye como el capítulo 5. <<

[24] Ésta es una referencia a las palabras de un anuncio de jabones de la época; Woodbury Facial Soap, que decía: «For skin you love to touch, [para tener] una piel que te encantaría tocar». (Brucoli, 1993: 304). <<

[25] Skull & Bones era una asociación estudiantil clandestina de la Universidad de Yale. <<

[26] Se refiere a una zona residencial de Long Island, Nueva York, conocida por ser muy exclusiva. (Brucoli, 1993: 304). <<

[27] Estas expresiones hacen referencia a la misma canción que se ha tarareado anteriormente: «Smoke gets in your eyes». <<

[28] Aquí Brucoli empieza la continuación del episodio 13. <<

[29] Brucoli describe en su edición a los personajes de Hemingway como aquéllos que actúan con estoicidad y no muestran ningún tipo de ansiedad. (Brucoli, 1993: 307). <<

[30] En la edición de Bruccoli esta sección aparece como el episodio 14. <<

[31] En el original «mañana» en castellano. <<

[32] En la edición de Bruccoli esta sección aparece como la segunda parte del episodio 14. <<

[33] Bruccoli no separa esta sección y prosigue la narración sin discontinuidad.

<<

[34] En la edición de Brucoli esta sección aparece como la tercera parte del episodio 14. <<

[35] Para Brucoli ésta es la sección 15 (primera parte). <<

[36] *En el original «Indisgrace with fortune and men's eyes» referencia al soneto 29 de Shakespeare. <<*

[37] En Brucoli este personaje aparece como Harry Davenport, según indica, tal y como aparece en el manuscrito. <<

[38] En la interpretación de Brucoli, aquí empieza la sección 15 (segunda parte), que Wilson incluye en el capítulo 5. <<

[39] Como Brucoli (1993: 312) apunta, Fitzgerald hace un juego de palabras con el nombre de uno de los establecimientos comerciales más exclusivos de la Quinta Avenida de Nueva York; Saks Fifth Avenue. <<

[40] Ésta sección que forma parte del capítulo cinco en Wilson, aparece como el episodio 16 (primera parte) en la versión de Brucoli. <<

[41] Fitzgerald se refiere aquí al Trocadero, un club nocturno muy reconocido en Sunset Boulevard. <<

[42] En la versión de Brucoli, aquí empieza la segunda parte del episodio 16.  
<<

[43] Los Black & Tans eran la Fuerza de Reserva de la Real Policía irlandesa, una de las fuerzas paramilitares para suprimir la revolución en Irlanda en los años veinte. <<

[44] Se refiere a una canción del 1911, «Oh, You Beautiful Doll», con música de Matt. D. Ayer y letra de A. Seymour Brown (Brucoli, 1993: 314). <<

[45] En la versión de Brucoli, el capítulo no empieza aquí, sino que la narración sigue con el episodio 17. <<

[46] *The New Masses* fue una revista marxista que se publicó en América del 1926 al 1948 y que estaba estrechamente vinculada al partido comunista en Estados Unidos. <<

[47] Congregación que se fundó en California en 1929. <<

[48] Bruccoli anota que los radicales se caracterizaban en los dibujos animados como personajes vestidos de un modo extravagante y con largas barbas, así como lo eran los músicos de largas cabelleras. <<

[49] Sloane eran unos grandes almacenes de muebles que ofrecían un servicio de interiorismo con decoradores profesionales. <<

[50] Buron Fitts fue el fiscal del distrito de los Ángeles en los años treinta y se ganó cierta reputación de corrupto. <<

[51] Véase la nota 12. <<

[52] Ley estadounidense que impide el traslado de una menor de edad de un Estado a otro. <<